

Solo recuerda.

NEVER



NEVER

Fibras del Cielo

Colleen Hoover
&
Tarryn Fisher

Esta traducción fue hecha sin fines de lucro.

Es una traducción de fans para fans.

Si el libro llega a tu país, apoya al escritor comprándolo.

*También puedes apoyar al autor con una reseña, siguiéndolo en las
redes sociales y ayudándolo a promocionar su libro.*

¡Disfruta la lectura!

STAFF

MODERADORA

Juli

TRADUCTORAS

CrisCras
Mel Markham
Snow Q
Alysse Volkov
Annie D
florbarbero

Miry GPE
Sandry
Marie.Ang
Val_17
Jeyly Carstairs
Jasiel Odair

Sofía Belikov
Vani
Janira
Juli
ElyCasdel
Evanescita

3

CORRECTORAS

Val_17
Marie.Ang
Meli
Miry GPE
Luna West

Clara Markov
Alysse Volkov
itxi
Jasiel Odair
Juli

Meliizza
Vanessa Farrow
Alessa Masllentyle

LECTURA FINAL

CrisCras

Juli

DISEÑO

Dey

ÍNDICE

Sinopsis

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Sobre las autoras



Tarryn Fisher

NEVER

SINOPSIS

Mejores amigos desde que aprendieron a caminar.

Enamorados desde los catorce años.

Completes extraños desde esta mañana.

Él hará lo que sea para recordar. Ella hará lo que sea para olvidar.

Never Never #1

NEVER

Colleen Hoover

LIBROS DEL CIELO

1

Charlie

Traducido por CrisCras

Corregido por Val_17

Un choque. Libros caen al suelo de linóleo moteado. Se deslizan unos metros, girando en círculos, y se detienen cerca de unos pies. *Mis* pies. No reconozco las sandalias negras, ni las uñas de los pies rojas, pero se mueven cuando les digo que lo hagan, así que deben de ser míos. *¿Verdad?*

Suena una campana.

Estridente.

Salto, mi corazón acelerándose. Mis ojos se mueven de derecha a izquierda mientras asimilo mi entorno, tratando de no delatarme.

¿Qué tipo de campana fue esa?

¿Dónde estoy?

Chicos con mochilas entran enérgicamente en la sala, hablando y riendo. *La campana de una escuela.* Se deslizan en sus escritorios, sus voces compitiendo en volumen. Veo movimiento a mis pies y me aparto de golpe por la sorpresa. Alguien está agachado, recogiendo libros del suelo; una chica con gafas con el rostro enrojecido. Antes de que se levante, me mira con algo parecido al miedo y se escabulle. La gente se está riendo. Cuando miro alrededor creo que se están riendo de mí, pero es la chica con gafas a la que miran.

—¡Charlie! —llama alguien—. ¿No viste eso? —Y luego—: Charlie... ¿cuál es tu problema... hola...?

Mi corazón está latiendo rápido, tan rápido.

¿Dónde es esto? ¿Por qué no puedo recordar?

—¡Charlie! —sisea alguien. Miro alrededor.

¿Quién es Charlie? ¿Cuál es Charlie?

Hay tantos chicos; pelo rubio, pelo desordenado, pelo castaño, gafas, sin gafas...

Un hombre entra llevando un maletín. Lo deja sobre el escritorio.

El profesor. Me encuentro en un salón de clases, y ese es el profesor. Escuela secundaria o universidad, me pregunto.

De repente, me levanto. Estoy en el lugar equivocado. Todo el mundo está sentado, pero yo me encuentro de pie... caminando.

—¿A dónde va, señorita Wynwood? —El profesor me está mirando por encima del borde de sus gafas mientras rebusca en una pila de papeles. Los golpea sobre el escritorio con fuerza y salto. Yo debo de ser la señorita Wynwood.

—¡Ella tiene calambres! —grita alguien. La gente se ríe. Siento un escalofrío ascender por mi espalda y arrastrarse a través de la parte superior de mis brazos. Se están riendo de mí, excepto que no sé quiénes son estas personas.

Oigo la voz de una chica. —¡Cállate, Michael!

—No lo sé —digo, oyendo mi voz por primera vez. Es demasiado alta. Me aclaro la garganta y lo intento otra vez—. No lo sé. No se supone que esté aquí.

No hay más risas. Miro alrededor, a los carteles en la pared, los rostros de presidentes animados con fechas debajo de ellos. *¿Clase de historia? Escuela secundaria.*

El hombre —el profesor— ladea la cabeza como si hubiera dicho la cosa más tonta. —¿Y en qué otro lugar se supone que debe estar en día de examen?

—No... no lo sé.

—Siéntese —dice. No sé a dónde ir si me marchó. Me doy la vuelta y retrocedo. La chica de las gafas alza la vista hacia mí mientras la paso. Aparta la mirada casi igual de rápido.

Tan pronto como me encuentro sentada, el profesor empieza a entregar papeles. Camina entre los escritorios, su voz es un zumbido plano mientras nos dice qué porcentaje de nuestra nota final corresponderá con la prueba. Cuando alcanza mi pupitre hace una pausa, con una profunda arruga entre sus cejas. —No sé qué intentas lograr. —Presiona la punta de un gordo dedo índice en mi escritorio.

—Lo que sea, estoy enfermo de ello. Un truco más y te enviaré a la oficina del director. —Estrella el examen frente a mí y continúa por la fila.

No asiento, no hago nada. Estoy intentando decidir qué hacer. Anunciar a toda la habitación que no tengo ni idea de quién soy ni de dónde estoy —o llevarlo a un lado y decírselo en voz baja. Dijo que no más trucos. Mis ojos se mueven al papel que hay enfrente de mí. La gente ya se ha inclinado sobre sus pruebas, sus lápices arañando.

CUARTO PERIODO

HISTORIA

SR. DULCOTT

Hay un espacio para un nombre. Se supone que escriba mi nombre, pero no sé cuál es. *Señorita Wynwood*, me llamó él.

¿Por qué no reconozco mi propio nombre?

¿O *dónde* me encuentro?

¿O *qué* soy?

Cada cabeza se encuentra inclinada sobre sus papeles excepto la mía. Así que me siento y miro fijamente hacia el frente. El señor Dulcott me mira ferozmente desde su escritorio. Cuanto más permanezco sentada, más roja se pone su cara.

El tiempo pasa y aun así mi mundo se ha detenido. Finalmente, él se levanta, su boca abierta para decirme algo, cuando suena la campana. —Dejen sus papeles en mi escritorio a medida que salgan —dice, sus ojos todavía en mi rostro. Todo el mundo está saliendo por la puerta. Me levanto y los sigo porque no sé qué otra cosa hacer. Mantengo mis ojos en el suelo, pero puedo sentir su ira. No entiendo por qué está tan enfadado conmigo. Ahora estoy en el pasillo, con filas de casilleros azules a cada lado.

—¡Charlie! —grita alguien—. ¡Charlie, espera! —Un segundo después, un brazo se engancha a través del mío. Espero que sea la chica de las gafas; no sé por qué. No lo es. Pero ahora sé que soy Charlie. *Charlie Wynwood*—. Olvidaste tu mochila —dice ella, entregándome una mochila blanca. La tomo, preguntándome si hay una billetera con una licencia de conducir en el interior. Ella mantiene su brazo a través del mío mientras caminamos. Es más baja que yo, con largo y oscuro cabello y ojos marrones moteados que ocupan la mitad de su cara. Es sorprendente y hermosa.

—¿Por qué actuabas tan raro allí? —pregunta—. Tiraste los libros del camarón al suelo y luego te quedaste soñando despierta.

Puedo oler su perfume; es familiar y demasiado dulce, como un millón de flores compitiendo por atención. Pienso en la chica de las gafas, la mirada en su rostro mientras se agachaba para recoger sus libros. Si hice eso, ¿por qué no lo recuerdo?

—Yo...

—Es hora de comer, ¿por qué vas en esa dirección? —Tira de mí hacia un pasillo diferente, pasando a más estudiantes. Todos me miran... pequeños vistazos. Me pregunto si me conocen, y por qué *yo* no me conozco. No sé por qué no se lo digo, o al señor Dulcott, o agarro a alguien al azar y le digo que no sé quién soy o dónde me encuentro. Para cuando estoy contemplando la idea seriamente, atravesamos un par de puertas y entramos en la cafetería. Ruido y color; cuerpos que tienen un olor único, brillantes luces fluorescentes que hacen que todo parezca feo. *Oh, Dios*. Me aferro a mi camiseta.

La chica de mi brazo está balbuceando. Andrew esto, Marcy eso. Le gusta Andrew y odia a Marcy. No sé quiénes son ninguno de ellos. Me acorrala hacia la fila de comida. Consigue ensalada y bebidas dietéticas. Luego deslizamos nuestras bandejas sobre una mesa. Ya hay gente sentada allí: cuatro chicos, dos chicas. Me doy cuenta de que completamos el grupo con números pares. Todas las chicas se encuentran emparejadas con un chico. Todo el mundo alza la mirada hacia mí con expectación, como si se supusiera que dijera algo, hiciera algo. El único lugar que queda para sentarse es junto a un chico con pelo oscuro. Me siento lentamente, ambas manos extendidas sobre la mesa. Sus ojos salen disparados hacia mí y luego se inclina sobre su bandeja de comida. Puedo ver las más finas gotas de sudor sobre su frente, justo debajo de la línea de su cabello.

—Ustedes son tan extraños a veces —dice una chica nueva, rubia, enfrente de mí. Mira de mí al chico junto al que estoy sentada. Él levanta la vista de sus macarrones y me doy cuenta de que solo está moviendo las cosas alrededor de su plato. No ha comido ni un bocado, a pesar de lo ocupado que parece. Me mira y lo miro, luego ambos volvemos a mirar a la chica rubia.

—¿Sucedió algo que debamos saber? —pregunta.

—No —decimos al unísono.

Él es mi novio. Lo sé por la forma en que nos tratan. De repente me sonrío con sus brillantes dientes blancos y se extiende para poner un brazo alrededor de mis hombros.

—Estamos bien —dice, dándole un apretón a mi brazo. Me pongo rígida automáticamente, pero cuando veo los seis pares de ojos sobre mi cara, me recuesto y le sigo el juego. Es atemorizante no saber quién eres —incluso más

atemorizante pensar lo que harás mal. Ahora tengo miedo, miedo de verdad. Ha ido demasiado lejos. Si digo algo ahora pareceré... *loca*. Su gesto de afecto parece hacer que todo el mundo se relaje. Todo el mundo excepto... él. Vuelven a hablar, pero todas las palabras se entremezclan: fútbol, una fiesta, más fútbol. El chico sentado a mi lado se ríe y se une a la conversación, su brazo nunca alejándose de mis hombros. Lo llaman Silas. Me llaman Charlie. La chica de pelo oscuro con los ojos grandes es Annika. Olvido el nombre de todos los demás en el ruido.

La comida se ha acabado finalmente y todos nos levantamos. Camino junto a Silas, o mejor dicho, él camina junto a mí. No tengo ni idea de adónde voy. Annika flanquea mi lado libre, enganchando su brazo en el mío y charlando sobre la práctica de animadoras. Está haciéndome sentir claustrofóbica. Cuando alcanzamos un anexo en el pasillo, me inclino y le hablo de forma que solo ella pueda oírme. —¿Puedes acompañarme a mi siguiente clase? —Su rostro se pone serio. Se aparta para decirle algo a su novio, y luego nuestros brazos se vuelven a unir.

Me giro hacia Silas. —Annika va a acompañarme a mi próxima clase.

—Está bien —dice. Parece aliviado—. Te veré... más tarde. —Se dirige en la dirección opuesta.

Annika se gira hacia mí tan pronto como él está fuera de la vista. —¿A dónde va?

Me encojo de hombros. —A clase.

Ella sacude la cabeza como si se sintiera confusa. —No los entiendo, chicos. Un día están completamente el uno encima del otro, al siguiente están actuando como si no pudieran soportar estar en la misma habitación. De verdad, necesitas tomar una decisión respecto a él, Charlie.

Se detiene frente a una puerta.

—Esta es mi... —digo, para ver si protesta. No lo hace.

—Llámame más tarde —dice—. Quiero saber acerca de anoche.

Asiento. Cuando desaparece en el mar de rostros, entro en la clase. No sé dónde sentarme, así que vago hasta la fila del fondo y me deslizo en un asiento junto a la ventana. He llegado pronto, así que abro mi mochila. Hay una billetera encajada entre un par de cuadernos y un neceser de maquillaje. Tiro de él y lo abro para revelar una licencia de conducir con una foto de una radiante chica de pelo oscuro. Yo.

Charlize Margaret Wynwood.

2417 de Holcourt Way,

Nueva Orleans, L.A.

Tengo diecisiete años. Mi cumpleaños es el veintiuno de marzo. Vivo en Louisiana. Estudio la imagen de la esquina superior izquierda y no reconozco la cara. Es mi cara, pero nunca la he visto. Soy... *bonita*. Solo tengo veintiocho dólares.

Los asientos se llenan. El que está junto a mí permanece vacío, casi como si todo el mundo estuviera demasiado asustado para sentarse ahí. Me encuentro en clase de español. La profesora es bonita y joven; su nombre es señora Cardona. No me mira como si me odiara, como me están mirando muchas otras personas. Empezamos con los tiempos verbales.

No tengo pasado.

No tengo pasado.

A los cinco minutos de clase, la puerta se abre. Silas entra, sus ojos bajos. Pienso que está aquí para decirme algo, o traerme algo. Me abrazo a mí misma, lista para fingir, pero la señora Cardona hace un comentario en broma sobre su tardanza. Él toma el único asiento disponible junto a mí y mira fijamente al frente. Lo observo. No dejo de mirarlo hasta que finalmente gira su cabeza para mirarme. Una línea de sudor rueda por un lado de su rostro.

Sus ojos están muy abiertos.

Abiertos... *al igual que los míos.*

2

Silas

*Traducido por Mel Markham**Corregido por Marie.Ang**Tres horas.*

Han pasado casi tres horas, y mi mente sigue nublada.

No, no nublada. Ni siquiera en una densa niebla. Se siente como si estuviera vagando en una habitación negra como el carbón, buscando el botón de la luz.

—¿Estás bien? —pregunta Charlie. La he estado mirando fijamente por varios segundos, intentando recuperar cierta apariencia de familiaridad de un rostro que aparentemente debería ser el *más* familiar para mí.

Nada.

Baja la mirada hacia su escritorio y su cabello abundante y negro cae entre nosotros como un tapaojos. Quiero un mejor vistazo de ella. Necesito algo a lo que agarrarme, algo familiar. Quiero predecir una marca de nacimiento o una peca en ella antes de verla, porque necesito *algo* reconocible. Me aferraré a cualquier parte de ella que pueda convencerme de que no me estoy volviendo loco.

Levanta la mano, finalmente, y se mete el cabello detrás de la oreja. Levanta la mirada hacia mí con dos ojos amplios y en absoluto familiares. La arruga entre sus cejas se hace más profunda y comienza a morderse la yema del pulgar.

Está preocupada por mí. Por nosotros, tal vez.

Nosotros.

Quiero preguntarle si sabe lo que podría haberme ocurrido, pero no quiero asustarla. ¿Cómo le explico que no la conozco? ¿Cómo le explico esto a *cualquiera*? Pasé las últimas tres horas intentando actuar natural. Al principio, me convencí de que debían haber usado algún tipo de sustancia ilegal que causó que me

1
2

desmayara, pero esto es diferente a un desmayo. Es diferente a estar drogado o borracho, y no tengo ni idea de cómo lo sé siquiera. No recuerdo nada más allá de tres horas.

—Oye. —Charlie se estira como si fuera a tocarme, luego se aleja—. ¿Estás bien?

Agarro la manga de mi camisa y me limpio el brillo de humedad de la frente. Cuando vuelve a mirarme, veo preocupación todavía llenando sus ojos. Obligo a mis labios a sonreír.

—Estoy bien —murmuro—. Larga noche.

Tan pronto como lo digo, me encojo. No tengo ni idea de qué tipo de noche tuve, y si esta chica sentada frente a mí en verdad es mi novia, entonces una oración como está no es muy reconfortante.

Veo una pequeña sacudida en su mirada e inclina la cabeza. —¿Por qué fue una noche larga?

Mierda.

—Silas. —La voz viene desde la parte delantera de la habitación. Levanto la mirada—. Sin hablar —dice la profesora. Regresa a su enseñanza, no demasiado preocupada por mi reacción a ser señalado. Vuelvo a mirar a Charlie, brevemente, y luego inmediatamente bajo la mirada hacia mi escritorio. Mis dedos trazan los nombres tallados en la madera. Charlie me sigue mirando, pero yo no la miro. Giro la mano, y paso dos dedos por los callos a lo largo de mi palma.

¿Trabajo? ¿Corto el césped para ganarme la vida?

Tal vez es por fútbol. Durante el almuerzo decidí usar mi tiempo para observar a todos los que me rodeaban, y aprendí que tengo entrenamiento de fútbol esta tarde. No tengo ni idea de a qué hora ni dónde, pero de alguna forma logré atravesar las últimas horas sin saber cuándo o dónde se supone que tengo que estar. Puede que no tenga ningún tipo de recuerdo ahora, pero estoy aprendiendo que soy muy bueno fingiéndolo. *Demasiado* bueno, tal vez.

Giro la otra mano y encuentro los mismos callos duros en esa palma.

Tal vez vivo en una granja.

No. No lo hago.

No sé cómo lo sé, pero incluso sin ser capaz de recordar nada, parece que tengo una sensación inmediata de qué suposiciones son acertadas y cuáles no. Podría ser sólo el proceso de eliminación, más que intuición o recuerdo. Por ejemplo, no siento como alguien que vive en una granja estaría usando la ropa que

tengo. Linda ropa. *¿A la moda?* Bajando la mirada hacia mis zapatos, si alguien me preguntara si mis padres son ricos, les diría. —Sí, lo son. —Y no sé cómo, porque no recuerdo a mis padres.

No sé dónde vivo, con quién, o si me parezco más a mi madre o a mi padre.

Ni siquiera sé qué aspecto tengo.

Me pongo de pie abruptamente, empujando el escritorio ruidosamente unos centímetros en el proceso. Todos en la clase se giran para mirarme, además de Charile, porque no dejó de mirarme desde que me senté. Sus ojos no son ni inquisitivos ni amables.

Son acusadores.

La profesora me mira, pero no parece para nada sorprendida por perder la atención de todos por mí. Sólo se queda de pie, complaciente, esperando que anuncie la razón por la repentina interrupción.

Trago. —Baño. —Mis labios están pegajosos. Mi boca, seca. Mi mente está destrozada. No espero el permiso antes de comenzar a dirigirme en esa dirección. Puedo sentir las miradas de todos mientras empujo la puerta.

Voy a la derecha y llego al final del pasillo sin encontrar un baño. Retrocedo y paso la puerta de mi salón de clases, siguiendo hasta que giro en la esquina y encuentro los baños. Abro la puerta, esperando estar solo, pero alguien está de pie en el urinario con la espalda hacia mí. Me giro hacia el lavabo, pero no me miro en el espejo. Me quedo mirando el lavabo, poniendo las manos a ambos lados, agarrándolo con fuerza. Inhalo.

Si fuera a mirarme, mi reflejo podría desencadenar un recuerdo, o quizás darme un pequeño sentido de reconocimiento. Algo. *Lo que sea.*

El chico que se hallaba de pie en el urinario unos segundos atrás ahora se encuentra de pie a mi lado, inclinándose contra el lavabo con los brazos doblados. Cuando lo miro, él me está mirando. Su cabello es tan rubio que casi es blanco. Su piel es tan pálida que me recuerda a una medusa. Translúcida, casi.

¿Puedo recordar cómo lucen las medusas, pero no tengo ni idea de qué voy a encontrar cuando me mire en el espejo?

—Luces como la mierda, Nash —dice con una sonrisita.

¿Nash?

Todos me han estado llamando Silas. Nash debe de ser mi apellido. Comprobaría mi billetera, pero no hay ninguna en mi bolsillo. Sólo un fajo de

billetes. Una billetera es una de las primeras cosas que busqué después... bueno, después de que ocurrió.

—No me siento muy bien —gruño en respuesta.

Por unos segundos, el chico no responde. Sólo continúa mirándome de la misma forma en que me miraba Charlie en clases, pero con menos preocupación y más alegría. El chico sonríe y se aleja del lavabo. Se para derecho, pero sigue siendo unos tres centímetros más bajo que yo. Da un paso hacia adelante, y deduzco por la mirada en sus ojos que no me está encerrando porque esté preocupado por mi salud.

—Todavía no hemos resuelto lo del viernes por la noche —me dice el chico—, ¿es por eso que estás aquí ahora? —Sus fosas nasales se dilatan cuando habla y sus manos caen a los costados, apretándolas y relajándolas dos veces.

Tengo dos segundos de debate silencioso conmigo mismo, consciente de que si me alejo de él, me hará lucir como un cobarde. Sin embargo, también soy consciente de que si doy un paso al frente, lo estaré desafiando a algo con lo que no quiero lidiar justo ahora. Él obviamente tiene problemas conmigo, y lo que sea que elegí hacer el viernes en la noche le molestó.

Me comprometo al no darle reacción alguna. *Luce inafectado.*

Perezosamente muevo mi atención hacia el lavabo y giro una de las perillas hasta que un chorro de agua comienza a salir del grifo. —Guárdatelo para el campo —digo. Inmediatamente quiero retirar esas palabras. No consideré siquiera que él podría no jugar al fútbol. Asumí que sí basado en su tamaño, pero si no lo hace, mi comentario podría no tener sentido en absoluto. Sostengo el aliento y espero a que me corrija o que me desafíe.

Ninguna de esas cosas ocurre.

Me mira por unos segundos, y luego pasa a mi lado, golpeándome a propósito con el hombro mientras se dirige a la puerta. Ahueco las manos debajo del chorro de agua y tomo un trago. Me limpio la boca con el dorso de la mano y levanto la mirada. Hacia *mí*.

Hacia Silas Nash.

¿Qué tipo de nombre es ese, de todas formas?

Estoy mirando, sin emoción, hacia un par de ojos oscuros y poco familiares. Me siento como si estuviera mirando dos ojos que nunca antes vi, a pesar del hecho de que es muy probable que haya mirado estos ojos diariamente desde que fui lo suficientemente grande como para alcanzar un espejo.

Estoy tan familiarizado con la persona en el reflejo como con la chica que — según un chico llamado Andrew — es la chica con la que he estado " follando " desde hace dos años.

Estoy tan familiarizado con esta persona en el reflejo como lo estoy con cada aspecto de mi vida justo ahora.

Lo cual es para nada familiarizado.

— ¿Quién eres tú? —le susurro.

La puerta del baño comienza a abrirse lentamente, y mis ojos se mueven de mi reflejo hacia el reflejo de la puerta. Una mano aparece, agarrando la puerta. Reconozco el esmalte rojo brillante en la punta de sus dedos. *La chica que he estado " follando " desde hace más de dos años.*

— ¿Silas?

Me paro derecho y me giro para enfrentar la puerta mientras ella echa un vistazo. Cuando sus ojos encuentran los míos, es sólo por dos segundos. Aparta la mirada, escaneando el resto del baño.

— Sólo estoy yo —digo. Asiente y atraviesa completamente la puerta, sin embargo, extremadamente vacilante. Desearía saber cómo asegurarle que todo está bien, así no sospechará. También desearía recordarla, o lo que sea sobre nuestra relación, porque quiero decírselo. *Necesito decírselo. Necesito que alguien sepa, así puedo hacer preguntas.*

¿Pero cómo hace un chico para decirle a su novia que no tiene ni idea de quién es ella? ¿Quién es él mismo?

No se lo dice. Finge, igual que ha estado fingiendo con todos los demás.

Cien preguntas silenciosas llenan sus ojos al mismo tiempo, e inmediatamente quiero esquivarlas a todas. —Estoy bien, Charlie. —Le sonrío, porque se siente como algo que debería hacer—. Sólo no me siento muy bien. Regresa a clases.

No se mueve.

No sonrío.

Se queda dónde está, inafectada por mi orden. Me recuerda a uno de esos animales en resortes que montas en el parque infantil. Del tipo que empujas, pero sólo saltan hasta el mismo lugar. Siento como si alguien fuera a empujarla por los hombros, se inclinaría hacia atrás, los pies en el lugar, y luego volvería a saltar hacia adelante.

No recuerdo como se llaman esas cosas, pero hago una nota mental de que de alguna forma los recuerdo. He hecho un montón de notas mentales en las últimas tres horas.

Soy estudiante de último año.

Me llamo Silas.

Nash podría ser mi apellido.

El nombre de mi novia es Charlie.

Juego al fútbol.

Sé cómo lucen las medusas.

Charlie inclina la cabeza y la esquina de su boca se crispa un poco. Sus labios se separan, y por un momento, todo lo que escucho son sus respiraciones nerviosas. Cuando finalmente forma palabras, quiero esconderme de ellas. Quiero decirle que cierre los ojos y cuente hasta veinte hasta que esté muy lejos como para oír su pregunta.

—¿Cuál es mi apellido, Silas?

Su voz es como el humo. Suave, escasa y luego no está.

No puedo decir si es que es demasiado intuitiva o estoy haciendo un horrible trabajo cubriendo el hecho de que no sé nada. Por un momento, me debato entre si debo o no decirle. Si se lo digo y me cree, puede que sea capaz de responder muchas preguntas que tengo. Pero si le digo y *no* me cree...

—Cariño —digo con una risa displicente. *¿La llamo cariño?*—. ¿Qué tipo de pregunta es esa?

Levanta el pie que estaba seguro pegado al suelo, y da un paso hacia adelante. Da otro. Continúa avanzando hacia mí hasta que está a casi treinta centímetros de distancia; lo suficientemente cerca para que la puedo oler.

Lilas.

Huele como lilas, y no sé cómo es posible recordar el aroma de las lilas, pero de alguna forma no recordar a la persona de pie frente a mí que huele como ellas.

Sus ojos no han dejado los míos, ni una vez.

—Silas —dice ella—, ¿cuál es mi apellido?

Muevo la mandíbula adelante y atrás, y luego me giro para volver a enfrentar el lavabo. Me inclino hacia adelante y lo agarro con las dos manos con

fuerza. Lentamente, levanto la mirada hasta que se encuentra con la suya en el reflejo.

—¿Tu apellido? —Mi boca está seca de nuevo y las palabras salen chirriantes.

Espera.

Aparto la mirada de ella y regreso a mirar los ojos poco familiares del tipo en el espejo. —No... no puedo recordar.

Desaparece del reflejo, seguido inmediatamente por un sonoro golpe seco. Me recuerda al sonido que hacen los peces en Pikes Place Market, cuando los lanzan y los atrapan en papel encerado.

¡Smack!

Me doy la vuelta y ella está acostada en el suelo, los ojos cerrados, los brazos extendidos. Inmediatamente me arrodillo a su lado y le levanto la cabeza, pero tan pronto como la levanto varios centímetros del suelo, sus párpados comienzan a abrirse.

—¿Charlie?

Inhala una bocanada de aire y se sienta. Se libera de mis brazos y me aparta, casi como si me tuviera miedo. Mantengo las manos cerca de ella, en caso de que intente ponerse de pie, pero no lo hace. Permanece sentada en el suelo con las palmas presionadas contra el azulejo.

—Te desmayaste —le digo.

Me frunce el ceño. —Soy consciente de eso.

No hablo de nuevo. Probablemente debería saber lo que significan sus expresiones, pero no lo sé. No sé si está asustada, enojada, o...

—Estoy confundida —dice, sacudiendo la cabeza—. Yo... puedes... —Hace una pausa, luego hace un intento por ponerse en pie. Me paro con ella, pero puedo notar que no le gusta por la forma en que mira mis manos, ligeramente levantadas, esperando para atraparla si se llega a volver a caer.

Se aleja dos pasos de mí y cruza un brazo sobre el pecho. Levanta la mano opuesta y comienza a masticarse la yema del pulgar de nuevo. Me estudia en silencio por un momento y luego se saca el pulgar de la boca, haciendo un puño. —No sabías que teníamos clases juntos después del almuerzo. —Sus palabras son dichas con una capa de acusación—. No sabes mi apellido.

Sacudo la cabeza, admitiendo las dos cosas que no puedo negar.

—¿Qué puedes recordar? —pregunta.

Está asustada. Nerviosa. Recelosa. Nuestras emociones son el reflejo del otro, y ahí es cuando la claridad golpea.

Puede que *ella* no se sienta familiar. Puede que *yo* no me sienta familiar. Pero nuestras acciones —nuestro comportamiento— son exactamente el mismo.

—¿Qué recuerdo? —repito su pregunta en un intento de comprarme unos segundos más para permitir que mis sospechas ganen equilibrio.

Espera mi respuesta.

—Historia —digo, intentando recordar lo más que puedo—. Libros. Vi una chica dejar caer sus libros. —Me agarro el cuello y lo aprieto.

—Oh, Dios. —Da un paso hacia mí—. Esa... esa es la primera cosa que *yo* recuerdo.

Mi corazón salta en mi garganta.

Empieza a sacudir la cabeza. —No me gusta esto. No tiene sentido. —Parece tranquila—más tranquila que yo. Su voz es estable. El único miedo que veo es en la parte blanca de sus amplios ojos. La atraigo hacia mí sin pensarlo, pero creo que es más para mi propio alivio que para calmarla. Ella no se aleja, y por un segundo, me pregunto si esto es normal para nosotros. Me pregunto si estamos enamorados.

Tenso el agarre hasta que la siento ponerse rígida contra mí. —Tenemos que descifrar esto —dice, separándose de mí.

Mi primer instinto es decirle que va a estar bien, que lo voy a descifrar. Me inunda una abrumadora necesidad de protegerla —sólo que no tengo ni idea de cómo hacer eso cuando ambos experimentamos la misma realidad.

La campana suena, señalando el final de la clase de español. En segundos, la puerta del baño probablemente se abrirá. Los casilleros se cerrarán. Tendremos que averiguar en qué clase se supone que tenemos que estar. Tomo su mano y tiro de ella detrás de mí mientras abro la puerta del baño.

—¿A dónde vamos? —pregunta.

La miro por encima de mi hombro y me encojo. —No tengo ni idea. Sólo sé que quiero irme.

3

Charlie

*Traducido por Snow Q**Corregido por Melii*

Este chico —este chico, Silas—, toma mi mano como si me conociera y me arrastra a sus espaldas como si fuera una niña pequeña. Y así es como me siento — como una niña pequeña en un mundo muy, muy grande. No comprendo nada, y sin duda no reconozco nada. Todo en lo que puedo pensar, mientras tira de mí a través de los sencillos pasillos de alguna secundaria desconocida, es que me desmayé; me desplomé como una damisela en apuros. Y en el piso del baño de chicos. Estoy evaluando mis prioridades, preguntándome cómo mi cerebro puede agregar los gérmenes a la ecuación cuando claramente tengo problemas mucho más grandes, cuando nos topamos con la luz del sol. Cubro mis ojos con mi mano libre mientras el chico Silas saca una llave de su mochila. Las sostiene por encima de su cabeza y hace un círculo, presionando el botón de la alarma en el mando del coche. Desde alguna esquina lejana en el estacionamiento, escuchamos el aullido de la alarma.

Corremos hacia él, nuestros zapatos azotan el cemento con urgencia, como si alguien estuviera persiguiéndonos. Y tal vez lo esté. El auto resulta ser un todoterreno. Sé que es impresionante porque destaca sobre los otros coches, y los hace parecer pequeños e insignificante. Un Land Rover. O Silas conduce el coche de su papá, o nada en el dinero de su padre. Tal vez no tiene padre. No podría decírmelo de todas formas. ¿Y siquiera sé lo mucho que cuesta este coche? Tengo recuerdos de cómo funcionan las cosas: un coche, las reglas de la carretera, los presidentes, pero no de quién soy.

Abre la puerta para mí mientras mira por encima de su hombro en dirección a la escuela, y tengo la sensación de que estoy en una broma. Él podría ser responsable de esto. Podría haberme dado algo para lograr que perdiera la memoria temporalmente, y ahora solo está fingiendo.

2
0

—¿Esto es real? —pregunto, apoyada en el asiento delantero—. ¿No sabes quién eres?

—No —dice—. No lo sé.

Le creo. Más o menos. Quiero hundirme en el asiento.

Busca en mis ojos por un intenso momento antes de cerrar la puerta y rodear el coche con prisa hasta el asiento del conductor. Me siento adolorida. Como después de beber una noche. ¿Yo bebo? Mi licencia dice que solo tengo diecisiete. Mordisqueo mi pulgar mientras trepa en el asiento y enciende el motor presionando un botón.

—¿Cómo sabrías cómo hacer eso? —pregunto.

—¿Hacer qué?

—Encender el auto sin una llave.

—Yo... no lo sé.

Observo su rostro mientras abandonamos el lugar. Parpadea mucho, me mira mucho más, recorre su labio inferior con su lengua. Cuando nos detenemos en un semáforo, encuentra el botón CASA en el GPS y lo presiona. Me impresiona que pensara en eso.

—Recalculando —dice la voz de una mujer. Quiero perder el control, saltar del coche en movimiento y correr como un venado asustado. Tengo tanto miedo.

Su casa es grande. No hay autos en la calzada cuando estacionamos en el bordillo, el motor ruge en silencio.

—¿Estás seguro de que es tuya? —le pregunto.

Se encoje de hombros.

—No parece que nadie estuviera en casa —dice—. ¿Deberíamos entrar?

Asiento. No debería tener hambre, pero lo hago. Quiero ir a dentro y comer algo, tal vez investigar nuestros síntomas y ver si hemos contraído alguna bacteria come-cerebros que robó nuestros recuerdos. Una casa como esta debería tener un par de portátiles por ahí. Silas se desvía en la entrada para coches y aparca. Nos bajamos con precaución, observando los arbustos y los árboles como si fueran a cobrar vida. Encuentra una llave en el aro de sus llaves que abre la puerta

delantera. Mientras permanezco a su espalda y espero, lo estudio. En su atuendo y cabello, lleva ese estilo relajado de un chico al que no le importa nada, pero carga sus hombros como si se preocupara demasiado. También huele como el exterior: a pasto, y pino, y rica suciedad oscura. Está a punto de girar el pomo.

—¡Espera!

Se gira lentamente, a pesar de la urgencia en mi voz.

—¿Y si hay alguien ahí dentro?

Sonríe, o tal vez es una mueca. —Tal vez puedan decirnos qué demonios está sucediendo...

Luego estamos dentro. Permanecemos inmóviles por un minuto, observando el lugar. Me oculto detrás de Silas como una cobarde. No hace frío pero estoy temblando. Todo es pesado e impresionante —los muebles, el aire, mi bolso con los libros, que cuelga de mis hombros como un peso muerto. Silas se mueve hacia adelante. Me aferro a la parte posterior de su camisa mientras bordeamos el salón y vamos a la sala de estar. Nos movemos de habitación en habitación, deteniéndonos para examinar las fotos en las paredes. Dos padres bronceados y sonrientes con los brazos alrededor de dos muchachos felices de cabello oscuros, el océano en el fondo.

—Tienes un hermano menor —digo—. ¿Sabías que tienes un hermano pequeño?

Sacude la cabeza, diciendo *no*. La sonrisa en las fotos se hacen más escasas a medida que Silas y su hermano *mini-yo* se hacen más grandes. Hay suficiente acné y aparatos, fotos de padres que tratan demasiado de ser alegres mientras atraen chicos de hombros tensos hacia ellos. Recorremos los dormitorios... los baños. Recogemos libros, leemos las etiquetas en botellas marrones prescritas que encontramos en el cajón de las medicinas. Su madre conserva flores secas por toda la casa; dentro de los libros en su mesa de noche, en el cajón de su maquillaje, y alineadas en los estantes de la habitación. Toco cada una, susurrando sus nombres entre dientes. Recuerdo todos los nombres de las flores. Por alguna razón, eso me hace reír. Silas se detiene cuando entra en el baño de sus padres y me encuentra inclinada riendo.

—Lo siento —le digo—. Tuve un momento.

—¿Qué clase de momento?

—Un momento en el que me di cuenta de que he olvidado todo acerca de mí, pero sé que es un Jacinto.

Asiente. —Sí. —Baja la mirada a sus manos, y se forman surcos en su frente.

—¿Crees que debemos decirle a alguien? ¿Ir a un hospital, tal vez?

—¿Crees que nos creerían? —pregunto. Nos miramos el uno al otro. Y contengo de nuevo la urgencia de preguntarle si esto es una broma. Esto no es una broma. Es demasiado real.

Continuamos hacia el estudio de su padre, rebuscando entre documentos y mirando los cajones. No hay nada que nos diga por qué estamos así, nada fuera de lo ordinario. Lo vigilo de cerca por la esquina de mi ojo. Si esto es una broma, es un muy buen actor. *Tal vez es un experimento*, pienso. Soy parte de algún experimento psicológico del gobierno y voy a despertar en un laboratorio. Silas también me observa. Veo que sus ojos se disparan hacia mí, preguntándose... evaluando. No hablamos mucho. Solo, “*Mira esto*”. O, “¿Crees que esto signifique algo?”

Somos extraños y hay un par de palabras entre nosotros.

La habitación de Silas es la última. Se aferra a mi mano cuando entramos y lo dejo porque comienzo a sentirme mareada otra vez. Lo primero que veo es una foto de nosotros es su escritorio. Llevo un traje —un tutú muy corto con estampado de leopardo y alas de ángel negras que se extiende con elegancia a mi espalda. Mis ojos están delineados con gruesas y brillantes pestañas. Silas está vestido todo de blanco, el ángel blanco con alas. Se ve guapo. *Bien versus mal*, pienso. ¿Es ese la clase de juego en el que vivimos? Me mira y arquea las cejas.

—Mala elección de traje. —Me encojo de hombros. Él libera una sonrisa y luego nos movemos a lados opuestos de la habitación.

Levanto la mirada hacia las paredes en donde hay fotos enmarcadas de gente: un hombre sin hogar encovado contra un muro, envuelto en una manta; una mujer sentada en un banco, llorando en sus manos. Una gitana, con las manos sujetando su cuello mientras mira la lente de la cámara con ojos vacíos. Las fotos son mórbidas. Me hacen querer alejarme, sentir pena. No entiendo por qué alguien *querría* tomar una foto de cosas tan mórbidamente tristes, sin mencionar colgarlas en su pared para mirarlas todos los días.

Y luego me giro y veo la costosa cámara apoyada en el escritorio. Está en un lugar de honor, sobre una pila de brillantes libros de fotografía. Echo un vistazo en dirección al lugar en donde Silas también estudia las fotos. Un artista. ¿Este es su trabajo? ¿Está tratando de reconocerlo? No tiene sentido preguntarle. Sigo adelante, miro su ropa, miro en los cajones en el costoso escritorio de caoba.

Me siento tan cansada. Tengo la intención de sentarme en la silla del escritorio pero de repente está animado, haciéndome señas.

Tarryn Fisher

NEVER

—Mira esto —dice. Me levanto con lentitud y camino hasta él. Está mirando la cama deshecha. Sus ojos están brillantes, y debería decir... ¿conmocionados? Los sigo hasta las sábanas. Y luego mi sangre se congela.

—Oh, por Dios.

2

4

NEVER

Colleen Hoover

LIBROS DEL CIELO

4

Silas

Traducido por Alysse Volkov & Snow Q

Corregido por Miry GPE

Lanzo el edredón fuera del camino para obtener una mejor visión del lío a los pies de la cama. Manchas de lodo se acumulan en las sábanas. Secas. Algunos pedazos se agrietan y ruedan lejos cuando estiro la sábana.

—Eso es... —Charlie deja de hablar y tira de la esquina superior de la sábana de mi mano, estirándola para obtener una mejor visión de la sábana ajustable debajo de ella—. ¿Eso es *sangre*?

Sigo sus ojos subiendo por la sábana, hacia la cabecera de la cama. Al lado de la almohada hay una mancha fantasmal de la huella de una mano. Inmediatamente miro hacia mis manos.

Nada. No hay rastros de sangre o barro en absoluto.

Me arrodillo junto a la cama y coloco mi mano derecha sobre la huella de la mano en el colchón. Es una concordancia perfecta. O *imperfecta*, dependiendo de cómo se mire. Echo un vistazo a Charlie y su mirada se desvía, casi como no queriendo saber si la huella de la mano me pertenece. El hecho de que es mía se suma a las preguntas. Tenemos tantas preguntas apiladas hasta este punto, que se siente como si la pila se encontrara a punto de colapsar y enterrarnos en todo menos respuestas.

—Probablemente es mi propia sangre —le digo. O tal vez me lo digo a mí. Trato de descartar cualquier pensamiento que sé que se desarrolla en su cabeza—. Pude caerme afuera anoche.

Siento que doy excusas para alguien que no soy yo. Siento que doy excusas para un amigo mío. Este chico *Silas*. Alguien que definitivamente no soy yo.

—¿Dónde estuviste anoche?

No es una pregunta real, sólo algo que los dos pensamos. Agarro la sábana superior y el edredón, y los extiendo sobre la cama para ocultar el desorden. La evidencia. Las pistas. Sea lo que sea, sólo quiero ocultarlo.

—¿Qué significa esto? —pregunta, volviéndose hacia mí. Sostiene una hoja de papel. Camino hacia ella y la tomo de sus manos. Parece que fue doblada y desdoblada muchas veces, hay un pequeño agujero por el desgaste formándose en el centro de la misma. La oración a través de la página dice: *Nunca detenerse. Nunca olvidar.*

Dejo la hoja de papel sobre la mesa, con ganas de que esté fuera de mis manos. El papel también se siente como una evidencia. No quiero tocarlo. —No sé lo que significa.

Necesito agua. Es la única cosa de la que recuerdo el sabor. Tal vez porque el agua no tiene sabor.

—¿Tú lo escribiste? —exige.

—¿Cómo voy a saberlo? —No me gusta el tono de mi voz. Sueno agraviado. No quiero que piense que estoy molesto con ella.

Se da la vuelta y camina rápidamente hasta su mochila. Busca en el interior y saca un bolígrafo, luego camina hacia mí, empujándolo en mi mano. —Cópialo.

Es mandona. Miro hacia el bolígrafo, girándolo entre mis dedos. Paso mi pulgar por las palabras impresas en relieve al lado de la misma.

GRUPO FINANCIERO WYNWOOD-NASH.

—Ve si tu escritura coincide —dice. Voltea la página hacia el lado en blanco y la empuja hacia mí. Miro sus ojos, caigo en ellos un poco. Pero entonces me siento enojado.

No me gusta que piense estas cosas primero. Sostengo la pluma en la mano derecha. No se siente cómodo. Cambio la pluma a la mano izquierda y se ajusta mejor. *Soy zurdo.*

Escribo las palabras de memoria, y después de que consigo un buen vistazo de mi letra, le doy vuelta a la página de nuevo.

La letra es diferente. La mía es aguda, concisa. La otra es suelta y despreocupada. Ella toma la pluma y reescribe las palabras.

Es una concordancia perfecta. Los dos miramos en silencio el papel, sin saber si eso siquiera significa algo. Podría no significar nada. Podría significar *todo*. La suciedad en mis sábanas podría significar todo. La huella de la mano manchada de sangre podría significar todo. El hecho de que podamos recordar cosas básicas,

pero no a la gente podría significar todo. La ropa que llevo, el color de su esmalte de uñas, la cámara en mi escritorio, las fotos en la pared, el reloj encima de la puerta, el vaso de agua medio vacío sobre la mesa. Estoy girando, asimilándolo todo. *Todo* podría significar todo.

O todo podría significar absolutamente nada.

No sé qué catalogar en mi mente y qué ignorar. Tal vez si me duermo, mañana despertaré y seré completamente normal.

—Tengo hambre —dice.

Me mira; mechones de pelo se interponen, impidiéndome tener una vista completa de su cara. Es hermosa, pero de una manera avergonzada. Uno no está seguro de lo que tiene que apreciar. Todo en ella es cautivante, como a consecuencia de una tormenta. No se supone que la gente obtenga placer de la destrucción que la madre naturaleza es capaz de hacer, pero queremos mirar de todos modos. Charlie es la devastación dejada a raíz de un tornado.

¿Cómo lo sé?

Ahora mismo parece estar calculando, mirándome de esa manera. Quiero agarrar mi cámara y tomar una foto de ella. Algo da vueltas en mi estómago como cintas, y no estoy seguro de si son nervios, el hambre o mi reacción a la chica de pie junto a mí.

—Vamos abajo —digo. Alcanzo su mochila y se la entrego. Cojo la cámara de la cómoda—. Comeremos mientras buscamos nuestras cosas.

Camina delante de mí, deteniéndose en cada imagen entre mi habitación y la parte inferior de la escalera. Con cada imagen que pasamos, pasa su dedo sobre mi rostro, y solo mi rostro. Observo mientras silenciosamente trata de comprenderme por esa serie de fotografías. Quiero decirle que pierde su tiempo. El que aparece en esas imágenes no soy yo.

Tan pronto como llegamos a la parte inferior de las escaleras, nuestros oídos son asaltados por el corto sonido de un grito. Charlie se detiene repentinamente y choco contra su espalda. El grito pertenece a una mujer de pie en la puerta de la cocina.

Sus ojos son amplios, pasando de Charlie a mí, y de regreso.

Presiona su pecho, sobre el corazón, exhalando con alivio.

No aparece en ninguna de las fotografías. Es regordeta y mayor, tal vez de unos sesenta años. Lleva un delantal que dice: *Puse el "ent" en Entremeses*.

Su cabello se encuentra hacia atrás, pero quita algunos mechones sueltos grises, mientras exhala un suspiro calmante. —¡Jesús, Silas! ¡Me has asustado casi hasta la muerte! —Gira y se adentra en la cocina—. Será mejor que vuelvas a la escuela antes de que tu padre se entere. No mentiré por ti.

Charlie sigue congelada en frente de mí, así que coloco una mano en su espalda baja y la empujo hacia adelante. Me mira por encima del hombro. —Conoces...

Niego con la cabeza, cortando su pregunta. Se encuentra a punto de preguntarme si conozco a la mujer en la cocina. La respuesta es no. No *la* conozco, no conozco a *Charlie*, no conozco a la familia en las fotos.

Lo que *sí* conozco es la cámara en mis manos. Bajo la mirada, preguntándome cómo puedo recordar todo lo que hay que saber sobre el funcionamiento de esta cámara, pero no puedo recordar cómo aprendí alguna de esas cosas. Sé cómo ajustar el ISO¹. Sé cómo ajustar la velocidad de obturación para dar a una cascada la apariencia de una corriente suave o hacer que cada gota individual de agua permanezca por su cuenta. Esta cámara tiene la capacidad de poner el más mínimo detalle en foco, como la curva de la mano de Charlie, o las pestañas que recubren sus ojos, mientras todo lo demás a su alrededor se convierte en un borrón. Sé que de alguna manera conozco los pros y contras de esta cámara mejor de lo que conozco cómo debe sonar la voz de mi propio hermano pequeño.

Envuelvo la correa alrededor de mi cuello y permito que la cámara cuelgue contra mi pecho mientras sigo a Charlie hacia la cocina. Camina con propósito. Hasta ahora, he llegado a la conclusión de que todo lo que hace tiene un propósito. No desperdicia nada. Cada paso que da parece planeado antes de darlo. Cada palabra que dice es necesaria. Siempre que sus ojos aterrizan en algo, se centra en ello con todos sus sentidos, como si solo sus ojos pudieran determinar cómo sabe, huele, suena y siente algo. Y sólo ve las cosas cuando hay una razón para ello. Olvida los pisos, cortinas, fotografías en la sala que no tienen mi cara en ellas. No pierde el tiempo en cosas que no son de utilidad para ella.

Por eso la sigo cuando entra en la cocina. No estoy seguro de cuál es su objetivo en este momento. Es para obtener más información del ama de llaves o busca alimento.

Charlie reclama un asiento en la enorme barra y saca la silla a su lado y la acaricia sin mirar hacia mí. Tomo asiento y pongo mi cámara enfrente de mí. Deja

¹ ISO se refiere a los controles tanto de la sensibilidad de la luz y la velocidad con que se toman las fotografías.

caer su mochila sobre el mostrador y comienza a abrirla. —Ezra, me muero de hambre. ¿Hay algo de comer?

Todo mi cuerpo gira hacia Charlie en el taburete, pero se siente como si mi estómago se encuentra en algún lugar en el suelo debajo de mí. *¿Cómo sabe su nombre?*

Charlie me mira con un rápido movimiento de su cabeza. —Cálmate —sisea—. Está escrito justo allí. —Apunta hacia una lista —una lista de compras—, que hay frente a nosotros. Es un bloc rosa, personalizado, con gatitos que recubren la parte inferior de la página. En la parte superior del bloc personalizado se lee: *Cosas que Ezra necesita en este miaumento.*

La mujer cierra un armario y se enfrenta a Charlie. —¿Abriste apetito mientras te encontrabas arriba? Porque en caso de que no estuvieras al tanto, sirven el almuerzo en la escuela a la que ambos deberían estar yendo en este momento.

—¿Quieres decir en este *miaumento* —le digo sin pensar. Charlie empieza a reír, y luego yo también me río. Y se siente como si alguien finalmente dejara entrar aire en la habitación. Ezra, menos divertida, rueda los ojos. Esto hace que me pregunte si yo solía ser divertido. También sonrío, porque el hecho de que no pareciera confundida cuando Charlie se refirió a ella como Ezra significa que Charlie tenía razón.

Levanto la mano y la paso a lo largo de la nuca de Charlie. Ella se estremece cuando la toco, pero se relaja casi inmediatamente cuando se da cuenta de que es parte de nuestro acto. *Estamos enamorados, Charlie. ¿Recuerdas?*

—Charlie no se ha sentido muy bien. La traje aquí para que pudiera dormir la siesta, pero no ha comido hoy. —Vuelvo mi atención a Ezra y sonrío—. ¿Tienes algo para que mi chica se sienta mejor? ¿Alguna sopa o galletas saladas, tal vez?

La expresión de Ezra se suaviza cuando ve el cariño que le muestro a Charlie. Toma una toalla de mano y la arroja por encima de su hombro. —Te diré algo, Char. ¿Qué tal si te preparo mi especialidad, emparedado de queso a la parrilla? Era tu favorito antes, cuando solías visitarnos.

Mi mano se tensa contra el cuello de Charlie. *¿Antes, cuando solías visitarnos?* Los dos nos miramos, más preguntas nublando nuestros ojos. Charlie asiente. —Gracias, Ezra —dice.

Ezra cierra la puerta de la nevera con la cadera y comienza colocar ingredientes sobre el mostrador. Mantequilla. Mayonesa. Pan. Queso. *Más* queso. Queso *parmesano*. Coloca un sartén en la estufa y enciende la llama. —También te

haré uno, Silas —dice Ezra—. Debes haberte contagiado de sea cual sea el virus que Charlie tiene, porque no me has hablado mucho desde que entraste en la pubertad. —Se ríe después de su comentario.

—¿Por qué no te hablo?

Charlie golpea mi pierna y entrecierra los ojos. No debí preguntar eso.

Ezra desliza el cuchillo en la mantequilla y toma un trozo de ella. La unta en el pan. —Oh, ya sabes —dice, encogiéndose de hombros—. Los niños pequeños crecen. Se convierten en hombres. Las amas de casa dejan de ser *tía Ezra* y regresan a ser solo amas de casa. —Su voz es triste ahora.

Hago una mueca, porque no me gusta conocer ese lado de mí. No quiero que *Charlie* conozca ese lado de mí.

Mi mirada cae a la cámara delante de mí. La enciendo. Charlie empieza a rebuscar en su mochila, inspeccionando artículo por artículo.

—Oh, oh —dice.

Sostiene un teléfono. Me inclino sobre su hombro y miro la pantalla con ella, justo cuando cambia el timbre a la posición de *encendido*. Hay siete llamadas perdidas e incluso más mensajes de textos, todos de “Mamá”.

Abre el último mensaje de texto, enviado hace apenas tres minutos.

Tienes tres minutos para regresarme la llamada.

Supongo que no pensé en las consecuencias de saltarnos la escuela. Las consecuencias con los padres que ni siquiera recordamos. —Tenemos que irnos —le digo.

Los dos nos levantamos al mismo tiempo. Lanza la mochila sobre su hombro y agarro mi cámara.

—Espera —dice Ezra—. El primer emparedado está casi listo. —Se acerca a la nevera y coge dos latas de Sprite—. Esto ayudará a su estómago. —Me da ambos refrescos y luego envuelve el emparedado de queso a la parrilla en una servilleta de papel. Charlie ya se encuentra esperando en la puerta principal. Justo cuando estoy a punto de alejarme de Ezra, ella me aprieta la muñeca. Me doy la vuelta para ver su cara, y sus ojos se mueven de Charlie hacia mí—. Es bueno verla de nuevo aquí —dice Ezra en voz baja—. He estado preocupada por cómo podría afectarlos a ustedes dos todo el asunto entre sus padres. Has amado a esa chica desde antes de que pudieras caminar.

La miro fijamente, no estoy seguro de cómo procesar toda la información que acabo de recibir. —Antes de que pudiera caminar, ¿eh?

Sonríe como si tuviera uno de mis secretos. Lo quiero de vuelta.

—Silas —dice Charlie.

Disparo una rápida sonrisa a Ezra y me dirijo hacia Charlie. Tan pronto como llego a la puerta principal, el timbre estridente de su teléfono la sobresalta y se le cae de las manos, directamente al suelo. Se arrodilla para recogerlo. —Es ella —dice, levantándose—. ¿Qué debería hacer?

Abro la puerta y le insto a salir tomándola por el codo. Una vez que la puerta se cierra, la enfrento de nuevo. El teléfono está en su tercer timbrado. —Deberías responder.

Mira fijamente el teléfono, sus dedos agarrándolo con fuerza. No responde, así que lo alcanzo y pulso directamente contestar. Arruga su nariz y me mira cuando lo llevo a su oreja. —¿Hola?

Comenzamos a caminar hacia el auto, pero escucho en silencio las frases entrecortadas que vienen a través de su teléfono: “Lo sabes bien”, “saltarse la escuela” y “¿cómo pudiste?” Las palabras continúan saliendo de su teléfono, hasta que ambos nos hallamos sentados en el auto con las puertas cerradas. Enciendo el auto y la voz de la mujer se queda en silencio durante varios segundos. De pronto, la voz está a todo volumen saliendo por los altavoces del auto. *Bluetooth. Recuerdo lo que es el Bluetooth.*

Pongo los refrescos y el emparedado en la consola central y empiezo a salir de la calzada. Charlie todavía no ha tenido la oportunidad de responderle a su madre, pero rueda los ojos cuando la miro.

—Mamá —dice Charlie rotundamente, intentando interrumpirla—. Mamá, estoy de camino a casa. Silas me lleva a mi auto.

Un largo silencio sigue a las palabras de Charlie y, de alguna manera, su madre es mucho más intimidante cuando las palabras *no* salen gritadas a través del teléfono. Cuando comienza a hablar de nuevo, sus palabras salen lentas y sobre pronunciadas. —Por favor, dime que no permitiste que *esa* familia te comprara un auto.

Nuestros ojos se encuentran y Charlie gesticula la palabra *mierda*. —Yo... no. No, quiero decir que Silas me lleva a casa. Llego allí en pocos minutos. —Charlie titubea con el teléfono en sus manos, tratando de retornar a la pantalla que le permitirá terminar la llamada. Presiono el botón de desconexión en el volante y la termino por ella.

Inhala lentamente, volviéndose hacia su ventana. Cuando exhala, un pequeño círculo de niebla aparece en la ventana cerca de su boca. —¿Silas? —Se

gira para enfrentarme y arquea una ceja—. Creo que mi madre puede ser una perra.

Me río, pero no ofrezco ningún consuelo. Estoy de acuerdo con ella.

Ambos permanecemos en silencio durante varios kilómetros. Repito mi breve conversación con Ezra una y otra vez en mi cabeza. Soy incapaz de alejar la escena de mi cabeza, y ella ni siquiera es mi madre. No me puedo imaginar lo que Charlie debe sentir ahora mismo después de hablar con su verdadera madre. Creo que ambos lograremos tranquilizar nuestras mentes una vez que entremos en contacto con alguien tan cercano a nosotros como nuestros propios padres, esto activaría nuestra memoria. Puedo decir, por la reacción de Charlie, que no reconoció una sola cosa acerca de la mujer con la que habló por teléfono.

—No tengo auto —dice silenciosamente. Le echo un vistazo, dibuja con la punta de su dedo en la ventana empañada—. Tengo diecisiete. Me pregunto por qué no tengo auto.

Tan pronto como menciona el auto, recuerdo que todavía conduzco en dirección a la escuela en vez de al sitio al que necesito llevarla. —¿De casualidad sabes dónde vives, Charlie?

Su mirada se encuentra con la mía, y después de medio segundo de confusión que muestra su rostro, es cambiado por claridad. Es fascinante lo fácil que puedo leer ahora sus expresiones en comparación a esta mañana. Sus ojos son como dos libros abiertos y de repente quiero devorar cada página.

Saca el monedero de su mochila y lee la dirección de la licencia de conducir. —Si te detienes, podemos ingresarla en el GPS —dice.

Presiono los botones de navegación. —Estos coches son hechos en Londres. No tienes que detenerte para programar una dirección en el GPS. —Comienzo a introducir el número de su calle y la siento observarme. Ni siquiera tengo que ver sus ojos para saber que los inunda la sospecha.

Niego con la cabeza antes de que incluso haga la pregunta. —No, no sé cómo sabía eso.

Una vez que la dirección está programada, giro el coche y comienzo a dirigirme a la dirección de la casa. Nos hallamos a once kilómetros de distancia. Abre ambas sodas y parte el emparedado por la mitad, entregándome una de ellas. Conducimos nueve kilómetros sin hablar. Quiero estirarme y tomar su mano para consolarla. Quiero decirle algo para darle seguridad. Si esto fuera el día de ayer, estoy seguro de que lo habría hecho sin pensarlo dos veces. Pero no es ayer. Es hoy, y Charlie y yo somos completos extraños el día de hoy.

En el onceavo y último kilómetro, habla, pero todo lo que dice es —: Ese fue un muy buen emparedado de queso a la parrilla. Asegúrate de decirle a Ezra que lo dije.

Bajo la velocidad. Conduzco bien abajo del límite de velocidad hasta que llegamos a su calle, y luego me detengo tan pronto como giro en el camino. Mira por la ventana, asimilando cada casa. Son pequeñas. Casas de un piso, cada una con un puesto de estacionamiento. Cualquiera de estas casas podría encajar dentro de mi cocina y todavía tendríamos espacio para cocinar.

—¿Quieres que entre contigo?

Niega con la cabeza. —Probablemente no deberías. No suena como que le agrade mucho a mi madre.

Tiene razón. Desearía saber a qué se refería su madre cuando dijo *esa* familia. Desearía saber a qué se refería Ezra cuando mencionó a nuestros padres.

—Creo que es esa —dice, señalando una casa a un par de metros de distancia. Presiono el acelerador y avanzo hacia ella. Es por mucho, la más agradable de la calle, pero solo porque el césped del patio fue cortado recientemente, y la pintura en los marcos de las ventanas no se cae a pedazos.

Mi coche baja la velocidad y eventualmente se detiene delante de la casa. Ambos la miramos, silenciosamente aceptando la vasta distancia entre las vidas que vivimos. Sin embargo, no es nada en comparación a la brecha que siento al saber que estamos a punto de separarnos durante el resto de la noche. Ella ha sido un buen amortiguador entre la realidad y yo.

—Hazme un favor —le digo mientras estaciono el auto—. Busca mi nombre en tu identificador de llamadas. Quiero ver si tengo un teléfono aquí.

Asiente y comienza a pasar entre sus contactos. Mueve el dedo por la pantalla y lleva su teléfono a su oído, mordiendo su labio inferior para ocultar lo que parece una sonrisa.

Justo cuando abro la boca para preguntarle qué la hizo sonreír, un sonido sofocado viene de la consola. La abro y busco dentro hasta que encuentro el teléfono. Cuando miro la pantalla, leo el contacto.

Charlie nena.

Supongo que eso responde mi pregunta. También debe tener un apodo para mí. Deslizo *contestar* y llevo el teléfono a mi oído. —Hola, *Charlie nena*.

Ríe, y lo escucho doble. Una vez a través del teléfono y de nuevo desde el asiento a mi lado.

—Temo que podríamos ser una pareja muy cursi, *Silas nene*— dice.

—Eso parece. —Recorro con mi pulgar el volante, esperando que hable de nuevo. No lo hace. Todavía mira la casa desconocida.

—Llámame tan pronto como puedas, ¿de acuerdo?

—Lo haré —dice.

—Podrías tener un diario. Busca cualquier cosa que pueda ayudarnos.

—Lo haré —dice de nuevo.

Todavía sostenemos los teléfonos en nuestras orejas. No estoy seguro de si duda en bajarse porque teme lo que encontrará dentro o porque no quiere dejar a la única otra persona quien entiende su situación.

—¿Crees que le dirás a alguien? —pregunto.

Aleja el teléfono de su oído, presionando el botón *finalizar*. —No quiero que nadie crea que me estoy volviendo loca.

—No estás enloqueciendo —digo—. No si nos sucede a ambos.

Sus labios se presionan en una tensa y fina línea. Mueve la cabeza con el más suave de los asentimientos, como si estuviera hecha de cristal. —Exactamente. Si estuviéramos atravesando esto solos, sería fácil simplemente decir que estoy loca. Pero *no* me encuentro sola. Ambos experimentamos esto, lo que significa que es algo completamente diferente. Y eso me asusta, Silas.

Abre la puerta y sale. Bajo la ventana mientras cierra la puerta detrás de ella. Cruza los brazos sobre el borde de la ventana y se obliga a mostrar una sonrisa mientras señala sobre su hombro hacia la casa detrás de ella. —Supongo que es seguro decir que no tendré un ama de llaves que me cocine emparedados de queso a la parrilla.

Fuerzo una sonrisa en respuesta. —Sabes mi número. Solo llámame si necesitas que venga a rescatarte.

Su sonrisa falsa es consumida por un genuino ceño fruncido. —Como una damisela en apuros. —Pone los ojos en blanco. Extiende los brazos por la ventana y agarra su mochila—. Deséame suerte, *Silas nene*. —La expresión de cariño está llena de sarcasmo, y de algún modo, lo odio.

5

Charlie

*Traducido por Annie D**Corregido por Luna West*

—¿Mamá? —Mi voz es débil, un chillido. Me aclaro la garganta—. ¿Mamá?
—Llamo de nuevo.

Ella viene a toda velocidad girando por la esquina y de inmediato pienso en un coche sin frenos. Retrocedo dos pasos hasta que mi espalda está contra la puerta principal.

—¿Qué hacías con ese chico? —Sisea.

Puedo oler el licor en su aliento.

—Yo... me traje a casa de la escuela. —Arrugo la nariz y respiro por la boca. Ella está en todo mi espacio personal. Me estiro detrás de mi espalda y agarro el pomo de la puerta en caso de que necesite huir. Tenía la esperanza de sentir algo cuando la viera. Ella fue mi útero de incubación y quien me organizó las fiestas de cumpleaños por los últimos diecisiete años. Casi esperaba una oleada de calor o recuerdos, cierta familiaridad. Me estremezco alejándome de la extraña frente a mí.

—Faltaste a la escuela. ¡Estabas con ese chico! ¿Te importaría explicarte?

Huele como si un bar acabara de vomitar sobre ella. —No me siento como... yo misma. Le pedí que me trajera a casa. —Retrocedo un paso—. ¿Por qué estás borracha en el medio del día?

Sus ojos se amplían y por un minuto creo que hay una gran posibilidad de que me golpee. En el último momento, se tropieza y se desliza por la pared hasta caer sentada en el suelo. Las lágrimas invaden sus ojos y tengo que apartar la mirada.

Bueno, no esperaba esto.

Puedo lidiar con los gritos. El llanto me pone nerviosa. Especialmente cuando se trata de una completa desconocida y no sé qué decir. Camino despacio más allá de ella cuando entierra el rostro en sus manos y comienza a sollozar con fuerza. No estoy segura de si esto es normal para ella. Dudo justo donde termina el vestíbulo y la sala de estar comienza. Al final, la dejo con sus lágrimas y decido encontrar mi dormitorio. No puedo ayudarla. Ni siquiera la conozco.

Quiero esconderme hasta que descifre algo. Como quién diablos soy. La casa es más pequeña de lo que pensaba. Justo después de donde está mi madre llorando en el suelo, hay una cocina y una pequeña sala de estar. Está todo desproporcionalmente bajo y ordenado, lleno al máximo con muebles que parecen que no formaran parte. Cosas caras en una casa que no es cara. Hay tres puertas. La primera está abierta. Me asomo y veo una colcha a cuadros. ¿El dormitorio de mis padres? Sé por la colcha a cuadros que no es la mía. Me gustan las flores. Abro la segunda de las puertas: un baño. La tercera es otro dormitorio en el lado izquierdo del pasillo. Doy un paso dentro. Dos camas. Me quejo. Tengo un hermano.

Cierro la puerta detrás de mí, y mis ojos se mueven por el espacio compartido. Tengo una hermana. Por el aspecto de sus cosas ella es más joven que yo, por lo menos un par de años. Me quedo mirando los afiches de las bandas que adornan su lado de la habitación con disgusto. Mi lado es más simple: una cama doble con un edredón púrpura y una impresión enmarcada en blanco y negro que cuelga en la pared sobre la cama. Inmediatamente, sé que es algo que Silas fotografió. Una puerta rota que se cierne sobre sus bisagras; enredaderas asfixiando su camino a través de las puntas oxidadas de metal—no tan oscuro como las impresiones en su dormitorio, quizás más apropiado para mí. Hay una pila de libros en mi mesa de noche. Alcanzo uno para leer el título cuando mi teléfono suena.

Silas: *¿Estás bien?*

Yo: *Creo que mi mamá es una alcohólica y tengo una hermana.*

Su respuesta llega unos pocos segundos más tarde.

Silas: *No sé qué decir. Esto es tan incómodo.*

Me río y bajo mi teléfono. Quiero revisar más, a ver si puedo encontrar algo sospechoso. Mis cajones están ordenados. Debo tener algún trastorno con la organización. Arrojo los calcetines y ropa interior para ver si puedo encontrar algo más.

No hay nada en mis cajones, nada en mi mesita de noche. Encuentro una caja de condones metida en una cartera debajo de mi cama. Busco por un diario,

notas escritas por amigos —no hay nada. Soy un ser humano estéril, aburrido si no fuera por esa impresión sobre mi cama. Una impresión que Silas me dio, no una que yo misma escogí.

Mi madre está en la cocina. Puedo oírla sorbiendo por la nariz y preparándose algo de comer. *Está borracha*, pienso. Tal vez debería hacerle algunas preguntas y ella no recordará que las hice.

—Oye... eh... mamá —digo, parándome cerca de ella. Deja de preparar su tostada para mirarme con ojos llorosos.

—Así que... ¿me comporté extraña anoche?

—¿Anoche? —repite.

—Sí —digo—. Tú sabes... cuando llegue a casa.

Raspa el cuchillo sobre el pan hasta que está untado con mantequilla.

—Estabas sucia —arrastra las palabras—. Te dije que tomaras una ducha.

Pienso en la tierra y hojas en la cama de Silas. Eso significa que probablemente estábamos juntos.

—¿A qué hora llegué a casa? Mi teléfono estaba muerto. —Miento.

Entrecierra sus ojos. —Cerca de las diez.

—¿Dije algo... inusual?

Ella se da la vuelta y se va al fregadero donde muerde su tostada y mira fijo al desagüe.

—¡Mamá! Presta atención. Necesito que me respondas.

¿Por qué esto se siente familiar? Yo rogando, ella ignorando.

—No —dice simplemente. Entonces tengo un pensamiento: mi ropa de anoche. Junto a la cocina hay un pequeño armario con una lavadora y secadora apiladas en el interior del mismo. Abro la tapa de la lavadora y veo un pequeño montículo de ropas mojadas agrupadas en el fondo. Las saco. Son sin duda de mi talla. Debo haberlas arrojado aquí anoche, traté de lavar la evidencia. ¿Evidencia de qué? Abro los bolsillos de los vaqueros con mis dedos y busco dentro. Hay un montón de papel agrupado en un grueso y húmedo desastre. Dejo caer los vaqueros y llevo el papel de regreso a mi habitación. Si trato de desdoblarlo, podría desmoronarse. Decido colocarlo en el alféizar de la ventana y esperar que se seque.

Le escribo a Silas.

Yo: ¿Dónde estás?

Espero unos pocos minutos y cuando no responde de vuelta, intento de nuevo.

Yo: ¡Silas!

Me pregunto si siempre hago esto; acosarlo hasta que contesta.

Envío cinco más y luego lanzo mi teléfono a través del cuarto, enterrando mi rostro en la almohada de Charlie Wynwood para llorar. Charlie Wynwood probablemente nunca lloraba. Ella no tiene personalidad por el aspecto de su dormitorio. Su madre es una alcohólica y su hermana escucha música de mierda. Y, ¿cómo sé que ese afiche encima de la cama de mi hermana compara al amor con los sonidos de boom y clap², pero no recuerdo el nombre de dicha hermana? Deambulo por su lado de la pequeña habitación y hurgo en sus cosas.

—¡Din, din, din! —digo, sacando un diario rosa de puntos debajo de su almohada.

Me acomodo en su cama y abra la tapa.

Propiedad de Janette Elise Wynwood.

¡NO LEER!

Ignoro la advertencia y veo la página de su primera entrada, llamada:

Charlie apesta.

Mi hermana es la peor persona en el planeta. Espero que muera.

Cierro el libro y lo pongo de nuevo debajo de la almohada.

—Eso salió bien.

Mi familia me odia. ¿Qué tipo de ser humano eres cuando tu propia familia te odia? Desde el otro lado de la habitación mi teléfono me dice que tengo un mensaje. Doy un salto, pensando que es Silas, sintiéndome de repente aliviada. Hay dos textos. Uno es de Amy.

¡¡¿Dónde estás?!!

Y el otro es de un chico llamado Brian.

Oye, te extrañé hoy. ¿Le dijiste?

¿Él quien? Y, ¿decirle qué?

² Canción Boom Clap de la cantante británica Charli XCX.

Bajo mi teléfono sin contestar a ninguno de ellos. Decido darle otra oportunidad al diario, saltándome todo hasta la última entrada de Janette, la cual fue anoche.

Título: *Podría necesitar frenillos pero somos demasiados pobres. Charlie tuvo frenillos.*

Me paso la lengua por los dientes. Sí, se sienten bastantes derechos.

Sus dientes están todos derechos y perfectos y yo voy a tener un diente roto por siempre. Mamá dijo que iba a ver la financiación pero desde lo ocurrido con la compañía de papá no tenemos dinero para cosas normales. No me gusta llevar comida empacada a la escuela. ¡Me siento como una niña de pre-escolar!

Me salto un párrafo en el que detalla el último período de su amiga Payton. Ella está despotricando sobre su falta de menstruación cuando su diario es ultrajado por su servidor.

Me tengo que ir. Charlie acaba de llegar a casa y está llorando. Ella casi nunca llora. Espero que Silas rompiera con ella —lo tendría merecido.

Así que ¿lloraba cuando llegué a casa anoche? Me acerco a la ventana donde el papel de mi bolsillo se ha secado un poco. Con cuidado, alisándolo, lo coloco sobre el escritorio que mi hermana y yo al parecer compartimos. Parte de la tinta se ha lavado, pero parece un recibo. Le escribo a Silas.

Yo: *Silas, necesito un aventón.*

Espero de nuevo, volviéndome más irritada con su retraso en la respuesta. Soy impaciente, pienso.

Yo: *Hay un tipo llamado Brian que me está escribiendo. Él es muy coqueto. Le puedo pedir un aventón si estás ocupado...*

Mi teléfono suena un segundo más tarde.

Silas: *Diablos, no. ¡En camino!*

Sonrío.

No debería ser un problema salir de la casa ya que mi madre se ha desmayado en el sofá. La observo por un momento, estudiando su rostro dormido, tratando desesperadamente de recordar. Ella se ve como Charlie, sólo mayor. Antes de que salga a esperar a Silas, la cubro con una manta y tomo un par de refrescos de la nevera casi vacía.

—Nos vemos, mamá —digo en voz baja.

6

Silas

*Traducido por florbarbero & Miry GPE**Corregido por Clara Markov*

No puedo decir si regreso porque me siento protector o posesivo. De cualquier manera, no me gusta la idea de ella con alguien más. Esto me hace preguntarme quién es este tipo, Brian, y por qué piensa que es correcto enviarle mensajes de texto coqueteando cuando obviamente Charlie y yo estamos juntos.

Mi mano izquierda todavía agarra el teléfono cuando vuelve a sonar. No hay ningún número en la pantalla. Solo la palabra "hermano." Deslizo el dedo a través de ella y contesto.

—¿Hola?

—¿Dónde diablos estás?

Es la voz de un hombre. Una voz que se parece mucho a la mía. Miro hacia la izquierda y derecha, pero no hay nada familiar en la intersección que atravieso.
—Estoy en mi auto.

Se queja. —No me digas. Si sigues faltando a las prácticas, te pondrán en el banquillo.

El Silas de ayer probablemente se habría enojado por esto. El Silas de hoy se siente aliviado. —¿Qué día es hoy?

—Miércoles. Un día antes de mañana, un día después de ayer. Ven a recogerme, la práctica terminó.

¿Por qué no tiene su propio auto? Ni siquiera conozco a este chico y ya se siente como un inconveniente. Definitivamente es mi hermano.

—Tengo que recoger a Charlie primero —le digo.

Hace una pausa. —¿En su casa?

4
0

—Sí.

Otra pausa. —¿Tienes deseos de morir?

Realmente odio no saber lo que todo el mundo parece saber. ¿Por qué no se me permite ir a la casa de Charlie?

—Como sea, solo date prisa —dice justo antes de colgar.

Ella se encuentra de pie en la calle cuando giro en la esquina. Mira su casa. Las manos descansan suavemente a sus lados, y sostiene dos refrescos. Uno en cada una. Los agarra como armas, como si quisiera lanzarlos a la casa de delante con la esperanza de que en realidad sean granadas. Reduzco la velocidad y me detengo a varios metros de ella.

No lleva la misma ropa de antes. Usa una falda larga y negra que le cubre los pies. Hay un pañuelo negro envuelto alrededor de su cuello, cayéndole sobre el hombro. La camisa de color café es de manga larga, pero aun así parece tener frío. Una ráfaga de viento sopla y la falda y el pañuelo se mueven, pero ella permanece inmóvil. Ni siquiera parpadea. Se halla perdida en sus pensamientos.

Yo estoy perdido en ella.

Cuando estaciono el auto, gira la cabeza, me mira y luego baja de inmediato la mirada al suelo. Camina a la puerta del pasajero y sube. Su silencio parece rogar por mi silencio, así que no digo nada en lo que nos dirigimos a la escuela. Luego de un par de kilómetros, se relaja en el asiento y apoya una de sus botas contra el tablero. —¿A dónde vamos?

—Mi hermano llamó. Necesita un aventón.

Asiente.

—Al parecer estoy en problemas por no presentarme a la práctica de fútbol de hoy. —Sé con certeza que puede decir por el tono displicente de mi voz que no me preocupa demasiado el perderme la práctica. Lo cierto es que el fútbol no se encuentra en mi lista de prioridades en este momento, por lo que estar en el banquillo probablemente sea lo mejor para todos.

—Juegas al fútbol —dice, confirmando—. Yo no hago nada. Soy aburrida, Silas. Mi habitación es aburrida. No tengo un diario. No colecciono nada. Lo único que tengo es una foto de una verja, y ni siquiera fui quien tomó la fotografía. Tú lo

hiciste. Todo lo que tengo con algo de personalidad en mi habitación es algo que tú me diste.

—¿Cómo sabes que yo tomé la foto?

Se encoge de hombros y se acomoda la falda sobre las rodillas. —Tienes un estilo único. Algo así como una huella digital. Noté que era tuya, ya que solo tomas fotos de cosas que a la gente le aterra mirar en la vida real.

Supongo que no le gustan mis fotografías.

—Así que... —pregunto, mirando al frente—. ¿Quién es este chico Brian?

Toma su teléfono y abre los mensajes de texto. Intento mirar por encima, sabiendo que me hallo demasiado lejos para leerlos, pero de todos modos hago un esfuerzo. Noto que inclina su teléfono ligeramente a la derecha, protegiéndolo de mi vista. —No estoy segura —dice—. Traté de buscar mensajes viejos y ver si podía averiguar algo, pero son confusos. No puedo decir si salía con él o contigo.

Mi boca se seca de nuevo. Agarro una de las bebidas que trajo y la abro. Tomo un largo sorbo y la vuelvo a colocar en el portavasos. —Tal vez jugabas un poco con ambos. —Hay un tono filoso en mi voz. Trato de suavizarla—. ¿Qué dicen sus mensajes de hoy?

Bloquea el teléfono y lo coloca boca abajo en su regazo, casi como si se avergonzara de mirarlo. No me respondió. Puedo sentir el rubor en mi cuello, y reconozco la calidez de los celos arrastrándose a través de mí como un virus. No me gusta.

—Respóndele —le digo—. Dile que no quieres que te envíe más mensajes y que deseas estar conmigo.

Mueve los ojos en mi dirección. —No conocemos nuestra situación —dice—. ¿Qué sucede si no me gustas? ¿Qué pasa si nos encontrábamos listos para romper?

Vuelvo la mirada al camino y rechino los dientes. —Creo que es mejor si nos mantenemos juntos hasta que sepamos qué pasó. Ni siquiera sabes quién es este tipo, Brian.

—Tampoco te conozco —responde.

Entro al estacionamiento de la escuela. Me observa de cerca, esperando por mi respuesta. Siento que soy puesto a prueba.

Estaciono el auto y lo apago. Agarro el volante con la mano derecha y mi mandíbula con la izquierda. Las aprieto. —¿Cómo haremos esto?

—¿Puedes ser un poco más específico? —dice.

Sacudo la cabeza un poco. Ni siquiera sé si me mira cómo para darse cuenta. —No puedo ser más específico, porque me refiero a todo. Nosotros, nuestras familias, nuestras vidas. ¿Cómo podemos resolverlo, Charlie? ¿Y qué haremos si descubrimos cosas que nos molestan del otro?

Antes de que me pueda contestar, alguien sale de una puerta y comienza a caminar hacia nosotros. Se parece a mí, pero más joven. Tal vez es un estudiante de segundo año. Todavía no es tan grande como yo, pero por el aspecto que tiene, probablemente cuando termine de crecer será más grande.

—Esto debería ser divertido —dice, viendo a mi hermano pequeño acercarse al auto. Camina directamente a la parte trasera del lado del pasajero y abre la puerta. Arroja una mochila, un par de zapatos, un bolso de gimnasia y finalmente se sube.

La puerta se cierra.

Saca su teléfono y empieza a desplazarse por los mensajes. Respira con pesadez. Su cabello luce sudoroso y enmarañado en la frente. Tenemos el mismo pelo. Cuando me mira, veo que también tenemos los mismos ojos.

—¿Cuál es tu problema? —pregunta.

No le respondo. Me giro en el asiento y miro a Charlie. Tiene una sonrisa en su cara y le escribe a alguien. Casi tengo ganas de tomar el teléfono y ver si le envía mensajes a Brian, pero mi teléfono vibra con su mensaje cuando lo manda.

Charlie: *¿Sabes el nombre de tu hermano pequeño?*

No tengo absolutamente ninguna idea de cuál es el nombre de mi propio hermano pequeño.

—Mierda —digo.

Se ríe, pero su risa se corta cuando ella descubre algo en el estacionamiento. Mi mirada la sigue y se posa en un chico. Él observa fijamente el auto, mirando con dureza a Charlie.

Lo reconozco. Es el chico del baño de la mañana. El que intentó provocarme.

—Déjame adivinar —digo—. ¿Brian?

Camina directamente a la puerta del pasajero y la abre. Da un paso atrás y señala con el dedo a Charlie. Me ignora por completo, pero está a punto de conocerme muy bien si él cree que puede llamar a Charlie de esta manera.

—Tenemos que hablar —dice, sus palabras recortadas.

Charlie pone la mano en la puerta para cerrarla. —Lo siento —le dice—. Estábamos a punto de salir. Hablaré contigo mañana.

Incredulidad y una fuerte dosis de ira se registran en su rostro. Tan pronto como lo veo agarrarla por el brazo y tirarla hacia él, salgo del vehículo y rodeo la parte delantera. Me muevo tan rápido, que me deslizo sobre la grava y tengo que sostenerme del capo para evitar caerme. *Lo logro*. Voy corriendo a la puerta del acompañante, preparado para tomar al bastardo por la garganta, pero está inclinado, gimiendo. Con la mano se cubre un ojo. Se endereza y mira a Charlie a través del lado bueno.

—Te dije que no me tocas —le dice Charlie entre dientes. Se para al lado de la puerta, su mano todavía apretada en un puño.

—¿No quieres que te toque? —dice con una sonrisa—. Es la primera vez.

Justo cuando empiezo a lanzarme hacia él, Charlie coloca una mano contra mi pecho. Me da una mirada de advertencia, dando una pequeña sacudida con la cabeza. Me fuerzo a respirar profundamente para calmarme y doy un paso atrás.

Charlie fija su atención en Brian. —Eso fue ayer, Brian. Hoy es un nuevo día y me voy con Silas. ¿Lo entiendes? —Se gira y sube de nuevo al asiento del pasajero. Espero a que su puerta esté cerrada y bloqueada antes de empezar a caminar de regreso al lado del conductor.

—Ella te engaña —grita Brian.

Me detengo bruscamente.

Poco a poco me vuelvo y lo enfrento. Se halla de pie ahora, y por el aspecto de su postura, espera que lo golpee. Cuando no lo hago, sigue para provocarme.

—Conmigo —añade—. Más de una vez. Ha estado sucediendo desde hace más de dos meses.

Lo miro fijamente, tratando de mantener la calma en el exterior, pero internamente, mis manos se envuelven alrededor de su garganta, exprimiéndole hasta la última gota de oxígeno de los pulmones.

Le echo un vistazo a Charlie. Me ruega con la mirada que no haga nada estúpido. Me giro hacia a él y de alguna manera, sonrío. —Muy bien, Brian. ¿Quieres un trofeo?

Me gustaría poder embotellar la expresión de su rostro y volver a verla en cualquier momento que necesite reír con fuerza.

Una vez que vuelvo al interior del auto, salgo del estacionamiento más dramáticamente de lo que probablemente debería. Cuando volvemos a la carretera,

en dirección a mi casa, por fin me atrevo a mirar Charlie. Tiene la vista fija en mí. Nos vemos durante unos segundos, analizando la reacción del otro. Justo antes de que me vea obligado a mirar hacia el camino delante de mí, veo su sonrisa.

Ambos empezamos a reír. Se relaja contra el asiento y dice—: No puedo creer que te engañara con ese tipo. Debes de haber hecho algo que en serio me enojó.

Le doy una sonrisa. —Nada que no sea asesinato debería haber logrado que me engañaras con ese tipo.

Alguien se aclara la garganta en el asiento trasero, y de inmediato doy un vistazo por el espejo retrovisor. Me olvidé de mi hermano. Se inclina hacia delante, colocándose en medio de los asientos delanteros. Mira a Charlie, y luego a mí.

—Déjenme ver si lo entiendo —dice—. ¿Están riéndose de esto?

Charlie me mira por el rabillo del ojo. Paramos de reír y ella se aclara la garganta. —¿Cuánto tiempo hemos estado juntos, Silas? — pregunta.

Pretendo contar con mis dedos cuando mi hermano se adelanta—: Cuatro años —exclama—. Jesús, ¿qué pasa con ustedes?

Charlie se inclina hacia adelante y me mira a los ojos. Sé exactamente lo que piensa.

—¿Cuatro años? —murmuro.

—Guau —dice Charlie—. Mucho tiempo.

Mi hermano niega con la cabeza y cae de nuevo contra su asiento. —Ustedes dos son peores que un espectáculo de Jerry Springer.

Jerry Springer es un presentador de televisión. ¿Cómo puedo saberlo? Me pregunto si Charlie lo recuerda.

—¿Recuerdas a Jerry Springer? —pregunto.

Sus labios se presionan juntos en lo que piensa. Asiente y se gira hacia la ventanilla del pasajero.

Nada de esto tiene sentido. ¿Cómo podemos recordar a las celebridades? ¿A gente que nunca hemos conocido? ¿Cómo sé que *Kanye West* se casó con una *Kardashian*? ¿Cómo sé que *Robin Williams* murió?

¿Puedo recordar a gente que nunca he conocido, pero no puedo recordar a la chica de la que he estado enamorado desde hace más de cuatro años? La inquietud se apodera dentro de mí, bombeando a través de mis venas hasta que se instala en mi corazón. Me quedo en silencio durante los próximos segundos

nombrando a todos los nombres y las caras de las personas que recuerdo. Presidentes. Actores. Políticos. Músicos. Estrellas de programas de televisión.

Pero no puedo recordar el nombre de mi hermano pequeño, que se halla en el asiento trasero en este momento. Lo observo cuando hace su camino dentro de nuestra casa. Sigo vigilando la puerta mucho después de que se cierra detrás de él. Veo mi casa igual que Charlie miraba a la suya.

—¿Estás bien? —me pregunta.

Es como si el sonido de su voz me succionara, sacándome de mis pensamientos a una velocidad vertiginosa y empujándome de nuevo a la realidad. Al instante imagino a Charlie y Brian juntos y recuerdo las palabras que me dijo, tuve que fingir que no me afectaron en absoluto. *"Ella te engaña"*.

Cierro los ojos e inclino mi cabeza contra el reposacabezas. —¿Por qué crees que sucedió?

—En serio tienes que aprender a ser más específico, Silas.

—De acuerdo —respondo, levantando la cabeza, mirándola directamente—. Brian. ¿Por qué crees que te acostaste con él?

Suspira. —No puedes enojarte conmigo por eso.

Inclino la cabeza y la miro con incredulidad. —Estuvimos juntos durante *cuatro* años, Charlie. No puedes culparme por sentirme un poco molesto.

Niega con la cabeza. —*Ellos* estuvieron juntos durante cuatro años. Charlie y Silas. No nosotros —dice—. Además, ¿cómo sabes que eras un ángel? ¿Viste todos tus mensajes de texto siquiera?

Niego con la cabeza. —Ahora me asusta hacerlo. Y no hagas eso.

—¿Que no haga qué?

—No hables de nosotros en tercera persona. Tú *eres* ella. Y yo él. Nos guste quiénes éramos o no.

Tan pronto como empiezo a salir del camino de entrada, el teléfono de Charlie suena.

—Mi hermana —dice antes de responder con un saludo. Oye en silencio por varios segundos, mirándome todo el tiempo—. Se encontraba borracha cuando llegué a la casa. Estaré allí en unos minutos. —Termina la llamada—. Regresa a la escuela —dice—. Se suponía que mi madre alcohólica recogería a mi hermana después de su práctica de natación. Al parecer conoceremos a otro hermano.

Me río. —Siento como si hubiese sido chofer en mi vida pasada.

La expresión de Charlie se endurece. —Dejaré de referirme a nosotros en tercera persona si dejas de referirte a nuestra vida en pasado. No *morimos*, Silas. Simplemente no podemos recordar nada.

—Podemos recordar *algunas* cosas —aclaró.

Empiezo a regresar en la dirección de la escuela. Al menos con todo esto conoceré el camino muy bien.

—Había una familia en Texas —dice—. Tenían un loro, pero él desapareció. Cuatro años más tarde, apareció afuera, hablando español. —Se ríe—. ¿Por qué recuerdo esa historia sin sentido, pero no puedo recordar qué hice hace doce horas?

No le contesto, porque su pregunta es retórica, a diferencia de todas las preguntas en mi cabeza.

Cuando nos detenemos en la escuela otra vez, una viva imagen de Charlie está de pie junto a la entrada cruzando las manos con fuerza sobre el pecho. Se sube al asiento trasero y se sienta en el mismo lugar donde mi hermano se sentó.

—¿Cómo estuvo tu día? —pregunta Charlie.

—Cállate —dice su hermana.

—¿Tomo eso como malo?

—Cállate —dice de nuevo.

Charlie me mira con los ojos muy abiertos, pero con una sonrisa pícaro en el rostro.

—¿Esperaste mucho tiempo?

—Cállate —vuelve a decir su hermana.

Ahora comprendo que Charlie simplemente la instiga. Sonrío cuando ella se controla ante eso.

—Mamá estaba bastante perdida cuando llegué hoy a casa.

—¿Cuál es la novedad? —dice su hermana.

Al menos esta vez no dijo "cállate".

Charlie le dispara un par de preguntas más, pero su hermana la ignora completamente, dándole toda su atención al teléfono en sus manos. Cuando entramos al camino de entrada de Charlie, su hermana comienza a abrir la puerta antes incluso de que el auto se detenga.

—Dile a mamá que llegaré tarde —dice Charlie al tiempo que su hermana sale del auto—. ¿Y cuándo crees que papá llegará a casa?

Su hermana se detiene. Se queda mirando a Charlie con desprecio. —Dentro de diez o quince, según el juez. —Cierra la puerta con fuerza.

No esperaba eso, y al parecer Charlie tampoco. Poco a poco se gira hasta que vuelve a mirar al frente. Inhala lentamente y lo libera cuidadosamente. —Mi hermana me odia. Vivo en un basurero. Mi mamá es alcohólica. Mi padre está en prisión. Te engañé. —Me mira—. ¿Por qué demonios incluso sales conmigo?

Si la conociera mejor, la abrazaría. Le sostendría la mano. *Algo*. No sé qué hacer. No hay un protocolo sobre cómo consolar a tu novia de cuatro años, que justo conociste esta mañana.

—Bueno, de acuerdo a Ezra, te he amado desde antes de que pudiera caminar. Supongo que es difícil dejar de hacerlo.

Ríe por lo bajo. —Debes de tener algo de lealtad a toda prueba, porque incluso *yo* empiezo a odiarme.

Quiero inclinarme y tocarle la mejilla. Hacerla que me mire. Sin embargo, no lo hago. Pongo el auto en reversa y mantengo mis manos para mí mismo. —Tal vez hay mucho más para ti que solo tu situación financiera y cómo es tu familia.

—Sí —dice. Me mira y la decepción es sustituida momentáneamente por una breve sonrisa—. Puede ser.

Sonreímos juntos, pero ambos miramos hacia nuestras respectivas ventanas para ocultarlas. Una vez que nos volvemos a ubicar en el camino, Charlie se inclina hacia la radio. Se traslada por varias estaciones, eligiendo una en la que ambos comenzamos a cantar de inmediato. Tan pronto como la primera línea de la letra sale de nuestras bocas, nos giramos rápidamente y quedamos uno enfrente del otro.

—Letras —dice en voz baja—. Recordamos letras de canciones.

Nada se añade. En este punto, mi mente se halla tan agotada que ni siquiera siento ganas de tratar de averiguarlo ahora. Solo quiero el respiro que la música ofrece. Apparently, ella también siente lo mismo, porque se sienta en silencio a mi lado durante la mayor parte del paseo. Después de que pasen varios minutos, puedo sentir su mirada en mí.

—Odio el que te engañara. —En seguida sube el volumen de la radio y se recarga en su asiento. No quiere que le responda, pero si la quisiera, le diría que no importa. Que la perdono. Porque la chica sentada a mi lado en este momento, no parece el tipo de chica que me traicionó previamente.

Nunca pregunta a dónde vamos. Ni siquiera lo sé. Solo conduzco, porque la conducción parece ser la única ocasión en la que mi mente permanece en calma. No tengo ni idea de cuánto tiempo conducimos, pero el sol finalmente se pone cuando decido dar la vuelta y regresar. Los dos nos encontramos perdidos en nuestros pensamientos todo ese tiempo, lo cual es irónico para dos personas que no tienen recuerdos.

—Tenemos que comprobar nuestros teléfonos —le digo. Es lo primero que nos decimos en más de una hora—. Revisar los viejos mensajes de texto, correos electrónicos, correo de voz. Podríamos encontrar algo para explicar esto.

Saca su teléfono. —Eso lo intenté antes, pero no tengo un teléfono avanzado como el tuyo. Solo cuenta con mensajes de texto, pero apenas tengo alguno.

Ingreso con el auto en una gasolinera y lo estaciono a un costado donde se encuentra más oscuro. No sé por qué siento que necesitamos privacidad para hacer esto. Simplemente no quiero que nadie se acerque si nos reconocen, porque lo más probable es que nosotros no los reconozcamos.

Apago el auto y ambos empezamos a desplazarnos por nuestros teléfonos. Empiezo con los mensajes de texto entre nosotros dos. Me traslado por varios, pero todos son cortos y concretos. Horarios, horas para encontrarnos. Mensajes de *te amo* y *te extraño*. Nada revela algo sobre nuestra relación.

Basado en mi registro de llamadas, hablamos durante al menos una hora casi cada noche. Reviso todas las llamadas almacenadas en el teléfono, las cuales son de más de dos semanas.

—Hablamos por teléfono durante al menos una hora cada noche —le digo.

—¿En serio? —dice, genuinamente sorprendida—. ¿Sobre qué en el mundo pudimos hablar durante una hora todas las noches?

Sonrío. —Tal vez en realidad no era todo sobre *hablar*.

Sacude la cabeza con una risa silenciosa. —¿Por qué el que hagas bromas sexuales no me sorprende, incluso aunque no recuerdo absolutamente nada de ti?

Su media sonrisa se convierte en un gemido. —Oh, Dios —dice, inclinando su teléfono hacia mí—. Mira esto. —Se mueve a través de la galería de la cámara de su teléfono con el dedo—. *Selfies*. Nada más que *selfies*, Silas. Incluso me tomé fotos en el *baño*. —Sale de la aplicación de la cámara—. Mátame ahora.

Me río y abro la cámara en mi propio teléfono. La primera foto es de nosotros dos. Nos hallamos de pie frente a un lago, una *selfie*, naturalmente. Se la muestro y gime aún más fuerte, dejando caer su cabeza dramáticamente contra el reposacabezas. —Empieza a no gustarme quienes somos, Silas. Eres un niño rico

que es un idiota con su ama de llaves. Soy una adolescente promedio con absolutamente ninguna personalidad que se toma fotos de sí misma para sentirse importante.

—Sé con seguridad que no somos tan malos como parecemos. Por lo menos parece que nos gustamos el uno al otro.

Ríe por lo bajo. —Te engañaba. Al parecer, no éramos muy felices.

Abro el correo electrónico en mi teléfono y encuentro un archivo de vídeo etiquetado con “no borrar”. Lo selecciono.

—Mira esto. —Levanto el reposabrazos y me deslizo más cerca para que pueda ver el vídeo. Prendo el estéreo del auto para que el sonido se pueda oír por el bluetooth. Ella levanta su reposabrazos y se inclina más cerca para tener una mejor visión.

Pulso reproducir. Mi voz sale por los altavoces, haciendo evidente que soy yo quien sostiene la cámara en el vídeo. Luce oscuro y parece que me encuentro afuera.

—Oficialmente es nuestro segundo aniversario. —Mi voz es baja, como si no quisiera ser atrapado haciendo lo que sea que hago. Giro la cámara hacia mí, la luz de la grabadora se halla encendida y me ilumina el rostro. Me veo más joven, tal vez por un año o dos. Supongo que tenía dieciséis años basado en el hecho de que justo dije que era nuestro segundo aniversario. Luzco como si me escabullera hasta una ventana.

—Me encuentro a punto de despertarte para decirte feliz aniversario, pero es casi la una de la mañana en una noche de escuela, así que filmo esto en caso de que tu padre me asesine.

Giro la cámara de nuevo de cara a una ventana. Se vuelve oscura, pero podemos escuchar la ventana siendo abierta y el sonido de mi dificultad para trepar al interior. Una vez que me meto a la habitación, dirijo la luz de la cámara hacia la cama de Charlie. Hay un bulto bajo las sábanas, pero no se mueve. Muevo la cámara por el resto de la habitación. La primera cosa que noto es que el cuarto en la cámara no luce como alguno en la casa en que Charlie vive ahora.

—Ese no es mi dormitorio —dice Charlie, mirando más de cerca el vídeo reproduciéndose en el teléfono—. Ahora mi habitación no es ni la mitad de ese tamaño. Y lo comparto con mi hermana pequeña.

La habitación en el vídeo definitivamente no se ve como una compartida, pero no obtenemos un vistazo lo suficientemente bueno porque la cámara apunta

de nuevo hacia la cama. El bulto bajo las sábanas se mueve y desde el ángulo de la cámara, parece que gateo sobre esta.

—Charlie, nena —le susurro. Se quita las mantas de la cabeza, pero protege sus ojos de la luz.

—¿Silas? —susurra. La cámara aún la apunta desde un ángulo incómodo, como que olvidé que incluso la sostenía. Hay sonidos de besos. Debo estar besando su brazo o cuello.

Solamente por el único sonido de mis labios tocándole la piel es razón suficiente para apagar el vídeo. No quiero que esto sea incómodo para Charlie, pero ella se concentró en mi teléfono con tanta intensidad como yo. Y no a causa de lo que sucede entre nosotros, sino porque no lo *recordamos*. Soy yo... es ella... somos nosotros juntos. Pero no recuerdo ni una sola cosa sobre ese encuentro, por lo que se siente como si viéramos a dos completos extraños compartir un momento íntimo.

Me siento como un mirón.

—Feliz aniversario —le susurro. La cámara se aleja y parece que la muevo hacia la almohada al lado de su cabeza. La única vista que tenemos ahora es el perfil del rostro de Charlie mientras su cabeza se apoya contra la almohada.

No es la mejor vista, pero es suficiente para ver que ella luce exactamente igual. Su cabello oscuro se extiende por toda la almohada. Mira hacia arriba y supongo que me cierno encima, pero no puedo verme en el vídeo. Solo veo su boca a medida que se curva en una sonrisa.

—Eres un rebelde —susurra—. *No puedo creer que entraras a hurtadillas para decirme eso.*

—No entré a hurtadillas para decirte eso —susurro—. *Entré para hacer esto.*

Mi cara finalmente aparece en el vídeo y mis labios se posan suavemente contra los de ella.

Charlie se mueve en su asiento junto a mí. Trago el nudo en mi garganta. Súbitamente deseo estar solo en este momento, viéndolo. Repetiría este beso una y otra y otra vez.

Mis nervios se encuentran tensos, y comprendo que es porque me siento celoso del hombre en el vídeo, lo cual no tiene ningún sentido. Lo siento como si viera a un completo desconocido besándola, a pesar de que soy yo. Esos son mis labios contra los suyos, pero me molesta porque no recuerdo cómo se siente.

Me debato entre pararlo o no, sobre todo porque el beso que sucede justo ahora luce como si se convirtiera en algo más que un simple beso. Mi mano, la cual descansaba contra su mejilla, ahora se encuentra fuera de la vista. Por los sonidos saliendo de la boca de Charlie, parece como si ella supiera exactamente en dónde se halla mi mano.

Separa su boca de la mía y mira a la cámara, justo cuando su mano aparece delante de la lente, moviendo la cara de la cámara hacia abajo, sobre la cama. La pantalla se oscurece, pero el sonido se sigue grabando.

—*La luz me cegaba* —murmura.

Mi dedo se ubica justo al lado del botón de pausa en mi teléfono. Debería presionar pausa, pero puedo sentir el cálido aliento escapando de su boca, flirteando con la piel de mi cuello. Entre eso y los sonidos proviniendo de los altavoces, no quiero que el vídeo termine.

—*Silas* —susurra.

Ambos permanecemos mirando la pantalla, a pesar de que luce negra por completo ya que movió la cámara. No hay nada que ver, pero no podemos apartar la mirada. El sonido de nuestras voces se reproduce a nuestro alrededor, llenando el auto, llenándonos.

—*Nunca, nunca, Charlie* —susurro.

Un gemido.

—*Nunca, nunca* —susurra en respuesta.

Un jadeo.

Otro gemido.

Susurro.

El sonido de una cremallera.

—*Te amo tanto, Charlie.*

Sonidos de cuerpos moviéndose en la cama.

Respiraciones pesadas. Muchas. Salen de los altavoces rodeándonos, al igual que de nuestras bocas mientras permanecemos ahí sentados escuchándolo.

—*Oh, Dios... Silas.*

Dos fuertes aspiraciones.

Besos desesperados.

Una bocina suena fuerte, tragándose los sonidos viniendo de los altavoces.

Sostengo torpemente el teléfono y cae al suelo. Faros iluminan mi auto. Puños golpean de repente en la ventana de Charlie y antes de que pueda recuperar el teléfono del suelo, la puerta es abierta de un tirón.

—*Te sientes increíble, Charlie.* —Mi voz resuena por los altavoces.

Una ruidosa explosión de carcajadas escapa de la boca de la chica que ahora mantiene la puerta abierta de Charlie. Se sentó con nosotros en el almuerzo de hoy, pero no puedo recordar su nombre.

—¡Oh, Dios mío! —dice, empujando a Charlie por el hombro—. ¿Ven una cinta de sexo? —Se gira y grita hacia el auto cuyos faros siguen iluminándonos por las ventanas—: ¡Char y Si ven una cinta de sexo! —Aún ríe cuando por fin tengo el teléfono de regreso en mis manos y presiono pausa. Bajo el volumen de la radio del auto. Charlie ve de la chica hacia mí, con ojos muy abiertos.

—Justo nos íbamos —le digo a la chica—. Charlie tiene que llegar a casa.

La chica ríe con una sacudida de cabeza. —Oh, por favor —dice, mirando a Charlie—. Probablemente tu madre se encuentra tan borracha que piensa que estás en la cama ahora mismo. Síganlos, nos dirigimos a donde Andrew.

Charlie sonrío moviendo la cabeza. —No puedo, Annika. Nos vemos mañana en la escuela, ¿de acuerdo? —Annika luce demasiado ofendida. Se burla cuando Charlie continúa tirando de la puerta para cerrarla, a pesar de que estorba. La chica se hace a un lado y Charlie cierra la puerta y la bloquea.

—Conduce —me dice.

Lo hago. Gustosamente.

Nos encontramos como a un kilómetro de distancia de la gasolinera cuando Charlie se aclara la garganta. No ayuda a su voz porque aún sale en un susurro ronco. —Probablemente deberías borrar ese vídeo.

No me gusta su sugerencia. Ya pensaba en reproducirlo de nuevo esta noche cuando llegara a casa. —Podría ser una pista en esto —le digo—. Creo que debería verlo de nuevo. Escuchar cómo termina.

Sonríe, justo cuando mi teléfono me avisa de un mensaje de texto entrante. Lo giro y veo una notificación en la parte superior de la pantalla de “padre”. Abro mis mensajes.

Padre: *Ven a casa. Solo, por favor.*

Le muestro el mensaje a Charlie y asiente. —Me puedes dejar en casa.

El resto del viaje es un poco incómodo. Siento como si el vídeo que acabamos de ver juntos, de alguna manera hizo que nos veamos el uno al otro con una luz diferente. No necesariamente una mala, solo una diferente. Antes, cuando la miraba, no era más que la chica que experimentaba este raro fenómeno conmigo. Ahora, cuando la miro, es la chica con la que supuestamente hago el amor desde hace un tiempo. La chica a la que aparentemente *aún* amo. Simplemente deseo poder recordar el cómo se supone que debo sentirme.

Después de ver la obvia conexión que alguna vez tuvimos, únicamente me confunde más que ella se involucrara con ese chico, Brian. Pensar en él ahora me llena de mucho más enojo y celos de lo que hacía antes de vernos juntos en ese vídeo.

Cuando nos estacionamos en su camino de entrada y nos detenemos, no sale inmediatamente. Se queda mirando la casa oscura frente a nosotros. Hay una tenue luz en una ventana del frente, pero no hay señales de movimiento en ninguna parte dentro de la casa.

—Trataré de hablar con mi hermana esta noche. Tal vez obtenga más que una idea de lo que pasó anoche, cuando llegué a casa.

—Probablemente es una buena idea —le digo—. Haré lo mismo con mi hermano. Tal vez averigüe cuál es su nombre a medida que estoy en eso.

Se ríe.

—¿Quieres que te recoja mañana para ir a la escuela?

Asiente. —Si no te importa.

—No me importa.

Se vuelve a callar. El silencio me recuerda los suaves sonidos que se le escapaban en el vídeo que aún permanece en mi teléfono, gracias a Dios. Escucharé su voz en mi cabeza toda la noche. En realidad, no puedo esperar para hacerlo.

—Sabes —dice, golpeando la puerta con sus dedos—. Podríamos despertar mañana y encontrarnos perfectamente bien. Incluso podríamos olvidar qué pasó hoy y todo volverá a la normalidad.

Podemos esperarlo, pero mi instinto me lleva a creer que no sucederá. Despertaremos mañana tan confundidos como ahora.

—Apostaría en contra de eso —digo—. Revisaré el resto de mis correos electrónicos y mensajes esta noche. Deberías hacer lo mismo.

Vuelve a asentir, finalmente girando su cabeza para hacer contacto visual directo conmigo. —Buenas noches, Silas.

Tarryn Fisher

NEVER

—Buenas noches, Charlie. Llámame si...

—Estaré bien —dice con rapidez, cortándome—. Nos vemos en la mañana.

—Sale del auto y comienza a caminar en dirección a su casa. Quiero gritarle, pedirle que espere. Quiero saber si ella se pregunta lo mismo que yo: *¿qué significa "nunca, nunca"?*

5
5

NEVER

Colleen Hoover

LIBROS DEL CIELO

7

Charlie

*Traducido por Sandry**Corregido por Alysse Volkov*

Creo que si engañas a alguien, deberías estar con alguien digno de tu pecado. No estoy segura de si estos son los pensamientos de la vieja Charlie o los de la nueva Charlie. O tal vez, porque estoy observando la vida de Charlie Wynwood como una extraña, soy capaz de pensar en su engaño con indiferencia en vez de con juicio. Todo lo que sé es que si vas a engañar a Silas Nash, habría sido mejor con Ryan Gosling.

Me vuelvo para mirarlo antes de que se aleje conduciendo y eche un vistazo a su perfil, la tenue farola detrás del coche iluminando su rostro. El puente de su nariz no es fino. En la escuela, los otros chicos tenían narices bonitas, o narices que todavía eran demasiado grandes para sus caras. O peor, narices salpicadas de acné. Silas tiene una nariz adulta. Hace que lo tomes más en serio.

Vuelvo a casa. Mi estómago se siente aceitoso. Nadie está cerca cuando abro la puerta y miro dentro. Siento que soy una intrusa irrumpiendo en la casa de alguien.

—¿Hola? —digo—. ¿Hay alguien aquí? —Cierro la puerta tras de mí y entro de puntillas en la sala de estar.

Salto.

La madre de Charlie está en el sofá viendo Seinfeld en silencio y comiendo judías pintas directamente de la lata. De repente recordé que todo lo que he comido hoy es el queso a la parrilla que dividí con Silas.

—¿Tienes hambre? —pregunto tentativamente. No sé si todavía está enfadada conmigo o si va a ponerse a llorar de nuevo—. ¿Quieres que haga algo de comer?

5

6

Se inclina hacia delante sin mirarme y pone las judías en la mesa de café. Aprovecho y doy un paso hacia ella y me obligo a decir. —¿Mamá?

—No va a responderte.

Me doy la vuelta para ver a Janette entrar en la cocina, con una bolsa de Doritos en la mano.

—¿Es eso lo que comes para cenar?

Se encoge de hombros.

—¿Qué tienes, catorce años?

—¿Qué tienes, una muerte cerebral? —dispara de vuelta. Y luego—: Sí, tengo catorce años.

Agarro los Doritos de su mano y los llevo a dónde mamá está borracha mirando la pantalla del televisor. —Las chicas de catorce años no pueden comer patatas fritas para cenar —digo, dejando caer la bolsa en su regazo—. Despéjate y se una madre.

No hay respuesta.

Acecho la nevera, pero todo lo que hay dentro es una docena de latas de Coca-Cola Light y un frasco de pepinillos. —Ponte la chaqueta, Janette —digo, mirando a la madre—. Vamos a conseguirte algo de cenar.

Janette me mira como si estuviera hablando mandarín. Me imagino que tengo que decir algo mezquino sólo para guardar las apariencias. —¡Date prisa, pequeña mierda!

Ella corre a nuestra habitación mientras busco por la casa las llaves del auto. ¿Qué tipo de vida vivía? ¿Y quién era esa criatura en el sofá? Seguro que no siempre había sido así. Le miro la parte trasera de la cabeza y siento un chorro de simpatía. Su marido, *mi padre*, está en prisión. ¡Prisión! Eso es un gran problema. ¿De dónde siquiera estamos consiguiendo dinero para vivir?

Hablando de dinero, compruebo mi cartera. Los veintiocho dólares están allí todavía. Eso debería ser suficiente para comprar algo distinto que Doritos.

Janette sale del dormitorio llevando una chaqueta verde al mismo tiempo que encuentro las llaves. El verde es un buen color en ella, hace que su mirada adolescente sea menos angustiada.

—¿Lista? —pregunto.

Pone los ojos en blanco.

—Está bien entonces, querida mamá. ¡Vamos a por algo de comida! —grito antes de cerrar la puerta, sobre todo para ver si va a tratar de detenerme. Dejo que Janette lidere el camino hacia el garaje, anticipando qué tipo de auto vamos a llevar. No va a ser un Land Rover, eso está claro.

—Oh, cielos —digo—. ¿Crees que esto va a funcionar? —Me ignora, metiéndose sus auriculares mientras tomo el auto. Es un Oldsmobile muy viejo. Más viejo que yo. Huele a humo de cigarrillo y a personas viejas. Janette se sube en el lado del pasajero en silencio y mira por la ventana—. Está bien, entonces, parlanchina —digo—. Vamos a ver cuántos bloques podemos avanzar antes de que esto se venga abajo.

Tengo un plan. El recibo que encontré está fechado el viernes pasado y es de The Electric Crush Diner en el Barrio Francés. Excepto que este pedazo de mierda de auto no tiene GPS. Voy a tener que encontrarlo por mi cuenta.

Janette está silenciosa mientras salimos de la calzada. Traza patrones en la ventana con la punta del dedo, empañando y re-empañando el cristal con su aliento. La veo por el rabillo del ojo; pobre chica. Su madre es alcohólica y su padre está en la cárcel, un poco triste que también me odie. Eso casi la deja sola en el mundo. Me doy cuenta con sorpresa de que Charlie está en la misma situación. Salvo porque tal vez tiene a Silas —o tenía a Silas antes de que lo engañara con Brian. *Ugh*. Sacudo mis hombros para deshacerme de todos estos sentimientos. No me gusta esta gente. Son tan molestos Excepto porque me gusta un poco Silas.

Un poco.

El Crush Diner Electric está en el Norte de Rampart Street. Me aparece un lugar de estacionamiento en una concurrida esquina y tengo que aparcar en paralelo entre un camión y un Mini Cooper. *Charlie es una excelente aparcadora en paralelo*, pienso con orgullo. Janette sale detrás de mí y se encuentra en la acera, pareciendo perdida. El comedor está al otro lado de la calle. Trato de mirar por las ventanas, pero en su mayoría están tapadas. *The Electric Crush* destella en rosa neón sobre la puerta principal.

—Vamos —digo. Le extiendo la mano y se retira—. ¡Janette! ¡Vamos! —Me acerco a ella en lo que sólo puede ser un movimiento agresivo de Charlie y le agarro la mano.

Trata de alejarse de mí, pero la sostengo con fuerza, arrastrándola por la calle. —¡Suéltame!

Tan pronto como llegamos al otro lado, me doy la vuelta para mirarla. — ¿Qué te pasa...? Deja de actuar como una... —*niña de catorce años*, termino en mi cabeza.

—¿Qué? —dice—. ¿Y por qué te importa cómo actúo? —Su labio inferior está hinchándose como si estuviera a punto de llorar. De repente me siento muy apenada por ser tan dura con ella. Es sólo una niña pequeña con pequeñas tetas y un cerebro podrido de hormonas.

—Tú eres mi hermana —digo suavemente—. Es hora de que nos mantengamos juntas, ¿no te parece?

Durante unos minutos, creo que va a decir algo, tal vez algo suave y agradable y fraternal, pero entonces se dirige pisando fuerte hacia el comedor delante de mí y se aventura a abrir la puerta. *Maldita sea*. Ella es una galleta dura. La sigo dentro, un poco tímidamente, y me detengo en seco.

No es lo que pensaba que iba a ser. No es realmente un restaurante —es más bien como un club con cabinas que cubren las paredes. En medio de la habitación está lo que parece una pista de baile. Janette se encuentra de pie cerca de la barra, mirando a su alrededor con desconcierto.

—¿Vienes aquí a menudo? —pregunta.

Observo, desde las cabinas de cuero negro al suelo de mármol negro. Todo es negro aparte de las señales de color rosa brillante en las paredes. Es morboso y color chicle.

—¿Las ayudo? —Un hombre sale de una puerta en el otro extremo de la barra, llevando una brazada de cajas. Es joven, tal vez unos veinte años. Me cae bien a la vista, ya que lleva puesto un chaleco negro sobre una camiseta de color rosa. *A Charlie le debe gustar el color rosado*.

—Tenemos hambre —dejo escapar.

Él sonríe y asiente por encima hacia una cabina. —La cocina normalmente no abre durante otra hora, pero voy a ver lo que puede cocinar para ustedes si desean sentarse.

Asiento y camino en línea recta hacia la cabina, tirando a Janette conmigo.

—Estuve aquí —digo—. El pasado fin de semana.

—Oh. —Es todo lo que dice antes de estudiar sus uñas.

Unos minutos más tarde, el chico de la camiseta rosa sale de la parte de atrás, silbando. Se acerca y coloca las dos manos sobre la mesa.

—Charlie, ¿cierto? —pregunta. Asiento sin decir nada. *¿Cómo es qué...? ¿Cuántas veces he...?*—. La cocina me estaba haciendo un pollo asado. ¿Qué te parece si lo comparto con ustedes, chicas? No vamos a estar ocupados durante un par de horas, de todos modos.

Asiento de nuevo.

—Bien. —Golpea la mesa con la palma de su mano y Janette salta. Él la señala—. ¿Coca-Cola? ¿Sprite? ¿Shirley Temple?

Ella pone los ojos en blanco. —Coca-Cola Ligth —dice.

—¿Y tú, Charlie?

No me gusta la forma en que dice mi nombre. Es demasiado... familiar. —Coca-Cola —digo rápidamente.

Cuando se va, Janette se inclina hacia adelante, sus cejas juntas. —Tú siempre te pides Ligth —dice acusadoramente.

—¿Sí? Bueno, no me estoy sintiendo muy yo misma.

Hace un poco de ruido en la parte posterior de su garganta. —¿En serio? —dice. Yo la ignoro y trato de echar una buena mirada alrededor. ¿Qué estábamos haciendo Silas y yo aquí? ¿Es un lugar dónde nos encontramos a menudo? Me lamo los labios.

—Janette —digo—. ¿Alguna vez te he hablado de este lugar?

Parece sorprendida. —¿Quieres decir todas las veces que nos sinceramos cuando apagamos las luces por la noche?

—De acuerdo, bien, lo entiendo. Soy una hermana realmente horrible. Caray. Terminemos con eso ya. Te ofrezco una ofrenda de paz.

Janette arruga la nariz. —¿Qué significa eso?

Suspiro. —Estoy tratando de hacer las paces contigo. Empezar de cero.

Justo en ese momento, el chico de la camiseta rosada nos trae las bebidas. Le trajo a Janette un Shirley Temple a pesar de que pidió una Coca-Cola Light. Su rostro parece decepcionado.

—Ella quería una Coca-Cola Light —digo.

—Le va a gustar esto —dice—. Cuando yo era un niño...

—Simplemente tráele una Coca-Cola Light.

Él levanta sus manos en señal de rendición. —Claro, princesa.

Janette me mira por debajo de sus pestañas. —Gracias —dice.

—No pasa nada —digo—. No se puede confiar en un hombre que lleva una camisa de color rosa. —Me dedica una especie de sonrisa y me siento triunfante. No puedo creer que pensara que me gustaba ese chico. No puedo creer que me gustara Brian.

¿Qué demonios me pasaba?

Agarro el teléfono y veo que Silas me ha enviado mensajes de texto varias veces. *Silas*. Me gusta Silas. Algo en su voz suave y en sus buenas maneras de chico. Y su nariz —tiene una genial nariz traviesa.

Silas: *Mi padre...*

Silas: *¿Dónde estás?*

Silas: *¿Hola?*

El chico regresa con el pollo y un plato de puré de papas. Es una gran cantidad de alimentos.

—¿Cuál es tu nombre? —pregunto.

—Eres una perra, Charlie —dice, dejando el plato delante de mí. Mira a Janette—. Lo siento —dice.

Se encoge de hombros. —¿Cuál es tu nombre? —pregunta con la boca llena de comida.

—Dover. Así es como me llaman mis amigos.

Asiento. *Dover*.

—Así que este fin de semana... —digo.

Dover pica el anzuelo. —Sí, eso fue una locura. No esperaba verte de nuevo aquí tan pronto.

—¿Por qué no? —pregunto. Estoy tratando de sonar casual, pero mis entrañas están saltando como si estuvieran siendo sorprendidas.

—Bueno, tu chico se molestó bastante. Pensé que iba a joderlo todo antes de que le echaran.

—¿Joderlo...? —Cambio mi tono por lo que no es mucho una pregunta—. Joderlo. Sí. Eso fue...

—Parecías muy enfadada —dice Dover—. No te puedo culpar. Podría haberte gustado si Silas no lo hubiera arruinado para ti.

Me siento de nuevo, el pollo de repente poco atractivo. —Sí —digo, mirando a Janette, que se encuentra mirándonos a ambos con curiosidad—. ¿Has terminado, mocosa? —pregunto. Asiente, secándose los dedos grasientos en una servilleta. Saco un billete de veinte de mi bolso y lo dejo caer sobre la mesa.

—No es necesario —dice Dover, haciendo un gesto de rechazo.

Me inclino hacia abajo hasta que estamos nivelados. —Sólo mi novio me paga la cena —digo, dejando el dinero sobre la mesa. Camino hacia la puerta, con Janette detrás de mí.

—Sí, bueno —dice Dover en voz alta—, vive por esa regla, ¡puedes comer de forma gratuita los siete días de la semana!

No me detengo hasta llegar al auto. Algo sucedió allí. Algo que hizo que Silas casi perdiera los papeles. Arranco el auto y Janette suelta un fuerte eructo. Los dos nos empezamos a reír al mismo tiempo.

—No más Doritos para cenar —digo—. Podemos aprender a cocinar.

—Claro. —Se encoge de hombros.

Todo el mundo rompe sus promesas a Janette. Tiene ese aire amargo. No hablamos durante el resto del viaje a casa, y cuando aparco en el garaje, salta antes de que haya apagado el motor.

—Encantada también de pasar tiempo contigo —digo detrás de ella. Me imagino que cuando entre, la madre de Charlie estará esperándola, tal vez para echarle la bronca por tomar el auto, pero cuando entro en casa, todo está a oscuras, excepto por la luz debajo de la puerta de Janette y de mi dormitorio. Madre se ha ido a dormir. A madre no le importa. Es perfecto para la situación en la que estoy. Husmeo y trato de averiguar lo que me pasó sin preguntas y reglas, pero no puedo evitar pensar en Janette, acerca de cómo es sólo una niña que necesita a sus padres. Todo es tan jodido.

Janette está escuchando música cuando abro la puerta.

—Oye —digo. De repente tengo una idea—. ¿Has visto mi iPod? —La música dice mucho acerca de una persona. No tengo que tener memoria para saber eso.

—No lo sé. —Se encoge de hombros—. Tal vez está con toda tu otra mierda en el ático.

¿Mi otra mierda?

¿El ático?

De repente me siento emocionada.

Tal vez hay más para mí que una sosa colcha y una pila de malas novelas. Quiero preguntarle qué clase de mierda, y porque mi mierda está en el ático en lugar de en nuestro dormitorio compartido, pero Janette se ha puesto los auriculares de nuevo en los oídos y está trabajando duro para ignorarme.

Decido que la mejor ruta sería ir al ático para comprobar las cosas por mí misma. *Ahora, ¿dónde está el ático?*

6
3

8

Silas

*Traducido por Marie.Ang**Corregido por Itxi*

La puerta principal de mi casa se abre cuando estaciono el auto, y sale Ezra, retorciendo las manos con nerviosismo. Salgo del auto y camino a donde se encuentra de pie, con los ojos muy abiertos.

—Silas —dice, con voz temblorosa—. Pensé que él sabía. No habría mencionado que Charlie estuvo aquí, pero no parecías estar escondiéndolo, así que pensé que las cosas habían cambiado y ella tenía permitido estar por aquí...

Levanto la mano para detener más disculpas innecesarias. —Está bien, Ezra. De verdad.

Suspira y se pasa la mano por el delantal que aún lleva puesto. No entiendo su nerviosismo, o por qué anticipó que estaría enojado con ella. Pongo más tranquilidad en mi sonrisa de lo que probablemente es necesario, pero se ve como si lo necesitara.

Asiente y me sigue dentro de la casa. Me detengo en el vestíbulo, poco familiarizado con la casa como para saber en dónde se encontraría mi padre en este momento. Ezra me pasa, murmurando un “buenas noches”, y sube las escaleras. Debe vivir aquí.

—Silas.

Se parece a mi voz, pero más gastada. Me giro y de pronto, estoy cara a cara con el hombre de todas las fotos familiares que cubren las paredes. Sin embargo, está perdiendo la brillante sonrisa falsa.

Me mira de arriba abajo, como si la mera visión de su hijo lo decepcionara.

Se gira y camina hacia una puerta que lleva fuera del vestíbulo. Su silencio y la seguridad en sus pasos demandan que lo siga, así que lo hago. Entramos a su

estudio, y lentamente bordea su escritorio y toma asiento. Se inclina hacia delante y se cruza de brazos sobre la madera caoba. —¿Te importaría explicar?

Estoy tentado a explicar. De verdad que sí. Quiero decirle que no tengo idea de quién es él, ni de por qué está enojado, ni de quién soy *yo*.

Debería sentirme nervioso o intimidado por él. Estoy seguro que el Silas de ayer lo habría estado, pero es difícil sentirse intimidado por alguien que no conozco. En lo que a mí respecta, no tiene poder sobre mí, y el poder es el ingrediente principal de la intimidación.

—¿Explicar qué? —pregunto.

Mis ojos se mueven a un estante de libros en la pared detrás de él. Parecen clásicos. Coleccionables. Me pregunto si lee alguno o si sólo son más ingredientes para su intimidación.

—¡Silas! —Su voz es tan profunda y afilada; se siente como si la punta de un cuchillo perforara mis oídos. Presiono la mano contra el costado de mi cuello y aprieto antes de mirarlo de nuevo. Él mira la silla frente a él, mandándome, en silencio, a sentarme.

Tengo la sensación de que el Silas de ayer habría dicho “Sí, señor” en ese instante.

El Silas de hoy sonríe y camina lentamente a su asiento.

—¿Por qué ella se encontraba dentro de esta casa?

Se refiere a Charlie como si fuera veneno. Se refiere a ella de la misma forma que su madre se refería a mí. Bajo la mirada al brazo de la silla y recojo un pedazo de cuero gastado. —No se sentía bien en la escuela. Necesitaba un viaje a casa, y tomamos un desvío rápido.

Este hombre... *mi padre*... se inclina hacia atrás en su silla. Lleva una mano a su mandíbula y se la frota.

Pasan cinco segundos.

Diez segundos.

Quince.

Al final se inclina de nuevo hacia adelante. —¿La estás viendo de nuevo?

¿Es una pregunta con trampa? Porque parece que lo fuera.

Si digo que sí, obviamente lo enojará. Si digo que no, es como si lo dejara ganar. No sé por qué, pero no quiero que este hombre gane. Parece que estuviera acostumbrado a hacerlo.

—¿Qué pasa si es así?

Su mano ya no frota la mandíbula porque ahora se mueve por el escritorio, empuñando el cuello de mi camisa. Me jala hacia él justo cuando mis manos agarran los bordes del escritorio, resistiéndome. Estamos frente a frente, y creo que está a punto de golpearme. Me pregunto si es común este tipo de interacción con él.

En vez de golpearme como sé que desea, empuja su puño contra mi pecho y me libera. Caigo al asiento, pero sólo por un segundo. Me levanto de la silla y retrocedo unos pasos.

Probablemente debería haber golpeado al idiota, pero todavía no lo odio lo suficiente para hacer eso. Tampoco me agrada como para estar afectado por su reacción. Sin embargo, me confunde.

Recoge un pisapapeles y lo lanza por la habitación, afortunadamente no en mi dirección. Éste se estrella contra un estante de madera y hace que el contenido golpee el piso. Unos pocos libros. Un marco. Una roca.

Me quedo quieto y lo veo pasear de arriba abajo, mientras caen gotas de sudor de su frente. No entiendo por qué podría estar así de molesto por el hecho de que hoy Charlie estuviera aquí. Sobre todo porque Ezra dijo que crecimos juntos.

Sus palmas ahora se encuentran planas contra el escritorio. Respira con pesadez, sus fosas nasales se dilatan como un toro furioso. Espero que empiece a patear el polvo con su pie en cualquier segundo. —Teníamos un acuerdo, Silas. Tú y yo. No iba a presionarte para que testificaras si me jurabas que no volverías a ver a la hija de ese hombre. —Una de sus manos va hacia un gabinete cerrado mientras la otra pasa por lo que queda de su escaso cabello—. Sé que no crees que ella se llevó aquellos archivos de la oficina, ¡pero yo sé que sí! Y la única razón por la que no he seguido este tema es porque me *juraste* que no tendríamos que lidiar con esa familia de nuevo. Y aquí estás... —Se estremece. *Literalmente* se estremece—. ¡Trayéndola a esta casa como si los últimos doce meses nunca hubieran pasado! —Agita la mano con más frustración, con expresiones faciales retorcidas—. ¡El padre de esa chica casi *arruinó* a esta familia, Silas! ¿No significa ni una maldita cosa para ti?

En realidad no, quiero decir.

Hago una nota mental para nunca ponerme así de enojado. No es un aspecto atractivo en un Nash.

Busco algún tipo de emoción que transmita remordimiento, así puede verla en mi cara. Aunque es difícil cuando lo único que experimento es curiosidad.

La puerta de la oficina se abre y ambos cambiamos nuestra atención a quien entra.

—Landon, esto no te concierne —dice mi padre, con voz suave. Me enfrento brevemente a él otra vez, sólo para asegurarme de que las palabras en realidad salieron de su boca y no de alguien más. Casi se parece a la voz de un padre cariñoso, en vez del monstruo que acabo de presenciar.

Landon —*es agradable conocer por fin el nombre de mi hermano pequeño*— me mira. —El entrenador te espera en el teléfono, Silas.

Miro de nuevo a mi padre, quien ahora tiene su espalda hacia mí. Asumo que eso significa que nuestra conversación ha terminado. Camino hacia la puerta y salgo con mucho gusto de la habitación, seguido de cerca por Landon.

—¿Dónde está el teléfono? —le pregunto cuando llegamos a las escaleras. Sin embargo, buena pregunta. ¿Cómo se supone que voy a saber si me llamó a un teléfono celular o a uno fijo?

Landon se ríe y me pasa. —No hay llamada telefónica. Sólo te sacaba de ahí.

Continúa hacia las escaleras y le miro mientras llega arriba y luego gira a la izquierda, desapareciendo por el pasillo. *Es un buen hermano*, pienso. Me dirijo a lo que asumo es su cuarto, y golpeo ligeramente la puerta. Se halla un poco entreabierta, así que la empujo para abrirla. —¿Landon? —Abro la puerta por completo y se encuentra sentado en un escritorio. Mira brevemente sobre el hombro y luego regresa su atención a la computadora—. Gracias —digo, entrando en el cuarto. *¿Los hermanos se agradecen?* Probablemente no. Debí haber dicho algo como “te demoraste, idiota”.

Landon gira en su silla e inclina la cabeza. Una combinación de confusión y admiración se expresa en su sonrisa. —No estoy seguro de lo qué haces. No apareces en la práctica, y eso nunca pasa. Actúas como si no te importara una mierda que Charlie haya estado jodiendo con Brian Finley. Y luego, ¿tienes las pelotas para traerla *aquí*? ¿Después de toda la mierda que pasaron papá y Brett? —Menea la cabeza—. Me sorprende que escaparas de su oficina sin un baño de sangre.

Se gira de nuevo y me deja procesar todo. Doy la vuelta y me apresuro hacia mi dormitorio.

Brett Wynwood, Brett Wynwood, Brett Wynwood.

Repito su nombre en mi cabeza, así sabré exactamente qué buscar cuando llegue a mi ordenador. *Seguramente tengo un ordenador.*

Cuando llego a mi cuarto, lo primero que hago es acercarme a la cómoda. Recojo el lápiz que Charlie me dio hoy y leo de nuevo la impresión.

GRUPO FINANCIERO WYNWOOD-NASH

Busco en el cuarto hasta que por fin encuentro un ordenador portátil metido en el cajón de mi mesita de noche. Lo enciendo e introduzco la contraseña.

¿Recuerdo la contraseña? Agrego eso a la lista de mierda que no tiene sentido.

Escribo *Grupo Financiero Wynwood-Nash* en el motor de búsqueda. Hago clic en el primer resultado y me lleva a una página que pone: "Finanzas Nash", con el *Wynwood* notablemente ausente. Me desplazo rápidamente a través de la página y no encuentro nada que sirva. Sólo un montón de información de contacto inútil de la compañía.

Salgo de la página y me desplazo por el resto de los resultados, leyendo cada uno de los encabezados y los artículos que siguen:

Gurús de las finanzas, Clark Nash y Brett Wynwood, co-fundadores del Grupo Financiero Wynwood-Nash, han sido acusados de cuatro delitos de conspiración, fraude y comercio ilegal.

Socios por más de veinte años, los dos grandes hombres de negocios ahora se culpan entre sí, alegando no tener conocimiento de las prácticas ilegales descubiertas durante una reciente investigación.

Leo otra:

Clark Nash absuelto de los cargos. Co-presidente de la compañía, Brett Wynwood, sentenciado a quince años por fraude y malversación de fondos.

Veo la segunda página de resultados de la búsqueda cuando la luz de la batería empieza a parpadear en el ordenador portátil. Abro el cajón, pero no hay cargador. Miro en todas partes. Debajo de la cama, en el armario, en mis cajones de la cómoda.

El ordenador muere durante mi búsqueda. Empiezo a usar mi teléfono para volver a buscar, pero también está a punto de morir, y el único cargador de teléfono que puedo encontrar entra en un ordenador portátil. Sigo buscando porque necesito saber exactamente lo que sucedió para hacer que estas dos familias se odien tanto.

Levanto el colchón, pensando que tal vez el cargador pueda estar metido detrás de la cama. No lo encuentro, pero sí hallo lo que parece un cuaderno. Lo

saco y entonces, me siento sobre la cama. Justo cuando lo abro en la primera página, mi teléfono vibra con un mensaje de texto entrante.

Charlie: *¿Cómo van las cosas con tu padre?*

Quiero aprender más antes de decidir lo que quiero compartir con ella. Ignoro el mensaje y abro el cuaderno para encontrar montones de papeles metidos en una carpeta. En la parte superior, todos los papeles dicen “Grupo Financiero Wynwood-Nash”, pero no entiendo ninguno. Tampoco entiendo por qué estaban escondidos bajo mi colchón.

Las palabras de Clark Nash se repiten en mi cabeza: *Sé que no crees que ella se llevó aquellos archivos de la oficina, Silas, pero yo sé que sí.*

Parece que se equivocó, pero ¿por qué los tenía yo? ¿Qué habría necesitado de ellos?

¿A quién intentaba proteger?

Mi teléfono vibra de nuevo con otro mensaje.

Charlie: *Hay una característica muy genial en tu teléfono que se llama “confirmación de lectura”. Si vas a ignorar los mensajes, deberías configurar eso. Guiño.*

Al menos, puso un guiño.

Yo: *No te ignoro. Sólo estoy cansado. Tenemos mucho que averiguar mañana.*

Charlie: *Sí.*

Eso es todo lo que dice. No estoy seguro de si debería contestarle a su respuesta sin esfuerzo, pero no quiero que se enoje si *no* respondo.

Yo: *Buenas noches, bebé Charlie. Guiño.*

Tan pronto como pulso enviar, quiero retractarme. No sé por qué me decidí por esa respuesta. Sin sarcasmo, pero definitivamente sin coqueteo.

Decido lamentarlo mañana. Ahora, sólo necesito dormir para poder asegurarme de que estoy lo suficientemente despierto en la mañana para lidiar con todo esto.

Meto de nuevo el cuaderno bajo el colchón y veo un cargador de pared, así que lo conecto a mi teléfono. Me siento demasiado exhausto para seguir buscando esta noche, así que me quito los zapatos. No es hasta que me acuesto, que noto que Ezra cambió mis sábanas.

Tan pronto como apago la lámpara y cierro los ojos, mi teléfono vibra.

Charlie: *Buenas noches, Silas.*

Tarryn Fisher

NEVER

Su falta de cariño no me pasa desapercibido, pero por alguna inexplicable razón, el mensaje aún me hace sonreír. Típico de Charlie.

Creo.

7
0

NEVER

Colleen Hoover

LIBROS DEL CIELO

9

Charlie

Traducido por Val_17

Corregido por Jasiel Odair

No es una buena noche.

La trampilla hacia el ático está en el armario que comparto con mi hermana. Después de mandarle un mensaje de buenas noches a Silas, subo los tres estantes —los cuales están llenos de telas— y me impulso hacia arriba con los dedos hasta desplazarme a la izquierda. Echo un vistazo sobre el hombro y veo que Janette no ha levantado la vista de su teléfono. Debe ser normal que yo suba al ático y la deje atrás. Quiero preguntarle si vendrá conmigo, pero fue agotador sólo conseguir que cenara. *En otra ocasión*, pienso. Averiguaré cómo arreglar las cosas entre nosotras.

No sé por qué, pero mientras atravieso el agujero y entro en un espacio aún más pequeño, me imagino la cara de Silas; la suave piel bronceada. Sus labios llenos. Cuántas veces probé su boca y aun así no puedo recordar ni un solo beso.

El aire es cálido y congestionado. Me arrastro de rodillas hacia un montón de almohadas y presiono mi espalda sobre ellas, enderezando las piernas por delante de mí. Hay una linterna encima de una pila de libros. La enciendo, examinando sus lomos; historias que conozco, pero no recuerdo haber leído. Qué extraño es estar hecha de carne, equilibrada sobre hueso, y llena con un alma que nunca has conocido.

Recojo sus libros uno por uno y leo la primera página de cada uno. Quiero saber quién es ella —quién soy yo. Cuando he terminado, encuentro un libro más grande al fondo, encuadernado en un cuero rojo arrugado. Mi primer pensamiento es que he encontrado un diario. Mis manos tiemblan mientras despliego las páginas.

No es un diario. Es un libro de recuerdos. Cartas de Silas.

7
1

Lo sé porque él firma cada una con una S puntiaguda que casi se parece a un rayo. Y sé que me gusta su escritura, directa y clara. El papel recortado en la cima de cada nota es una foto —supongo que tomadas por él. Leo detenidamente una nota tras otra. Cartas de amor. Silas está enamorado.

Es hermoso.

Le gusta imaginar una vida conmigo. En una carta, escrita al reverso de una bolsa de papel marrón, detalla la forma en que vamos a pasar la navidad cuando tengamos nuestra propia casa: vasos con sidra de manzana junto al árbol de navidad, masa de galletas cruda que comemos antes de que tener la oportunidad de hornearla. Me dice que quiere hacer el amor conmigo sólo con las velas encendidas para que así pueda ver mi cuerpo brillar a la luz de las velas. El papel fotográfico enganchado a la nota es de un diminuto árbol navideño que parece estar en su dormitorio. Debimos armarlo juntos.

Encuentro otra escrita al reverso de un recibo en la cual detalla lo que siente al estar dentro de mí. Mi cara se pone caliente mientras leo la nota una y otra vez, disfrutando de su lujuria. El papel fotográfico enganchado a ésta es de mi hombro desnudo. Sus fotos son un aporte —al igual que sus palabras. Me quita el aliento, y no estoy segura de si, la parte de mí que no puedo recordar, está enamorada de él. Sólo siento curiosidad hacia el chico de pelo oscuro que me mira tan intensamente.

Pongo la nota a un lado, sintiendo que estoy husmeando en la vida de otra persona, y cierro el libro. Esto pertenecía a Charlie. Yo no soy ella. Me quedo dormida rodeada por las palabras de Silas, las letras y frases giran alrededor en mi cabeza hasta que...

Una chica se deja caer de rodillas delante de mí. —Escúchame —susurra—. No tenemos mucho tiempo...

Pero no la escucho. La empujo y luego se ha ido. Estoy de pie afuera. Hay un fuego ardiendo en un viejo basurero de metal. Froto mis manos para entrar en calor. Desde algún lugar detrás de mí, puedo escuchar un saxofón, pero el sonido se transforma en un grito. Es entonces cuando corro. Corro a través del fuego que había en el bote de basura, pero ahora está en todas partes, lamiendo los edificios a lo largo de la calle. Corro, ahogándome con el humo hasta que veo una tienda con el exterior rosado que está libre de llamas y humo, aunque todo a su alrededor se quema. Es una tienda de curiosidades. Abro la puerta sin pensar, porque es el único lugar seguro de las llamas. Silas está allí, esperándome. Me conduce más allá de los huesos, libros y botellas, y me lleva a un cuarto trasero. Una mujer está sentada en un trono hecho de espejos rotos, mirándome con una leve sonrisa en sus labios. Los pedazos de espejo reflejan los haces de luz en las paredes donde se agitan y

bailan. Me giro para mirar a Silas, para preguntarle dónde estamos, pero se ha ido. — ¡Date prisa!

Me despierto con un sobresalto.

Janette se inclina en la tablilla que da lugar al techo del armario, sacudiendo mi pie. — Tienes que levantarte — dice—. Ya no puedes saltarte más días.

Continúo en el húmedo espacio del ático. Limpio el sueño de mis ojos y la sigo por los tres escalones hasta nuestra habitación. Me conmueve que ella sepa que ya no puedo saltarme más días, y que se preocupe lo suficiente como para despertarme. Estoy temblando cuando llego al baño y abro el grifo de la ducha. No me he deshecho de la sensación fea del sueño. Todavía puedo ver mi reflejo en los fragmentos rotos de su trono.

El fuego nada dentro y fuera de mi visión, esperando detrás de mis párpados cada vez que parpadeo. Si me concentro, puedo oler las cenizas por encima del gel de baño que estoy usando, por encima del champú repugnantemente dulce que vierto sobre mi mano. Cierro los ojos y trato de recordar las palabras de Silas... *Eres cálida y húmeda, y tu cuerpo me agarra como si no quisiera que me vaya.*

Janette golpea la puerta. — ¡Es tarde! — grita.

Me apresuro a vestirme y estamos saliendo por la puerta principal antes de que incluso me dé cuenta de cómo espera Janette que lleguemos a la escuela. Ayer le dije a Silas que me recogiera.

— Amy ya debería estar aquí — dice Janette. Cruza los brazos sobre el pecho y se asoma por la calle. Es como si ni siquiera pudiera soportar mirarme. Saco mi teléfono y le mando un mensaje a Silas para hacerle saber que no venga a recogerme. También reviso para ver si Amy me ha enviado mensajes, justo cuando un pequeño Mercedes plateado gira por la esquina.

— Amy — digo. Me pregunto si ella es una de las chicas con las que me senté en el almuerzo de ayer. Apenas noté nombres y rostros. El auto se detiene en la acera y avanzamos. Janette sube en el asiento trasero sin decir una palabra, y después de unos segundos de deliberación, abro la puerta principal. Amy es negra. La miro con sorpresa por un minuto antes de subir al auto.

— Hola — dice, sin mirarme. Agradezco su distracción porque me da un momento para estudiarla.

— Hola.

Es bonita; su pelo, que es más claro que su piel, está trenzado hasta su cintura. Parece cómoda conmigo, por no hablar de que nos lleva a mi amargada hermana y a mí a la escuela. Decido que debemos ser buenas amigas.

—Me alegra ver que te sientes mejor. ¿Averiguaste lo que vas a hacer con Silas? —me pregunta.

—Yo... yo... eh... ¿Silas?

—Ajá —dice—. Eso es lo que pensé. Todavía no lo sabes. Es una lástima, porque, cuando lo intentan, pueden ser muy buenos juntos.

Me siento en silencio hasta que casi hemos llegado a la escuela, preguntándome a qué se refiere. —Amy —digo—, ¿cómo describirías mi relación con Silas a alguien que nunca nos ha conocido?

—Ves, ese es tu problema —dice—. Siempre quieres jugar. —Se detiene frente a la escuela y Janette se baja. Es todo como un relojito.

—Adiós —grito cuando se cierra la puerta—. Ella es tan mala —digo, mirando hacia delante de nuevo.

Amy hace una mueca. —¿Y tú eres la reina de la amabilidad? En serio, no sé qué te ha pasado. Estás aún más extraña de lo normal.

Muerdo mis labios cuando entramos en el estacionamiento de la secundaria. Abro la puerta antes de que el auto se haya detenido.

—¿Qué demonios, Charlie?

No espero para escuchar qué más tiene que decirme. Corro hacia la escuela, envolviendo mi torso fuertemente con mis brazos. ¿Acaso *todos* me odian? Agacho la cabeza mientras atravieso las puertas. Necesito encontrar a Silas. La gente me mira mientras camino por el pasillo. No miro a la izquierda ni a la derecha, pero puedo sentir sus ojos. Cuando busco mi teléfono para mandarle un mensaje a Silas, no está. Empuño las manos. Tenía mi teléfono cuando le envié un mensaje para decirle que no necesitaba un aventón. Debo haberlo dejado en el auto de Amy.

Voy de regreso al estacionamiento cuando me llama alguien.

Brian.

Echo un vistazo para ver quién nos está mirando mientras trota hacia mí. Su ojo todavía se ve un poco magullado en donde le di un puñetazo. Me gusta eso.

—¿Qué? —digo.

—Me golpeaste. —Se detiene a pocos metros de distancia como si tuviera miedo de que fuera a hacerlo de nuevo. De repente me siento culpable. No debí

hacerlo. Sea cual sea el juego que jugué con él antes de que pasara todo esto, no era su culpa.

—Lo siento —digo—. Últimamente no he sido la misma de siempre. No debí haber hecho eso.

Parece que le he dicho exactamente lo que quiere oír. Su rostro se relaja y se pasa la mano por la nuca mientras me mira.

—¿Podemos ir a un lugar más privado para hablar?

Miro alrededor del pasillo concurrido y sacudo la cabeza. —No.

—Muy bien —dice—. Entonces podemos hacer esto aquí. —Muevo mi peso de un pie a otro y miro por encima del hombro. Dependiendo de cuánto tiempo le tome, todavía puedo buscar a Amy y conseguir las llaves de su auto y...

—Es Silas o yo.

Giro la cabeza para mirarlo. —¿Qué?

—Te amo, Charlie.

Oh, Dios. Siento picazón en todos lados. Doy un paso atrás, buscando a alguien que me ayude a salir de esto. —Ahora es un mal momento para mí, Brian. Necesito encontrar a Amy y...

—Ya sé que ustedes tienen historia, pero has sido infeliz por mucho tiempo. Ese tipo es un imbécil, Charlie. Viste lo que pasó con el camarón. Me sorprende...

—¿De qué hablas?

Parece molestarse porque he interrumpido su discurso.

—Estoy hablando de Silas y...

—No, la cosa del camarón. —La gente se detiene para mirarnos. Grupos de entrometidos junto a los casilleros; ojos, ojos, ojos en mi cara. Me siento tan incómoda con esto. Lo odio.

—Ella. —Brian sacude la cabeza a la izquierda justo cuando una chica pasa por las puertas y hace su camino más allá de nosotros. Cuando me ve mirando, su rostro se pone de color rosa brillante, como un camarón. La reconozco de mi clase de ayer. Era la que se encontraba en el suelo, recogiendo los libros. Es pequeña. Su pelo es una sombra fea de color marrón verdoso, como si hubiese intentado teñirlo por su cuenta y salió terriblemente mal. Pero incluso si no lo hubiera teñido, se ve... triste. Flequillo desordenado y desparejo, aceitoso y lacio. Tiene un puñado de granos en la frente y una nariz arrugada. Mi primer pensamiento es *fea*. Pero es más un hecho que un juicio. Ella se aleja antes de que pueda parpadear,

desapareciendo en una multitud de curiosos. Tengo la sensación de que no se ha ido. Está esperando justo detrás de las espaldas, quiere oír. Sentí algo... cuando vi su cara, sentí algo.

Mi cabeza da vueltas cuando Brian me alcanza. Dejo que me agarre por el codo y me jale hacia su pecho.

—Soy yo o Silas —repite. Está siendo audaz, dado que le di un puñetazo por tocarme. Pero no pienso en él; sino en la chica, el camarón, preguntándome si está allí, escondiéndose detrás de todos los demás—. Necesito una respuesta, Charlie.

—Me tiene tan cerca que, cuando miro su cara, puedo ver las pecas en sus ojos.

—Entonces mi respuesta es Silas —digo en voz baja.

Se congela. Puedo sentir la rigidez de su cuerpo.

10

Silas

*Traducido por Jeyly Carstairs & Jasiel Odair**Corregido por Juli*

—¿Vas a ir a la práctica de hoy? —pregunta Landon. Ya está de pie fuera de mi puerta y ni siquiera recuerdo estacionar en el parqueadero de la escuela, mucho menos apagar el auto. Asiento, pero fallo al hacer contacto visual con él. Estuve tan perdido en mis propios pensamientos durante el trayecto, que ni siquiera creo que lo haya interrogado para obtener información.

Me obsesiona el hecho de haber despertado sin recuerdos. Tenía la esperanza de que Charlie tuviera razón —que nos despertaríamos y todo volvería a la normalidad. Pero no fue así y eso no es bueno.

O por lo menos, yo no desperté con recuerdos. No he hablado con Charlie desde anoche, y su mensaje de texto de esta mañana no revelaba nada.

Ni siquiera he abierto el mensaje. Apareció en mi pantalla de bloqueo y leí lo suficiente de la primera frase para saber que no me gustara cómo me hará sentir. Mis pensamientos se desvían de inmediato a quién podría estar recogéndola y si a ella le parecería bien.

Mis instintos protectores entran en juego cuando se trata de ella, y no sé si siempre ha sido así o si es porque ella es la única con la que puedo relacionarme en este momento.

Salgo del auto, decidido a encontrarla. Y a asegurarme de que está bien, aun cuando sé que probablemente lo está. No tengo que conocerla más para saber que no necesita que la cuide. Es muy independiente.

Eso no significa que no voy a seguir intentándolo.

Cuando entro a la escuela, me doy cuenta de que no sé dónde comenzar a buscarla. Ninguno de los dos puede recordar cuales son nuestros casilleros, y

teniendo en cuenta que esto nos sucedió durante el cuarto periodo de ayer, no tenemos idea de dónde son nuestro primer, segundo y tercer periodo de clase.

Decido dirigirme a la oficina de administración y encargarme de conseguir una nueva copia de mi horario. Espero que Charlie piense en hacer lo mismo, porque dudo que me den el suyo.

La secretaria es desconocida, pero me sonríe intencionadamente. —¿Estás aquí para ver a la señorita Ashley, Silas?

Señorita Ashley.

Empiezo a negar con la cabeza, pero ella ya me está dirigiendo hacia una oficina con la puerta abierta. Quien quiera que sea esta señorita Ashley, debo visitarla lo suficiente para que mi presencia en la oficina no sea inusual.

Antes de llegar a la puerta abierta, sale una mujer. Es alta, atractiva y parece extremadamente joven para ser una empleada. Haga lo que haga aquí, no ocurre desde hace mucho tiempo. Apenas se ve lo suficientemente mayor para estar saliendo de la universidad.

—Señor Nash —dice con una sonrisa confusa, apartando el cabello rubio sobre su hombro—. ¿Tienes una cita?

Me detengo y dejo de avanzar hacia ella. Echo un vistazo a la secretaria a la derecha cuando la señorita Ashley me llama con su mano. —Está bien, tengo un par de minutos. Pasa.

Me muevo cautelosamente y me fijo en la placa de identificación en la puerta cuando entro en su oficina.

“AVRIL ASHLEY, CONSEJERA ACADEMICA.”

Cierra la puerta detrás de mí y miro la oficina, que está decorada con citas de motivación y típicos carteles que retratan mensajes positivos. De repente me siento incómodo. Atrapado. Debí haber dicho que no necesitaba verla, pero espero que esta consejera —una que aparentemente visito regularmente— sepa algunas cosas sobre mi pasado que puedan ser de ayuda para Charlie y para mí.

Me giro, justo cuando la mano de ella se desliza sobre la puerta y alcanza la cerradura. Se da la vuelta y comienza a acercarse a mí. Sus manos encuentran mi pecho y justo antes de que su boca se conecte con la mía, me tropiezo hacia atrás y me golpeo con un archivador.

Guau.

¿Qué demonios?

Se ve ofendida por que acabo de liberarme de su avance. Este no debe ser un comportamiento inusual entre nosotros.

Me acuesto con mi consejera académica.

Inmediatamente pienso en Charlie y, basado en nuestra obvia falta de compromiso con el otro, me pregunto qué tipo de relación teníamos. *¿Por qué siquiera estábamos juntos?*

—¿Ocurre algo? —dice.

Me giro ligeramente y me alejo unos pocos pasos, hacia la ventana. —Hoy no me siento muy bien. —La miro a los ojos y fuerzo una sonrisa—. No quiero que te enfermes.

Mis palabras la tranquilizan y cierra el espacio entre nosotros de nuevo, esta vez inclinándose y presionando sus labios contra mi cuello. —Pobrecito —ronronea—. ¿Quieres que te haga sentir mejor?

Mis ojos se amplían, lanzándose por toda la habitación y trazando una ruta de escape. Mi atención cae en la computadora sobre su escritorio, y luego en la impresora detrás de su silla. —Señorita Ashley —digo, y la aparto suavemente de mi cuello.

Esto está mal en tantos niveles.

Se ríe. —Nunca me llamas así cuando estamos solos. Es extraño.

Está demasiado cómoda conmigo. Tengo que salir de aquí.

—*Avril* —digo, sonriéndole otra vez—, necesito un favor. ¿Puedes imprimir una copia de mi horario y el de Charlie?

Se endereza inmediatamente y su sonrisa desaparece ante la mención del nombre de Charlie. *Punto conflictivo. Aparentemente.*

—Estoy pensando en cambiar un par de mis clases para no tener que estar tanto tiempo cerca de ella. —*No podría estar más lejos de la verdad.*

La señorita Ashley —*Avril*— desliza los dedos por mi pecho, y reaparece la sonrisa. —Bueno, ya era hora. Veo que por fin decidiste seguir el consejo de tu consejera.

Su voz derrama sexo. Puedo ver cómo debieron empezar las cosas con ella, pero me hace sentir superficial. Me hace odiar a la persona qué era.

Me muevo mientras ella se dirige hacia su escritorio y comienza a escribir en su teclado.

Saca las recién impresas páginas de la impresora y me las acerca. Intento tomar los horarios de su mano, pero los aleja con una sonrisa. —Eh, eh —dice, sacudiendo la cabeza lentamente—. Estos te van a costar. —Se apoya en su escritorio y coloca las hojas de papel a su lado, boca abajo. Me mira a los ojos y puedo ver que no me dejara ir sin apaciguarla, que es lo último que quiero hacer ahora.

Doy dos pasos lentos hacia ella y descanso las manos a cada lado. Me inclino en su cuello y puedo oír su jadeo cuando empiezo a hablar. —Avril, sólo tengo cinco minutos antes de la clase. No hay manera de que pueda hacer todas las cosas que quiero en sólo cinco minutos.

Deslizo la mano hacia los horarios tendidos en su escritorio y me alejo con ellos. Se muerde el labio inferior, mirándome con ojos calientes. —Vuelve durante el almuerzo —susurra—. ¿Será suficiente una hora, señor Nash?

Guiño. —Supongo que tendrá que serlo —digo, mientras me dirijo hacia la puerta. No me detengo hasta que salgo del pasillo y doblo la esquina, fuera de su línea de visión.

Mi lado irresponsable quiere chocar los cinco conmigo por, al parecer, haberme acostado con la consejera de la escuela, pero mi lado razonable quiere golpearme por hacerle algo así a Charlie.

Obviamente, Charlie es la mejor opción y no me gusta saber que puse en riesgo esa relación.

Pero por otro lado, también lo hacía Charlie.

Por suerte, los horarios tienen registrados nuestros números de casilleros y combinaciones. El suyo es el 543 y el mío el 544. Supongo que fue intencional.

Abro mi casillero primero, y encuentro tres libros de texto apilados en el interior. Hay un vaso medio vacío de café delante de los libros y un envoltorio vacío de un rollo de canela. Hay dos imágenes pegadas dentro del casillero: Una de Charley y yo, la otra es sólo de Charlie.

Bajo la foto de ella y la miro fijamente. ¿Por qué, si no éramos felices juntos, tengo fotos de ella en mi casillero? Especialmente esta. Obviamente la tomé yo, ya que tiene un estilo similar a las fotos colgadas en mi habitación.

Ella se encuentra sentada con las piernas cruzadas en un sofá. Su cabeza está inclinada ligeramente y mira directamente a la cámara.

Sus ojos son intensos —mirando a la cámara como si estuviera mirándome a mí. Está segura y cómoda a la vez, y aunque no sonrío ni río en la foto, noto que es feliz. Cuando sea que haya sido tomada, era un buen día para ella. Para nosotros. Sus ojos gritan mil cosas, pero la más fuerte es: “¡Te amo, Silas!”

Permanezco mirándola un rato más y luego coloco la foto de nuevo en el casillero. Reviso mi teléfono para ver si ella me envió un mensaje. No lo hizo. Miro los alrededores, justo cuando Landon se acerca por el pasillo. Dice algo por encima del hombro mientras me pasa. —Parece que Brian todavía no está fuera de la imagen, hermano.

Suena el timbre.

Miro en la dirección en la que vino Landon y veo una intensa multitud de estudiantes en ese extremo del pasillo. La gente parece estar estancada, mirando por encima de sus hombros. Algunos me miran, algunos están obsesionados en lo que sea que pasa al final del pasillo. Empiezo a caminar en esa dirección y mientras paso, la atención de todo el mundo cae sobre mí.

Comienza a formarse una grieta en la multitud y entonces la veo. Está de pie contra una fila de casilleros, abrazándose a sí misma. Brian se encuentra apoyado contra uno de los casilleros, mirándola fijamente. Se ve inmerso en la conversación, mientras que ella sólo parece cautelosa. Él me ve casi de inmediato y su postura se endurece junto con su expresión. Charlie sigue su mirada, hasta que sus ojos aterrizan en los míos.

Aunque asumo que ella no necesita ser rescatada, el alivio la invade cuando nuestros ojos se encuentran. Una sonrisa aparece en sus labios, y no quiero nada más que alejarlo de ella. Delibero durante dos segundos. ¿Debería amenazarlo, pegarle como quería hacerlo ayer en el estacionamiento? Me parece que ninguna de estas acciones les dejaría claro lo que quiero hacer.

—Deberías ir a clase —la oigo decirle a él. Sus palabras son rápidas, una advertencia, como si tuviera miedo de que hubiera decidido darle un puñetazo. No tiene que preocuparse. Lo que estoy a punto de hacer lastimara a Brian Finley mucho más que si simplemente lo golpeará.

Suena la segunda campana. Nadie se mueve. Ningún estudiante corre para no llegar tarde a clase. Nadie a mi alrededor se aleja por el pasillo ante el sonido de la campana.

Todos están expectantes. Mirando. A la espera de que inicie una pelea. Me pregunto si eso es lo que haría el viejo Silas, y si eso es lo que debería hacer el nuevo Silas.

Los ignoro a todos menos a Charlie y me acerco con confianza, manteniendo los ojos fijos en ella todo el tiempo. Tan pronto como Brian me ve aproximarme, se aleja dos pasos. Lo miro directamente a los ojos mientras extendiendo la mano hacia ella, dándole la opción de tomarla e irse conmigo o quedarse donde está.

Siento sus dedos deslizándose entre los míos y agarrar mi mano con fuerza. La alejo de los casilleros, de Brian, de la multitud de estudiantes. Tan pronto como volteamos la esquina, me suelta la mano y deja de caminar.

—Eso fue un poco dramático, ¿no te parece? —dice.

Me giro hacia ella. Sus ojos se estrechan, pero su boca podría pasar por una sonrisa. No distingo si está entretenida o enojada.

—Esperaban cierta reacción de mi parte. Que querías que hiciera, ¿tocarle en el hombro y preguntarle educadamente si podía entrometerme?

Cruza los brazos sobre el pecho. —¿Qué te hace pensar que necesitaba que hicieras algo?

No entiendo su hostilidad. Parecía que anoche habíamos dejado las cosas en buenos términos, así que me confunde por qué parece tan enojada conmigo.

Se frota de arriba a abajo sus brazos y entonces baja la mirada al suelo. —Lo siento —murmura—. Yo sólo... —Mira al techo y gime—. Sólo lo interrogaba para obtener información. Esa es la única razón por la que me encontraba con él en el pasillo. No coqueteaba.

Su respuesta me toma con la guardia baja. No me gusta la mirada de culpabilidad en su expresión. No es por eso que la aparté de él, pero ahora me doy cuenta de que cree que estoy molesto con ella. Noté que no quería estar allí, pero tal vez no se da cuenta de lo bien que he aprendido a leerla.

Doy un paso más cerca. Cuando levanta la mirada para encontrar la mía, sonrío. —¿Te haría sentir mejor saber que te engañaba con la consejera académica?

Toma una rápida bocanada de aire y su rostro expresa la conmoción.

—No eras la única que no estaba comprometida con nosotros, Charlie. Al parecer, ambos teníamos problemas en los que debíamos trabajar, así que no seas tan dura contigo.

Alivio probablemente no es la reacción que una chica debería tener cuando descubre que su novio le ha sido infiel, pero sin duda es lo que Charlie siente en

este momento. Puedo verlo en sus ojos y puedo escucharlo en el aliento reprimido que suelta.

—Vaya... —dice, bajando las manos a sus caderas—. Así que técnicamente, ¿estamos empatados?

¿*Empatados*? Sacudo la cabeza. —Esto no es un juego que quiero ganar, Charlie. En todo caso, diría que ambos perdimos.

Sus labios se extienden en una sonrisa fantasmal, y entonces mira sobre el hombro. —Debemos averiguar donde son nuestras clases.

Recuerdo los horarios y saco el suyo de mi bolsillo trasero. —No estamos juntos hasta el cuarto periodo en historia. Primero tienes inglés. Está en el fondo del otro pasillo —le digo, señalando a su primer periodo de clase.

Asiente con admiración y desdobra el horario. —Gran idea —dice, mirando por encima. Me observa con una sonrisa maliciosa—. Supongo que los conseguiste con tu amante consejera académica.

Sus palabras me hacen avergonzarme, a pesar de que no debería sentir remordimiento por lo que paso antes de ayer.

—Mi *ex* amante consejera académica —aclaro con una sonrisa. Se ríe, y es una risa de solidaridad. A pesar de lo jodido que es todo esto, y tan confusa como es la nueva información acerca de nuestra relación, el hecho de que podemos reírnos de esta, demuestra que al menos compartimos lo absurdo de la situación. Y el único pensamiento que tengo mientras me alejo de ella, es lo mucho que me gustaría que Brian Finley pudiera ahogarse con su risa.

Las tres primera clases del día se sintieron extrañas. Nadie en ellas y nada de lo discutido parecía familiar para mí. Me sentí como un impostor, fuera de lugar.

Pero en el instante en que entré en el cuarto periodo y me senté al lado de Charlie, cambió mi estado de ánimo. Es conocida. Lo único familiar para mí en un mundo de incoherencia y confusión.

Robamos unas cuantas miradas el uno al otro, pero nunca hablamos durante la clase. Ni siquiera hablamos ahora mientras entramos juntos a la cafetería. Echo un vistazo a nuestra mesa y todos los del día de ayer ya están sentados, guardando nuestros dos asientos vacíos.

Señalo a la fila de almuerzo con mi cabeza. —Primero vamos a conseguir nuestra comida.

Me observa brevemente, antes de mirar hacia la mesa. —No tengo mucha hambre —dice—. Voy a esperarte en la mesa. —Se mueve en la dirección de nuestro grupo y yo me dirijo hacia la fila de la cafetería.

Después de agarrar mi bandeja y una Pepsi, me acerco a la mesa y tomo un asiento. Charlie mira su teléfono, excluyéndose de la conversación que la rodea.

El hombre a mi derecha —*Andrew, creo*— me codea. —Silas —dice, golpeándome repetidamente—. Dile cuánto estuve en la banca el lunes.

Levanto la vista hacia el hombre sentado frente a nosotros. Rueda los ojos y traga el resto de su refresco antes de golpear sobre la mesa. —Vamos, Andrew. ¿Crees que soy tan estúpido como para creer que tu mejor amigo no mentiría por ti?

Mejor amigo.

Andrew es mi mejor amigo, pero hace treinta segundos, ni siquiera estaba seguro de su nombre.

Mi atención se desplaza de ellos a la comida delante de mí. Abro mi refresco y tomo un sorbo, así como Charlie aprieta su cintura. Hay mucho ruido en la cafetería, pero aun así, escucho el estruendo de su estómago. Tiene hambre.

Si tiene hambre, ¿por qué no come?

—¿Charlie? —Me inclino cerca de ella—. ¿Por qué no comes? —Descarta mi pregunta con un encogimiento de hombros. Bajo la voz aún más—. ¿Tienes dinero?

Su mirada se levanta hacia la mía como si acabara de revelar un gran secreto a toda la habitación. Traga y luego mira hacia otro lado, avergonzada. —No —dice en voz baja—. Esta mañana le di mis últimos dólares a Janette. Voy a estar bien hasta que llegue a casa.

Coloco mi bebida sobre la mesa y empujo mi bandeja delante de ella. —Toma. Voy a buscar otra.

Me levanto y vuelvo a la fila y consigo otra bandeja. Cuando regreso a la mesa, ha tomado unos pocos bocados de comida. No me da las gracias, y me siento aliviado. Asegurarme de que ella tiene para comer no es un favor por el que quiero que me dé las gracias. Es algo que deseo que pueda esperar de mí.

—¿Quieres un paseo a casa? —le pregunto, mientras terminamos nuestra comida.

—Amigo, no te puedes perder la práctica de nuevo —dispara Andrew en mi dirección—. Si lo haces, el entrenador no te permitirá jugar mañana por la noche.

Froto mi rostro, y luego meto la mano en mi bolsillo y recupero mis llaves. —Toma —le digo, colocándolas en su mano—. Lleva a tu hermana a casa después de la escuela. Recógeme cuando termine la práctica.

Ella trata de devolverme las llaves, pero no lo aceptaré. —Quédатelas —le digo—. Es posible que hoy necesites un coche y yo no lo voy a utilizar.

Andrew interrumpe—: ¿La estás dejando conducir tu coche? ¿Bromeas? ¡Ni siquiera me has dejado sentar detrás del maldito volante!

Miro a Andrew y me encojo de hombro. —No estoy enamorado de ti.

Charlie escupe su bebida con una carcajada. Le echo un vistazo, y su sonrisa es enorme. Ilumina toda su cara, y de alguna manera, incluso hace que el marrón de sus ojos parezca menos oscuro. Puede que no recuerde nada, pero apostaríа a que su sonrisa era mi parte favorita de ella.

Este día ha sido agotador. Se siente como si hubiera estado en un escenario durante horas, representando escenas para las que no tengo guión. Lo único que deseo en este momento es estar en mi cama o con Charlie. O tal vez, una combinación de ambas.

Sin embargo, Charlie y yo todavía tenemos un propósito, y es averiguar qué demonios nos pasó ayer. A pesar de que hoy, ninguno de nosotros quería molestarse con la escuela, sabíamos que podría dar lugar a una respuesta. Después de todo, esto sucedió en medio de la jornada escolar de ayer, así que la respuesta podría estar relacionada.

La práctica de fútbol puede ser de ayuda. Estaré cerca de personas con las que no he pasado mucho tiempo en las últimas veinticuatro horas. Podría aprender algo que no sabía antes sobre mí o sobre Charlie. Algo que pudiese arrojar algo de luz sobre nuestra situación.

Me siento aliviado de encontrar que todos los armarios tienen nombres en ellos, así que no es difícil localizar mi equipo. Lo difícil es tratar de averiguar cómo ponérmelo. Lucho con los pantalones, y todo el tiempo intento aparentar que sé lo que estoy haciendo. En tanto todos los chicos hacen su camino hacia el campo, el vestuario se vacía lentamente hasta que soy el único que queda.

Cuando creo que tengo todo en su lugar, agarro mi camiseta del estante superior del armario para pasarla sobre mi cabeza. Me llama la atención una caja, que se encuentra en la parte posterior del estante superior de mi casillero. La saco y tomo un asiento en el banquillo. Es una caja roja, mucho más grande que una que sólo contiene una pieza de joyería. Abro la tapa y encuentro unas cuantas fotos en la parte superior.

No hay personas en las fotos. Parecen ser lugares. Les doy la vuelta y encuentro una imagen de un juego de columpios. Está lloviendo y la tierra debajo, está cubierta de agua. Le doy la vuelta otra vez, y escrito en la parte posterior, dice: *Nuestro primer beso.*

La siguiente imagen es de un asiento trasero, pero la vista es desde el piso, mirando hacia arriba. La volteo. *Nuestra primera pelea.*

La tercera, es una foto de lo que parece una iglesia, pero es sólo la imagen de las puertas. *Cuando nos conocimos.*

Le doy la vuelta a todas las imágenes hasta que finalmente llego a una carta, doblada en la parte inferior de la caja. La recojo y despliego. Es una breve carta en mi escritura, dirigida a Charlie. Empiezo a leerla, pero mi teléfono vibra, así que lo alcanzo y lo desbloqueo.

Charlie: *¿A qué hora se acaba tu práctica?*

Yo: *No estoy seguro. Encontré una caja de cosas en el vestuario. No sé si será de ayuda, pero hay una carta.*

Charlie: *¿Qué dice?*

—¡Silas! —grita alguien desde detrás de mí. Me doy la vuelta y se caen dos de las fotos en mis manos. Hay un hombre de pie en la puerta con una mirada de enojo en su rostro—. ¡Ve al campo!

Asiento y él se va por el pasillo. Coloco las fotos de nuevo en la caja y dentro de mi armario. Tomo una profunda respiración para calmarme y me dirijo hacia el campo de entrenamiento.

Dos filas se forman en el campo, las dos filas de hombres encorvados hacia adelante y mirando al chico en frente de ellos. Hay una abertura obvia, así que me desplazo hacia el lugar vacío y copio lo que hacen los otros jugadores.

—Por el amor de mierda, ¡Nash! ¿Por qué no tienes puesta tus hombreras? —grita alguien.

Las hombreras. Mierda.

Salto fuera de la línea y vuelvo corriendo a los vestuarios. Esta va a ser la hora más larga de mi vida. Es extraño que no pueda recordar las reglas del fútbol. Sin embargo, no puede ser tan difícil. Sólo hay que correr de ida y vuelta un par de veces y la práctica habrá terminado.

Localizo las almohadillas detrás de la fila de armarios. Por suerte, son fáciles de poner. Me apresuro a salir a la cancha y todo el mundo está disperso, corriendo como hormigas. Vacilo antes de acercarme al campo. Cuando suena un silbato, alguien me empuja desde atrás. —¡Ve! —grita, frustrado.

Las líneas, los números, los postes de la meta; no significan nada para mí mientras estoy en el campo entre los otros chicos. Uno de los entrenadores grita una orden y antes de darme cuenta, la pelota es introducida en mi dirección. La atrapo.

¿Y ahora qué?

Correr. Probablemente debería correr.

Corro un metro hacia adelante antes de que mi cara se encuentre con el césped artificial. Un silbato. Grita un hombre.

Me levanto, mientras uno de los entrenadores camina en mi dirección. — ¿Qué demonios fue eso? ¡Pon tu maldita cabeza en el juego!

Miro a mi alrededor, el sudor comienza a correr por mi frente. La voz de Landon resuena detrás de mí. — Amigo. ¿Qué demonios te pasa?

Me doy vuelta y lo miro, todos están amontonados a mi alrededor. Sigo sus movimientos y pongo los brazos sobre las espaldas de los chicos a mi izquierda y derecha. Nadie habla durante varios segundos, y luego me doy cuenta de que todos me están observando. Espera. ¿Esperan que diga algo? Tengo la sensación de que no es un círculo de oración.

— ¿Vas a pedir una jugada o qué? — dice el tipo a mi izquierda.

— Uh... — tartamudeo—. Tú... — Señalo a Landon—. Haz esa... cosa. — Antes de que me puedan cuestionar, me aparto y se rompe el círculo.

— El entrenador lo va a colocar en la banca —escucho murmurar a alguien detrás de mí. Suena un silbato y antes de que el sonido siquiera abandone mis oídos, un tren de carga se estrella contra mi pecho.

O al menos, lo siento de esa manera.

El cielo está sobre mí, mis oídos pitán y no puedo respirar.

Landon se cierne sobre mí. Agarra mi casco y lo sacude. —¿Qué demonios te ocurre? —Mira a su alrededor y luego de vuelta a mí. Sus ojos se estrechan—. Quédate en el suelo. Comportate como si estuvieras enfermo.

Hago lo que dice y salta para ponerse de pie. —Le dije que no viniera a la práctica, entrenador —dice Landon—. Ha tenido estreptococos toda la semana. Creo que está deshidratado.

Cierro los ojos, aliviado por mi hermano. Me gusta este chico.

—¿Qué diablos haces aquí, Nash? —El entrenador está de rodillas—. Ve a los vestuarios e hidrátate. Tenemos un juego mañana por la noche. —Se levanta y llama a uno de los entrenadores asistentes—. Consíguele azitromicina y asegúrate de que está listo para mañana.

Landon me fuerza a levantarme. Mis oídos siguen zumbando, pero ahora soy capaz de respirar. Me dirijo a los vestuarios, aliviado de estar fuera de la cancha. Nunca debí haberla pisado. *No eres inteligente, Silas.*

Llego a los vestuarios y cambio mi equipo. Tan pronto como me pongo los zapatos, oigo pasos que se acercan al vestuario desde el pasillo. Echo un vistazo y descubro una salida en la pared del fondo, así que me apresuro hacia ella y la empujo para abrirla. Por suerte, lleva hacia el estacionamiento.

Inmediatamente, me siento relajado de ver a mi coche. Me apresuro al mismo tiempo que Charlie sale de un salto del lado del conductor, mientras me acerco. Me encuentro tan aliviado de verla —de simplemente tener a alguien con quien relacionarme— que ni siquiera pienso en lo que hago después.

Agarro su muñeca y la jalo hacia mí, envolviendo los brazos a su alrededor en un fuerte abrazo. Mi cara está enterrada en su pelo y suspiro. Se siente familiar. Seguro. Me hace olvidar que ni siquiera puedo recordar...

—¿Qué haces?

Se tensa contra mí. Su reacción fría me recuerda que no hacemos este tipo de cosas. Silas y Charlie hacían cosas como esta.

Mierda.

Me aclaro la garganta y la suelto, dando un paso atrás. —Lo siento —murmuro—. La costumbre.

—No *tenemos* hábitos. —Se aparta de mí y rodea mi coche.

—¿Crees que siempre has sido mala conmigo? —le pregunto.

Me mira por encima del capó y asiente. —Apuesto a que sí. Probablemente eres un depravado.

—Más bien como un masoquista —murmuro.

Ambos subimos a mi coche, y tengo dos lugares a los que planeo ir esta noche. La primera, es a mi casa para ducharme, pero estoy seguro de que si le preguntara si quería venir conmigo, diría que no, sólo para fastidiarme. En lugar de ello, me dirijo a mi casa y no le doy esa elección.

—¿Por qué sonríes? —pregunta, cuando pasamos los cinco kilómetros.

No me di cuenta que lo hacía. Me encojo de hombros. —Sólo pensaba.

—¿En qué?

La miro de reojo y está esperando mi respuesta con un gesto de impaciencia.

—Me preguntaba si el viejo Silas alguna vez logró atravesar tu duro exterior.

Se ríe. —¿Qué te hace pensar que lo hizo?

Sonreiría de nuevo, pero no creo que haya dejado de hacerlo. —Viste el video, Charlie. Lo amabas. —Hago una pausa por un segundo, luego reformulo—. A mí. Me amabas.

—Ella te amaba —dice, y luego sonríe—. Todavía ni siquiera estoy segura de si me *gustas*.

Niego con una risa suave. —No me conozco muy bien, pero debo haber sido extremadamente competitivo. Porque acabo de tomarlo como un reto.

—¿Tomar como un reto *qué*? ¿Crees que puedes hacer que me gustes de nuevo?

La miro y doy la más leve sacudida con mi cabeza. —No. Voy a hacer que te enamores de mí otra vez.

Puedo ver el movimiento suave de su garganta cuando traga, pero tan rápido como bajó la guardia, la alza de nuevo. —Buena suerte con eso —dice, mirando hacia delante—. Estoy bastante segura de que serás el primer chico que compite consigo mismo por el afecto de una chica.

—Tal vez —le digo mientras llegamos a mi entrada—. Pero apuesto mi dinero por mí.

Apago el coche y salgo. Ella no se desabrocha el cinturón. —¿Vienes? Tengo que darme una ducha rápida.

Ni siquiera me mira. —Voy a esperar en el coche.

No discuto. Cierro la puerta y voy directo a la ducha, pensando en la sonrisita que puedo jurar que apareció en la esquina de su boca.

Y mientras que recuperarla no es mi prioridad principal, es sin duda el nuevo plan de respaldo, en caso de que ninguno de nosotros pueda encontrar la manera de volver a lo que éramos. Porque a pesar de toda la mierda —que ella me engañara con Brian, yo con la consejera, y las disputas entre nuestras familias — obviamente, todavía tratábamos de hacer que funcione. Tenía que haber algo allí, algo más profundo que la atracción o un simple vínculo de la infancia, que me impulsaba a luchar para conservarla.

Quiero sentir eso de nuevo. Quiero recordar lo que se siente amar a alguien así. Y no a cualquiera. Quiero saber lo que se siente amar a Charlie.

11

Charlie

*Traducido por Sofía Belikov**Corregido por Meliizza*

Estoy de pie al borde del pasto, mirando su calle cuando se me acerca por la espalda. No lo oigo aproximarse, pero lo huelo. No sé cómo, desde que huele igual que el aire libre.

—¿Qué miras? —pregunta.

Observo fijamente las casas, cada una de ellas impecable y tan bien cuidada que es casi irritante. Me hace querer disparar una pistola en el aire, sólo para ver cómo todas las personas tranquilas dentro de ellas se apresuran hacia afuera. Este vecindario necesita un poco de vida. —Es extraño cómo el dinero parece poder silenciar un vecindario —digo en voz baja—. En mi calle, donde nadie tiene dinero, hay tanto bullicio. Con sirenas resonando, gente gritando, puertas de autos siendo cerradas de golpe y equipos de música a todo volumen. Siempre hay alguien, en algún lugar, haciendo ruido. —Me giro y levanto la mirada hasta él, sin esperar la reacción que tengo al ver su cabello mojado y su mandíbula rasurada. Me centro en sus ojos, pero no mejora nada. Me aclaro la garganta y aparto la mirada—. Creo que prefiero el ruido.

Da un paso hasta que estamos hombro a hombro, ambos mirando la calle desolada. —No, no es así. No prefieres ninguno —lo dice como si me conociera, y quiero recordarle que no me conoce para nada, pero pone una mano en mi codo—. Salgamos de aquí —dice—. Hagamos algo que no les pertenezca a Charlie y Silas. Algo que sea nuestro.

—Hablas de nosotros como si fuéramos invasores de cuerpo.

Silas cierra los ojos e inclina la cabeza hacia atrás. —No tienes idea de las veces que he pensado en invadir tu cuerpo.

9
1

No pretendo reírme tan fuerte como lo hago, pero tropiezo con mis propios pies y Silas alarga una mano para atraparme. Ambos estamos riéndonos mientras me endereza y pasa las manos de arriba abajo por mis brazos.

Aparto la mirada. Estoy cansada de que me guste. Sólo tengo un día y medio de recuerdos, pero están llenos de mí no odiando a Silas. Y ahora, ha hecho de su misión personal hacerme amarlo de nuevo. Es molesto que me guste.

—Apártate —digo.

Levanta las manos en rendición y da un paso hacia atrás. —¿Así está bien?

—Más lejos.

Otro paso. —¿Mejor?

—Sí —suelto.

Silas sonríe con suficiencia. —No me conozco bien, pero puedo decir que soy bueno con los juegos.

—Oh, por favor —digo—. Si fueras un juego, Silas, serías como el Monopolio. Sigues y sigues, y al final todos terminan engañándose sólo para acabar con él.

Permanece en silencio por un minuto. Me siento mal por decir algo tan incómodo, aunque fuera una broma.

—Seguro tienes razón. —Se ríe—. Ese es el motivo por el que me engañaste con ese idiota de Brian. Por suerte para ti, ya no soy Silas, el Monopolio. Soy Silas, el Tetris. Todas mis piezas y partes van a encajar con las tuyas.

Resoplo. —Y aparentemente, también con las de la consejera académica.

—Eso fue bajo, Charlie —dice, negando con la cabeza.

Espero unos cuantos segundos, mordiéndome el labio. Entonces digo—: No creo que quiera que me llames así.

Se vuelve para mirarme. —¿Charlie?

—Sí. —Lo miro—. ¿Es raro? No me siento como si fuera ella. Ni siquiera la conozco. Es como si no se sintiera como mi nombre.

Asiente mientras camina hacia su auto. —Así que, ¿tendré que llamarte de otra forma?

—Hasta que nos las arreglemos para solucionar todo esto... sí.

—Poppy —dice.

—No.

—Lucy.

—Diablos, no, ¿qué demonios sucede contigo?

Abre la puerta del pasajero de su Rover y entro.

—Bien... bien. Ya veo que no te gustan los nombres que son tradicionalmente lindos. Podemos tratar con algo más rudo. —Camina hasta el lado del conductor y entra—. Xena...

—No.

—Rogue.

—Ugh. No.

Seguimos así hasta que el GPS de Silas nos dice que hemos llegado. Echo un vistazo por el lugar, sorprendida de que hubiera estado tan inmersa con él como para notar el viaje hasta allí. Cuando bajo la mirada hasta mi teléfono, veo que Brian me ha enviado seis mensajes. Ahora no quiero lidiar con él. Lanzo mi teléfono y cartera bajo el asiento, fuera de la vista. —¿Dónde estamos?

—En la calle Bourbon —dice—. Es el lugar más concurrido en Nueva Orleans.

—¿Cómo lo sabes? —pregunto con sospecha.

—Lo busqué en Google. —Nos miramos por encima del capó, y luego cerramos nuestras puertas al mismo tiempo.

—¿Cómo sabías qué era Google?

—Pensé que eso era lo que tendríamos que estar averiguando juntos. —Nos encontramos en la parte delantera del auto.

—Creo que somos alienígenas —digo—. Y esa es la razón por la que no tenemos ningún recuerdo de Charlie y Silas. Pero recordamos cosas como Google y Tetris debido a los chips en nuestros cerebros.

—Así que, ¿puedo llamarte alienígena?

Antes de que pueda pensar en lo que hago, lo golpeo en el pecho con la parte trasera de la mano. —¡Concéntrate, Silas! —Hace un ruido, y luego señalo hacia delante—. ¿Qué es eso? —Camino frente a él.

Es un edificio, con la estructura de un castillo y blanco. Hay tres torres apuntando hacia el cielo.

—Parece una iglesia —dice, sacando su teléfono.

—¿Qué haces?

—Tomo una foto... En caso de que lo olvidemos de nuevo. Me imagino que deberíamos documentar todo lo que esté sucediendo y a dónde vamos.

Me quedo callada mientras pienso en lo que acaba de decir. En realidad es una buena idea. —Allí es donde deberíamos ir, ¿no? Las iglesias ayudan a las personas... —Mi voz se desvanece.

—Sí —dice Silas—. Ayudan a las *personas*, no a los alienígenas. Y desde que somos...

Lo golpeo de nuevo. Desearía que se tomara esto más en serio. —¿Qué si somos ángeles y se supone que ayudemos a alguien, y se nos han dado estos cuerpos para completar nuestra misión?

Suspira. —¿Te estás escuchando?

Hemos alcanzado las puertas de la iglesia, que irónicamente, están cerradas. —Bueno... —digo, girándome—. ¿Qué sugieres *tú* que nos sucedió? ¿Chocamos las cabezas y perdimos nuestros recuerdos? ¡O tal vez comimos algo que nos arruinó! —Bajo las escaleras hecha una furia.

—¡Oye! ¡Oye! —me dice—. No tienes permitido enojarte conmigo. Esto no es mi culpa. —Corre por las escaleras detrás de mí.

—¿Cómo lo sabes? ¡No sabemos *nada*, Silas! ¡Todo esto bien podría estar sucediendo por tu culpa!

Estamos de pie al borde de las escaleras, mirándonos furiosamente. —Tal vez sea así —dice—. Pero lo que sea que haya hecho, tú también lo hiciste. Porque en caso de que no lo hayas notado, estamos en el mismo bote.

Aprieto y desaprieto los puños, tomando profundas respiraciones y concentrándome en mirar fijamente la iglesia hasta que se humedecen mis ojos.

—Mira —dice Silas, acercándose—. Lamento hacer una broma de esto. Quiero averiguar lo que sucede tanto como tú. ¿Qué otras ideas tienes?

Cierro los ojos. —Cuentos de hadas —digo, levantando la mirada hasta él—. Siempre hay alguien que ha sido maldecido. Para romper el hechizo, tienes que descubrir algo... luego...

—¿Y luego qué?

Puedo decir que trata de tomarme en serio, pero de alguna manera, eso me enfurece más. —Hay un beso...

Sonríe. —Un beso, ¿eh? Nunca he besado a nadie.

—¡Silas!

—¿Qué? ¡Si no puedo recordarlo, no cuenta!

Cruzo los brazos sobre mi pecho y observo a un músico callejero coger su violín. Él recuerda la primera vez que tomó un violín, las primeras notas que tocó, quién se lo dio. Envidio sus recuerdos.

—Seré serio, Charlie. Lo siento.

Miro a Silas por la esquina del ojo. Luce genuinamente arrepentido, con las manos en los bolsillos y el cuello caído como si de repente fuera demasiado pesado.

—Así que, ¿qué crees que necesitamos hacer? ¿Besarnos?

Me encojo de hombros. —Vale la pena intentarlo, ¿no?

—Dijiste que en los cuentos de hadas primero tienes que descubrir algo...

—Sí. La Bella Durmiente necesitaba que alguien valiente la besara y despertara de su sueño. Blancanieves necesitaba un beso de amor verdadero para regresarla a la vida. Ariel necesitaba que Eric la besara para romper el hechizo que la bruja del mar puso en ella.

Se endereza. —Esas son películas —dice—. ¿Recuerdas haberlas visto?

—No lo recuerdo, sólo sé que las he visto. El señor Deetson habló sobre los cuentos de hadas en la clase de literatura. De allí saqué la idea.

Comenzamos a caminar hacia el músico, que está tocando algo lento y triste.

—Parece que romper la maldición dependiera de ese chico —dice Silas—. Necesita sentir algo por ella.

—Sí... —Mi voz se va desvaneciendo mientras nos detenemos para escuchar. Desearía conocer la canción que toca. Suena a algo que he oído, pero no tengo forma de nombrarla.

—Hay una chica —digo con suavidad—. Quiero hablarle... Creo que tal vez sabe algo. Unas cuantas personas se refieren a ella como el camarón.

Las cejas de Silas se fruncen. —¿Qué quieres decir? ¿Quién es?

—No sé. Está en un par de mis clases. Es sólo un presentimiento.

Permanecemos de pie junto a un grupo de espectadores, y Silas se estira en busca de mi mano. Por primera vez, no me alejo de él. Dejo que sus cálidos dedos se deslicen entre los míos. Con su mano libre, toma una foto del violinista, y luego baja la vista hasta mí. —Así puedo recordar la primera vez que sostuve tu mano.

12

Silas

Traducido por Vani & Janira

Corregido por Juli

Hemos caminado dos cuadras y ella todavía no me ha soltado la mano. No sé si es porque le gusta sostenerla, o porque la calle Bourbon es... bueno...

—Oh, Dios —dice, volviéndose hacia mí. Agarra mi camisa con su puño y presiona la frente contra mi brazo—. Ese sujeto acaba de mostrarme los genitales —dice, riendo en la manga de mi camisa—. Silas, ¡acabo de ver mi primer pene!

Me río y la sigo mientras se abre camino entre la multitud ebria de la calle Bourbon. Después de caminar por un largo rato, ella levanta la mirada otra vez. Nos estamos acercando a un grupo, aún mayor, de hombres beligerantes y sin camisas. En su lugar, tienen un montón de perlas envueltas alrededor de sus cuellos. Se ríen y gritan a las personas de los balcones por encima de nosotros. Ella me aprieta la mano con más fuerza hasta que los dejamos atrás. Se relaja y pone más espacio entre nosotros.

—¿Qué pasa con las perlas? —pregunta—. ¿Por qué alguien gastaría dinero en tales joyas de mal gusto?

—Es parte de la tradición Mardi Gras —le digo—. Lo leí cuando investigaba la calle Bourbon. Todo comenzó como una celebración para el último martes antes de la Cuaresma, pero supongo que se convirtió en algo de todo el año. —La acerco a mí y apunto hacia la acera en frente de ella. Rodea lo que parece ser vómito.

—Tengo hambre —dice.

Río. —¿Esquivar el vómito te dio hambre?

—No, el vómito me hizo pensar en la comida, lo que provocó que gruñía mi estómago. Dame de comer. —Apunta a un restaurante de la calle. El cartel destella en un rojo fluorescente—. Vamos allí.

Da un paso por delante de mí, sin soltarme la mano. Echo un vistazo a mi teléfono y sigo su ejemplo. Tengo tres llamadas perdidas. Una del “entrenador”, una de mi hermano y otra de “mamá”.

Es la primera vez que he pensado en mi madre. Me pregunto cómo es ella. Por qué todavía no la he visto.

Todo mi cuerpo choca contra la espalda de Charlie después de que ella se detiene de golpe para dejar pasar a un vehículo. Lleva la mano hasta su nuca donde la golpeé con mi barbilla. —Auch —dice, frotándose la cabeza.

Me froto la barbilla y miro detrás de ella cuando pone su cabello hacia adelante, por encima del hombro. Mis ojos se posan en la punta de lo que parece ser un tatuaje que se asoma por la parte trasera de su camisa.

Comienza a caminar de nuevo, pero la agarro del hombro. —Espera —le digo. Mis dedos se arrastran al cuello de su camisa y la bajo un par de centímetros. Justo debajo de la nuca, hay una pequeña silueta de árboles en tinta negra. Paso los dedos por su contorno—. Tienes un tatuaje.

Su mano vuela hacia el lugar que estoy tocando. —¿¡Qué!? —grita. Se da vuelta y me mira—. No lo tengo.

—Sí. —La doy vuelta y bajo la camisa de nuevo—. Aquí —digo mientras trazo los árboles de nuevo. Esta vez noto la piel de pollo en su cuello. Sigo la línea de pequeñas protuberancias con mis ojos, pasando por encima del hombro y ocultándose bajo la camisa. Miro el tatuaje de nuevo, porque sus dedos tratan de sentir lo que estoy sintiendo yo. Tomo dos de sus dedos y los presiono contra su piel—. Una silueta de árboles —digo—. Justo aquí.

—¿Árboles? —dice, ladeando la cabeza hacia un lado—. ¿Por qué tendría árboles? —Se da la vuelta—. Quiero verlo. Toma una fotografía con tu teléfono.

Bajo la camisa lo suficiente como para que ella pueda ver el tatuaje entero, a pesar de que no es más de ocho centímetros de ancho. Le aparto el cabello de nuevo, no por la imagen, sino porque tengo ganas de hacerlo. También reposiciono su mano hacia la parte delantera de su cuerpo.

—Silas —refunfuña—, simplemente saca la maldita foto. Esta no es una clase de arte.

Sonrío y me pregunto si siempre soy así —si me niego a tomar una simple imagen, a sabiendas de que sólo se necesita un poco más de esfuerzo para que sea excepcional. Levanto el teléfono y tomo la foto, luego miro a la pantalla, admirando lo bien que se ve el tatuaje. Ella se da vuelta y me quita el teléfono de las manos.

Mira a la imagen y jadea. —Dios mío.

—Es un muy buen tatuaje —digo. Me devuelve el teléfono y rueda los ojos, caminando de nuevo en dirección al restaurante.

Puede rodar los ojos todo lo que quiera, pero no cambia la forma en que reaccionó a la caricia de mis dedos en su nuca.

La veo caminar hacia el restaurante, y me doy cuenta de que ya comprendí su comportamiento. Cuanto más le gusto, más se cierra. Se pone más sarcástica conmigo. La vulnerabilidad la hace sentir débil, así que pretende ser más fuerte de lo que es en realidad. Creo que el viejo Silas también sabía esto de ella. Por eso la amaba, porque al parecer le gustaba este juego.

Al parecer a mí también, porque una vez más, la estoy siguiendo.

Atravesamos la puerta del restaurante y antes de que la dueña de la casa tenga la oportunidad de hablar, Charlie dice—: Cabina para dos personas, por favor. —*Al menos dijo por favor.*

—Por aquí —dice la mujer.

El restaurante está tranquilo y oscuro, un marcado contraste con el ruido y las luces de neón de la calle Bourbon. Los dos suspiramos de alivio una vez que estamos sentados. La camarera nos da los menús y toma nuestra orden de bebidas. De vez en cuando, Charlie levanta la mano hacia la nuca como si pudiera sentir el contorno del tatuaje.

—¿Qué crees que significa? —dice, sin dejar de mirar el menú en frente de ella.

Me encojo de hombros. —No lo sé. ¿Tal vez te gustaban los bosques? —La miro—. Estos cuentos de hadas de los que hablaste. ¿Todos pasan en los bosques? Tal vez el hombre que debe romper tu hechizo con un beso es un leñador fornido, que vive en el bosque.

Sus ojos se encuentran con los míos y me doy cuenta de que le molestan mis chistes. O tal vez, se molestó porque cree que soy gracioso. —Deja de burlarte de mí —dice—. Nos despertamos sin nuestros recuerdos al mismo tiempo, Silas. No hay nada más absurdo que eso. Ni siquiera los cuentos de hadas con leñadores.

Sonríó inocentemente y bajo la mirada a mi mano. —Tengo callos —le digo, levantando la mano y apuntando a la piel áspera de la palma—. Yo podría ser tu leñador.

Rueda los ojos de nuevo, pero esta vez se ríe. —Debes tener callos por masturbarte mucho.

Levanto la mano derecha. —Pero están en las dos manos, no sólo en la izquierda.

—Ambidiestro —dice inexpresiva.

Sonreímos al mismo tiempo que nos colocan las bebidas delante de nosotros. —¿Listos para ordenar? —pregunta la camarera.

Charlie revisa rápidamente el menú y dice—: No me gusta que no podamos recordar lo que nos gusta. —Mira a la camarera—. Quiero queso asado —dice—. Es seguro.

—Hamburguesa y patatas fritas, sin mayonesa —le digo. Le devolvemos los menús y vuelvo a centrarme en Charlie—. Todavía no tienes dieciocho años. ¿Cómo pudiste conseguir un tatuaje?

—La calle Bourbon no parece ser quisquillosa con las reglas —dice—. Debo tener una identificación falsa escondida en alguna parte.

Abro el motor de búsqueda en mi teléfono. —Voy a tratar de averiguar lo que significa. Me he vuelto muy bueno en esta cosa de Google. —Me paso los próximos minutos buscando cada posible significado de los árboles, bosques y los grupos de árboles. Justo cuando creo que he dado con algo, ella me saca el teléfono y lo coloca sobre la mesa.

—Levántate —dice mientras se pone de pie—. Vamos al baño. —Me agarra la mano y me saca de la cabina.

—¿Juntos?

Asiente. —Sí.

Miro a la parte posterior de su cabeza mientras ella se aleja de mí, y luego se dirige a la cabina vacía. *Qué dem...*

—Vamos —dice sobre su hombro.

La sigo por el pasillo que conduce a los baños. Ella empuja la puerta del baño de mujeres y mira dentro, luego saca la cabeza. —Tiene un solo urinario. Está vacío —dice, manteniendo la puerta abierta para mí.

Me detengo y miro al baño de hombres, que se ve perfectamente bien, así que no sé por qué ella...

—¡Silas! —Agarra mi brazo y me jala hacia el interior. Una vez que estamos dentro, casi espero que envuelva los brazos alrededor de mi cuello y me bese porque... *¿por qué más estaríamos aquí juntos?* —. Quítate la camisa.

Miro mi camisa. Y luego a ella. —Estamos... ¿estamos a punto de hacerlo? Porque no me lo imaginaba así.

Ella gime y se estira hacia adelante, tirando el dobladillo de mi camisa. Le ayudo a sacarla sobre mi cabeza cuando dice—: Quiero ver si tienes algún tatuaje, idiota.

Me desanimo.

Me siento como un joven de dieciocho años que acaba de ser dejado con unas bolas azules. Supongo que un poco es así...

Ella me da la vuelta y, cuando me enfrento al espejo, se queda sin aliento. Sus ojos están fijos en mi espalda. Mis músculos se tensan bajo su toque cuando sus dedos encuentran mi omóplato derecho. Traza un círculo, que abarca varios centímetros. Cierro los ojos y trato de controlar mi pulso. De repente, me siento más borracho que todo el mundo en la calle Bourbon. Agarro el mostrador delante de mí, porque sus dedos... mi piel.

—*Jesús* —gimo, dejando caer la cabeza entre los hombros. *Enfócate, Silas.*

—¿Qué pasa? —pregunta, deteniéndose en su inspección de mi tatuaje—. No te duele, ¿verdad?

Libero una risa, porque tener sus manos sobre mi cuerpo es lo contrario al dolor. —No, Charlie. No me duele.

En el espejo, mis ojos se encuentran con los suyos y me mira fijamente durante varios segundos. Cuando por fin se da cuenta de lo que me hace, aparta la mirada y aparta la mano de mi espalda. Sus mejillas se colorean.

—Ponte tu camisa y ve a esperar nuestra comida —exige—. Tengo que hacer pis.

Libero mi agarre sobre el mostrador y aspiro profundamente mientras me pongo la camisa por encima de mi cabeza. En mi camino de regreso a la mesa, me doy cuenta de que ni siquiera le pregunté cuál era el tatuaje.

—Un collar de perlas —dice mientras se desliza dentro de la cabina—. Perlas negras.

—¿Perlas?

Asiente.

—Como un... ¿colgante?

Asiente y toma un sorbo de su bebida. —Tienes un tatuaje del collar de una mujer sobre tu espalda, Silas. —Está sonriendo—. Muy al estilo leñador.

Está disfrutándolo. —Sí, bueno. Tienes árboles en tu espalda. No hay mucho que presumir. Probablemente tendrás termitas.

Se ríe a carcajadas y eso me hace reír. Mueve el sorbete alrededor de su bebida y baja la mirada a su vaso. —Conociéndome... —hace una pausa—. Conociendo a *Charlie*, no se habría hecho un tatuaje a menos que significara algo para ella. Tenía que ser algo de lo que *nunca* se cansaría. Y *nunca* dejaría de amarlo.

Dos palabras familiares destacan de su oración. —Nunca, nunca —susurro.

Me mira, reconociendo la frase que repetimos el uno al otro en el video. Ella inclina la cabeza hacia un lado. —¿Crees que tenía algo que ver contigo? ¿Con Silas? —Niega, discrepando en silencio con mi sugerencia, pero empiezo a buscar en mi teléfono—. Charlie no sería tan estúpida —añade—. No se tatuaría algo en su piel relacionado con un chico. Además, ¿qué tienen que ver los árboles contigo?

Encuentro exactamente lo que busco y, tanto como trato de mantener una cara seria, no puedo contener la sonrisa. Sé que es una sonrisa de suficiencia y probablemente no debería estar mirándola de esta manera, pero no puedo evitarlo. Le entrego el teléfono y ella mira a la pantalla y lee en voz alta.

—Viene de un nombre griego que significa *bosques* o *árboles*. —Me mira—. ¿Entonces es el significado de un nombre?

Asiento. *Todavía* petulante. —Mira más arriba.

Se desplaza en la pantalla con un golpe de su dedo y separa los labios con un jadeo. —Derivado del término griego... Silas. —Cierra la boca y su mandíbula se endurece. Me devuelve el teléfono y cierra los ojos. Mueve la cabeza lentamente hacia adelante y atrás—. ¿Se hizo un tatuaje del significado de tu *nombre*?

Como era de esperar, finge estar decepcionada de sí misma.

Como era de esperar, yo me siento triunfante.

—*Tú* te hiciste un tatuaje —le digo, señalándola con el dedo—. Está en *ti*. *Tu* piel. *Mi* nombre. —No puedo contener la estúpida sonrisa estampada en mi rostro. Rueda los ojos de nuevo, justo cuando colocan nuestra comida en frente de nosotros.

Empujo la mía a un lado y busco el significado de Charlie. No consigo nada que podría ser perlas. Después de unos minutos, ella suspira y dice—: Intenta con Margaret. Mi segundo nombre.

Busco el nombre Margaret y leo los resultados en voz alta.

—Margaret, del término griego que significa *perla*.

Dejo mi teléfono abajo. No sé por qué parece como si hubiese ganado una apuesta, pero me siento victorioso.

—Es algo bueno que me estés dando un nuevo nombre —dice, indiferente.

Un nuevo nombre mi trasero.

Pongo mi plato delante de mí y tomo una fritura francesa. La señalo y guiño. —Estamos marcados. Tú y yo. Estamos tan *enamorados*, Charlie. ¿Todavía lo sientes? ¿Hago que tu corazón se acelere?

—Estos no son *nuestros* tatuajes —dice.

Niego. —Marcados —repito. Levanto el dedo índice como si estuviera haciendo un gesto por encima de su hombro—. Justo allí. Permanentemente. Por siempre.

—Dios —gime—. Cállate y come tu maldita hamburguesa.

Como. Como toda la cosa con una sonrisa arrogante.

—¿Ahora qué? —pregunto, echándome hacia atrás en mi asiento. Ella apenas tocó la comida y estoy bastante seguro de que acabo de romper un récord con la rapidez en que me comí la mía.

Me mira y por el temor en su expresión, veo que ya sabe lo que quiere hacer a continuación, pero simplemente no quiere tocar el tema.

—¿Qué es?

Estrecha los ojos. —No quiero que respondas con un comentario sabelotodo a lo que estoy a punto de sugerir.

—No, Charlie —digo inmediatamente—, no nos vamos a fugar esta noche para casarnos. Por ahora, los tatuajes son un compromiso suficiente.

No rueda los ojos con mi broma. Suspira, derrotada, y se inclina hacia atrás en su asiento.

Odio su reacción. Me gusta mucho más cuando ella me rueda los ojos.

Me estiro por encima de la mesa y cubro su mano con la mía, frotando su pulgar con el mío. —Lo siento —digo—. El sarcasmo hace que todo esto se sienta un poco menos aterrador. —Aparto mi mano de la suya—. ¿Qué querías decir? Te escucho. Lo prometo. Palabra de leñador.

Se ríe y rueda los ojos, por lo que me encuentro aliviado. Me mira y se mueve en su asiento, luego comienza a jugar con su sorbete, de nuevo. —Pasamos *algunas* tiendas de tarot. Creo que tal vez deberíamos someternos a una lectura de cartas.

Ni siquiera me sobresalto por su comentario. Simplemente asiento y saco la billetera de mi bolsillo. Pongo suficiente dinero en la mesa para cubrir nuestra cuenta y luego me levanto. —De acuerdo —le digo, alcanzando su mano.

En realidad *no* estoy de acuerdo, pero me siento mal. Estos dos últimos días han sido agotadores y sé que se encuentra cansada. Lo menos que puedo hacer es facilitarle más esto, a pesar de saber que estas brujas de mierda no nos van a aclarar nada.

Pasamos algunas tiendas de tarot durante nuestra búsqueda, pero Charlie niega cada vez que señalo una. No me encuentro seguro de lo que busca, pero me gusta caminar por las calles con ella, así que no me quejo. Está sosteniendo mi mano, y algunas veces pongo un brazo a su alrededor y la acerco a mí cuando el camino es demasiado estrecho. No sé si se dio cuenta, pero nos he conducido, innecesariamente, por muchos de estos caminos estrechos. Lo hago cada vez que veo una gran multitud. Después de todo, sigue siendo mi plan B.

Luego de aproximadamente media hora más de caminata, parece que llegamos al final del barrio francés. La multitud disminuye, dándome menos excusas para jalarla hacia mí. Ya cerraron algunas de las tiendas que pasamos. Llegamos a la calle St. Philip cuando se detiene en frente de la ventana de una galería de arte.

Me paro junto a ella y miro las exhibiciones iluminadas dentro del edificio. Hay partes del cuerpo de plástico suspendidas en el techo, y un gigantesco acuario de metal adherido a las paredes. La exhibición principal, la cual se encuentra directamente en frente de nosotros, es sólo un pequeño cadáver, usando un collar de perlas.

Ella golpetea sus dedos contra el vidrio y señala al cadáver. —Mira —dice—, soy yo. —Se ríe y mueve su atención a otro lugar dentro de la tienda.

Ya no miro el cadáver. Ya no miro dentro de la tienda.

La miro a ella.

Las luces del interior de la galería iluminan su piel, dándole un brillo que la hace lucir como un ángel. Quiero pasar mi mano por su espalda y sentir sus alas.

Sus ojos se mueven de un objeto a otro mientras estudia todo por la ventana. Se encuentra mirando cada pieza con desconcierto. Hago una nota mental para traerla de vuelta aquí cuando esté abierto. No puedo imaginar cómo lucirá cuando sea capaz de tocar una de las piezas.

Mira por la ventana unos minutos más y yo continúo mirándola. Sólo que ahora he dado dos pasos y me encuentro parado justo detrás de ella. Quiero ver su tatuaje, otra vez, ahora que sé lo que significa. Envuelvo la mano alrededor de su cabello y lo muevo hacia adelante, sobre su hombro. Medio espero que se dé vuelta y aleje mi mano de un golpe, pero en cambio, inhala rápidamente y baja la mirada a sus pies.

Sonrío, recordando lo que sentí cuando pasó sus dedos por mi tatuaje. No sé si le hago sentir lo mismo, pero sigue parada, permitiendo que mis dedos se deslicen dentro del cuello de su camisa, otra vez.

Trago saliva, lo que se siente como tres latidos completos. Me pregunto si siempre tuvo este efecto en mí.

Bajo su camisa, revelando el tatuaje. Una punzada se dispara por mi estómago, porque odio que no tengamos este recuerdo. Quiero recordar la discusión que tuvimos cuando decidimos hacer permanente la decisión. Quiero recordar quien formuló la idea. Quiero recordar como lucía mientras la aguja perforaba su piel por primera vez. Quiero recordar cómo nos sentimos cuando acabó.

Recorro el contorno de los árboles con mi pulgar mientras curvo el resto de mi mano sobre su hombro, sobre su piel cubierta de piel de gallina. Inclina la cabeza de lado y un pequeño gemido escapa de su garganta.

Cierro fuertemente los ojos. —¿Charlie? —Mi voz es como lija. Me aclaro la garganta para suavizarla—. Cambié de idea —digo, rápidamente—. No quiero darte un nuevo nombre. Como que ahora amo a tu viejo tú.

Espero.

Espero su respuesta sarcástica. Su risa.

Espero que me aparte la mano de su nuca.

No consigo ninguna reacción de su parte. Nada. *Lo cual significa que obtengo todo.*

Dejo mi mano en su espalda mientras la rodeo lentamente. Ahora me encuentro parado entre ella y la ventana, pero tiene los ojos fijos en el suelo. No levanta la mirada hacia mí, porque sé que no le gusta sentirse débil. Y ahora mismo, la hago sentir débil. Llevo la mano libre a su barbilla y le rozo el mentón, inclinando su cara hacia la mía.

Cuando cerramos los ojos, siento como si me encontrara con una nueva faceta suya. Un lado sin resolver. Un lado vulnerable. Uno que se permite sentir algo. Quiero sonreír y preguntarle que se siente estar enamorado, pero sé que provocarla en este momento le molestaría y se alejaría, y no puedo dejar que pase eso. Ahora no. No cuando por fin consigo registrar un recuerdo real con todas las numerosas fantasías que he tenido con su boca.

Desliza la lengua por su labio inferior, provocando que los celos revoloteen en mí, porque quería ser quien le hiciera eso.

De hecho... creo que lo haré.

Comienzo a bajar la cabeza, justo cuando presiona las manos contra mis antebrazos. —Mira —dice, señalando el edificio de al lado. La luz intermitente ha robado su atención y quiero maldecir al universo por el simple hecho de que un *foco* interfiera con el que iba a convertirse en el favorito de mis pocos recuerdos.

Sigo su mirada a un cartel que no luce nada diferente a todos los otros del tarot que hemos pasado. Lo único diferente sobre este, es que arruinó complementemente mi momento. Y *maldita sea*, era un buen momento. Un *gran* momento. Uno que sé que Charlie también sintió, y no sé cuánto tiempo me tomará recuperarlo.

Ahora camina en dirección a la tienda. La sigo como un cachorro enamorado.

El edificio no tiene distintivo y me pregunto qué era la desconocida y estúpida luz que la apartó de mi boca. Las únicas palabras indicando que esto es una tienda eran los carteles de "Prohibido cámaras" pegadas en todas las ventanas oscurcidas.

Charlie coloca la mano en la puerta y la abre. La sigo al interior y de pronto nos hallamos parados en lo que parece ser el centro de una tienda turística de regalos vudú. Hay un hombre de pie detrás de una caja registradora y un par de personas vagando por los pasillos.

Trato de captar todo mientras sigo a Charlie a través de la tienda. Ella toca todo, las piedras, los huesos, los frascos de muñecos vudú en miniatura. Caminamos silenciosamente por cada pasillo hasta llegar a la pared del fondo.

Charlie se detiene en seco, me agarra la mano y señala un cuadro en la pared. — Esa puerta —dice—. Mira el cuadro en la puerta. Es el que cuelga en mi pared.

—¿Los puedo ayudar?

Giramos y nos encontramos con la mirada de un hombre alto —*muy alto*—, con unos aros expansores en las orejas y otro común en el labio.

Quiero pedirle disculpas e irnos lo más rápido que podamos, pero Charlie tiene otros planes. —¿Sabes que guarda esta puerta? ¿La que tiene el cuadro? —le pregunta, señalando sobre su hombro. La mirada del hombre se eleva al marco del cuadro y se encoje de hombros.

—Debe ser nueva —dice—. Nunca antes la había notado. —Me mira, arqueando una ceja adornada con múltiples aros. Uno de ellos es un pequeño... ¿hueso? ¿Era un hueso atravesando su ceja?—. ¿Buscan algo en particular?

Niego y empiezo a responder, pero mis palabras son interrumpidas por alguien más.

—Se encuentran aquí para verme. —A nuestra derecha, una mano aparece a través de una cortina. Sale una mujer, y Charlie inmediatamente se desliza contra mí. Paso mi brazo a su alrededor. No sé por qué permite que este lugar la asuste. No parece el tipo de persona que cree en esta clase de cosas, pero no me quejo. Una Charlie asustada significa un Silas muy suertudo.

—Por aquí —dice la mujer, haciendo señas para que la sigamos. Empiezo a protestar, pero luego me recuerdo que los lugares como este... se tratan de la teatralidad. Es Halloween los trescientos sesenta y cinco días del año. Ella sólo está interpretando un papel. No es diferente a Charlie y a mí, pretendiendo ser dos personas que no somos.

Charlie levanta la mirada hacia mí, pidiendo permiso silenciosamente para seguirla. Asiento y seguimos a la mujer a través de la cortina de —*toco una de las cuentas y miro más cerca*— huesos de plástico. *Lindo detalle.*

La habitación es pequeña y todas las paredes están cubiertas con cortinas de terciopelo negro y grueso. Hay velas alumbrando la habitación, destellos de luz reflejando las paredes, el piso, a nosotros. La mujer toma asiento en una mesa pequeña en el centro de la habitación y nosotros nos sentamos en dos sillas frente a ella. Mantengo la mano de Charlie firmemente envuelta en la mía mientras nos sentamos.

La mujer empieza a barajar lentamente las cartas del tarot. —¿Supongo que es una lectura conjunta? —pregunta.

Asentimos. Le da a Charlie la baraja de cartas y le pide que las agarre. Las toma y sujeta sus manos entorno a ellas. La mujer mueve su cabeza hacia mí. —Los dos, agárrenlas.

Quiero rodar los ojos, pero en vez de eso, estiro la mano sobre Charlie y la coloco en la baraja con la de ella.

—Necesitan querer lo mismo de esta lectura. Algunas veces, cuando no hay cohesión, las lecturas múltiples pueden cruzarse. Es importante que su objetivo sea el mismo.

Charlie asiente. —Lo son. Lo es.

Odio la desesperación en su voz, como si en realidad fuéramos a conseguir una respuesta. *Seguramente no cree en esto.*

La mujer se estira para tomar las cartas de nuestras manos. Sus dedos rozan los míos y están helados. Tiro mi mano hacia atrás y agarro la de Charlie, moviéndola a mi regazo.

Comienza a poner cartas sobre la mesa, una por una. Todas se hallan boca abajo. Cuando termina, me pide que saque una de la baraja. Cuando se la entrego, la aparta de las demás y la señala. —Esta carta les dará las respuestas, pero las otras explican el camino a su pregunta.

Pone los dedos en la carta del centro. —Esta posición representa su situación actual. —Le da vuelta.

—¿Muerte? —susurra Charlie. Su mano se aprieta entorno a la mía.

La mujer la mira y ladea la cabeza. —No es algo malo necesariamente —dice—. La carta de la muerte representa un cambio importante. Una reforma. Han experimentado una pérdida de ese tipo.

Toca otra carta. —Esta posición representa el pasado inmediato. —Le da la vuelta y antes de mirarla, puedo ver que sus ojos se estrechan. Mis ojos caen a la carta. *El Diablo.*

—Esto indica que algo o alguien los esclavizaba en el pasado. Podría representar una serie de cosas cercanas a ustedes. Influencia paterna. Una relación no saludable. —Sus ojos se encuentran con los míos—. Las cartas invertidas reflejan una influencia negativa, y aunque representa el pasado, también puede significar algo que se encuentra en transición actualmente. —Sus dedos se caen a otra carta—. Esta representa su futuro inmediato. —Desliza la carta hacia ella y le da la vuelta. Un jadeo silencioso sale de su boca y siento estremecerse a Charlie. Le echo un vistazo y se encuentra mirando fijamente a la mujer, esperando una explicación. Se ve aterrorizada.

No sé a qué está jugando esta mujer, pero empieza a molestarme...

—¿La carta de la Torre? —dice Charlie—. ¿Qué significa?

La mujer voltea la carta de nuevo como si fuera la peor de la baraja. Cierra los ojos y suelta un suspiro. Sus ojos se abren de golpe, y mira directamente a Charlie. —Significa... destrucción.

Ruedo los ojos y me alejo de la mesa. —Charlie, vamos a salir de aquí.

Me mira suplicante. —Casi terminamos —dice.

Cedo y me acerco a la mesa.

La mujer da la vuelta a dos cartas más, explicándoselas a Charlie, pero yo no escucho nada de lo que dice. Mis ojos vagan por la habitación mientras trato de ser paciente y dejarla acabar, pero siento que perdemos el tiempo.

La mano de Charlie empieza a apretar muy fuerte la mía, así que regreso mi atención a la lectura. Los ojos de la mujer se encuentran cerrados fuertemente, y sus labios se mueven. Murmura palabras que no puedo descifrar.

Charlie se desliza más cerca de mí, e instintivamente envuelvo un brazo a su alrededor. —Charlie —susurro, haciendo que me mire—. Es teatro. Le pagan para hacer esto. No tengas miedo.

Mi voz debe haber roto su trance convenientemente cronometrado. Golpea la mesa, tratando de llamar nuestra atención como si no hubiese estado delirando el último minuto y medio.

Sus dedos caen a la carta que saqué de la baraja. Sus ojos se encuentran con los míos, y luego se mueven a los de Charlie. —Esta —dice lentamente—, es su carta de resultado. Combinada con las otras de la lectura, les da la respuesta a por qué se hallan aquí. —Voltea la carta.

La mujer no se mueve. Sus ojos se encuentran fijos en la carta bajo sus dedos. Repentinamente, la habitación se vuelve silenciosa, y como si fuera una señal, una de las velas pierde su llama. *Otro lindo detalle, pienso.*

Bajo la mirada a la carta de resultado. No hay ninguna palabra. Ningún título. Ninguna imagen.

La carta se encuentra en blanco.

Siento que Charlie se pone rígida en mis brazos, mientras mira la carta en blanco sobre la mesa. Me levanto e intento sacarla. —Esto es ridículo —digo, fuertemente, golpeando accidentalmente mi silla.

No me enoja que la mujer trate de asustarnos. Es su trabajo. Me encuentro molesto porque está asustando *de verdad* a Charlie.

Tomo su rostro en mis manos y la miro a los ojos. —Ella puso esa carta para asustarte, Charlie. Todo esto es una mierda. —Tomo sus manos y empiezo a girarla hacia la salida.

—No hay cartas en blanco en mi baraja del tarot —dice la mujer.

Detengo mis pasos y me vuelto para mirarla. No por lo que dijo, sino por la forma en que lo dijo. Sonaba asustada.

¿Asustada por nosotros?

Cierro los ojos y exhalo. *Es una actriz, Silas. Tranquilízate.*

Abro la puerta y saco a Charlie. No paro de caminar hasta que rodeamos el edificio y estamos en otra calle. Cuando nos hallamos lejos de la tienda y lejos de la maldita señal intermitente, paro de caminar y la atraigo hacia mí. Envuelve los brazos alrededor de mi cintura y entierra la cabeza en mi pecho.

—Olvídate de todo eso —le digo, frotando círculos tranquilizantes por su espalda—. Adivinación del futuro, lecturas de cartas del tarot... es ridículo, Charlie.

Aparta la cara de mi camisa y me mira. —Sí. ¿Ridículo como el hecho de que los dos despertamos en la escuela sin ningún recuerdo de lo que somos?

Cierro los ojos y me aparto de ella. Paso las manos por mi cabello, ya que me alcanza la frustración del día. Puedo tomar todo esto a la ligera con mis chistes. Puedo desestimar sus teorías —desde lecturas de tarot a cuentos de hadas— simplemente porque no tiene sentido para mí. Pero tiene razón. Nada de esto tiene sentido. Y cuanto más tratamos de descubrir el misterio, más siento que perdemos el maldito tiempo.

13

Charlie

*Traducido por Juli**Corregido por Vanessa Farrow*

Frunce los labios y niega con la cabeza. Quiere salir de aquí. Puedo sentir su nerviosismo.

—Tal vez deberíamos regresar y hacerle preguntas más detalladas —le sugiero.

—De ninguna manera —dice—. No voy a hacerlo otra vez. —Empieza a alejarse, y considero regresar yo sola. Estoy a punto de dar mi primer paso hacia la tienda cuando giran el cartel de “Abierto” en la ventana. De repente, la tienda queda en la oscuridad. Me muerdo el interior de la mejilla. Puedo volver cuando Silas no esté conmigo. Tal vez ella me hablaría más.

—¡Charlie! —exclama.

Corro detrás de él hasta que caminamos a la par otra vez. Podemos ver nuestras respiraciones. ¿Cuándo se puso tan frío? Me froto las manos.

—Tengo hambre —le digo.

—Siempre tienes hambre. Nunca he visto que alguien tan pequeño comiera tanto.

Esta vez no se ofrece a darme de comer, así que continúo caminando a su lado. —¿Qué acaba de pasar ahí? —pregunto. Trato de hacer una broma al respecto, pero mi estómago se siente raro.

—Alguien trató de asustarnos. Eso es todo.

Miro a Silas. En general, todo tranquilo, excepto por los hombros, que están tensos. —Pero ¿y si ella tiene razón? ¿Y si no había tarjetas en blanco en su mazo de tarot?

1
10

—No —dice—. Simplemente no.

Me muerdo el labio y esquivo a un hombre que baila hacia atrás por la acera.

—No entiendo cómo puedes ignorar algo tan fácilmente, teniendo en cuenta nuestras circunstancias —digo entre dientes—. ¿No crees...?

—¿Por qué no hablamos de otra cosa? —dice Silas.

—Claro, como... ¿Qué vamos a hacer este fin de semana? ¿O qué tal si hablamos de lo que hicimos el último fin de semana? O tal vez de... —Me golpeo la frente con la mano—. La cafetería Electric Crush. —¿Cómo pude olvidarme de eso?

—¿Qué? —pregunta Silas—. ¿Qué es eso?

—Estuvimos allí. Tú y yo, el fin de semana pasado. Encontré un recibo en el bolsillo de los vaqueros. —Silas me observa relatar todo esto con una mirada de molestia leve en el rostro—. Anoche llevé a Janette a cenar allí. Me reconoció un camarero.

—¡Oye! —grita por encima de mi hombro—. ¡Si la tocas con eso, te voy a romper por la mitad!

Echo un vistazo detrás de mí y veo a un hombre apuntando un dedo de gomaespuma a mi trasero. Retrocede cuando ve la cara de Silas.

—¿Por qué no me lo dijiste? —dice Silas en voz baja, dirigiendo su atención a mí—. Eso no es como las lecturas del tarot, es algo importante.

—No lo sé. Quise...

Me agarra la mano, pero esta vez no es por el placer de presionar nuestras palmas. Me arrastra por la calle con una mano mientras escribe algo en su teléfono con la otra. Estoy impresionada y a la vez, un poco molesta porque me haya hablado de ese modo. Puede que hayamos tenido algo en nuestra otra vida, pero en esta, ni siquiera sé su segundo nombre.

—Es en la calle North Rampart —digo, amablemente.

—Sí.

Está molesto. Me gusta un poco esa sensación. Pasamos por un parque con una fuente. Los vendedores ambulantes han puesto sus obras de arte a lo largo de la valla; y nos miran a medida que los pasamos. Un paso de Silas son tres míos. Tengo que trotar para igualar su ritmo. Seguimos caminando hasta que me duelen los pies y al final, doy un tirón para liberar mi mano de la suya.

Se detiene y se da la vuelta.

No sé qué decir, ni por qué estoy enojada, así que pongo las manos en mis caderas y lo miro.

—¿Qué te pasa? —dice.

—¡No sé! —grito—. ¡Pero no puedes simplemente arrastrarme por toda la ciudad! No puedo caminar tan rápido como tú y me duelen los pies.

Esto se siente familiar. ¿Por qué se siente familiar?

Mira hacia otro lado y puedo ver los músculos que están trabajando en su mandíbula. Se vuelve hacia mí y todo sucede rápidamente. Da dos pasos y me levanta. Luego vuelve a su caminata, en tanto reboto ligeramente en sus brazos. Después de mi grito inicial, me acomodo y envuelvo los brazos alrededor de su cuello. Me gusta estar aquí, donde puedo oler su colonia y tocar su piel. No recuerdo haber visto perfume entre las cosas de Charlie, y dudo que yo hubiera pensado en ponerme algo. *¿Qué dice eso de Silas?* Que en el medio de todo esto, pensó en tomar una botella y rociarse colonia en el cuello antes de salir de la casa esta mañana. ¿Siempre fue el tipo de persona que se preocupaba por las pequeñas cosas, como oler bien?

Mientras pienso en esto, Silas se detiene para preguntarle a una mujer que se ha caído en la calle si se encuentra bien. Está borracha y desarreglada. Cuando intenta ponerse de pie, pisa el dobladillo de su vestido y vuelve a caerse. Silas me deja en la acera y se va a ayudarla.

—¿Estás sangrando? ¿Te hiciste daño? —pregunta. La ayuda a ponerse de pie y la lleva de vuelta a donde estoy esperando. Ella arrastra las palabras y le da una palmadita en la mejilla, y me pregunto si él sabía que ella no tenía hogar cuando fue a ayudarla. Yo no la tocaría. Huele mal. Doy un paso lejos de los dos, y lo veo observarla. Está preocupado. Continúa mirándola hasta que se va tambaleando por la calle de al lado, y luego gira la cabeza para encontrarme.

En este momento, es tan claro para mí quién es Charlie. No es tan buena como Silas. Y lo ama porque él es tan diferente a ella. Tal vez por eso se fue con Brian, porque no podía vivir a la altura de Silas.

Al igual que yo no puedo.

Él me sonríe a medias, y creo que le avergüenza que lo haya visto siendo solidario. —¿Lista?

Quiero decirle que lo que hizo fue agradable, pero esa es una palabra muy tonta para la bondad. Cualquiera puede pretender ser agradable. Lo que hizo Silas fue innato. Amabilidad pura. No he tenido ningún pensamiento de ese tipo. Pienso

en la chica de la clase, cuando esa primera mañana, se le cayeron los libros a mis pies. Me miró con miedo. No esperaba que yo la ayudara. Y más. ¿Qué más?

Silas y yo caminamos en silencio. Él mira su teléfono cada pocos minutos para asegurarse de que vamos en la dirección correcta y yo compruebo su rostro. Me pregunto si así se siente un flechazo. Si ver a un hombre que ayuda a una mujer debe provocar este tipo de sentimientos. Y luego estamos aquí. Señala al otro lado de la calle y asiento.

—Sí, es aquí.

Pero no lo parece. La cafetería se ha transformado desde que estuve aquí con Janette. Es ruidoso y alborotado. Hay hombres fumando en la acera; y se separan para abrírnos camino. Puedo sentir el bajo en mis tobillos cuando nos paramos junto a las puertas. Se abren para nosotros al mismo tiempo que se va un grupo. Una niña camina junto a mí, riendo y su chaqueta rosa de piel roza contra mi cara. En el interior, las personas defienden su espacio golpeándose con los codos y las caderas. La gente nos mira mientras pasamos a su lado. *Este es mi espacio, retrocede. Estoy esperando al resto de mi grupo, sigue moviéndote.* Rodeamos los pocos asientos vacíos con la intención de adentrarnos más en el edificio. Nos abrimos paso entre la multitud, caminando de lado, y encogiéndonos cuando las carcajadas estallan junto a nosotros. Una bebida se derrama en mis zapatos, y alguien se disculpa. Ni siquiera sé quién es, porque está muy oscuro. Y entonces nos llama alguien.

—¡Silas! ¡Charlie! ¡Por aquí!

Un chico y... ¿quién era esa chica que me recogió esta mañana? ¿Annie... Amy?

—Hola —dice ella, cuando nos acercamos—. No puedo creer que hayas regresado aquí después de la semana pasada.

—¿Por qué no lo haríamos? —pregunta Silas.

Tomo el asiento que se me ofrece y los miro a los tres.

—Golpeaste a un sujeto, tiraste un par de mesas ¿y te preguntas por qué no deberías volver? —dice el chico, riendo. Creo que es el novio de Annie / Amy por la forma en que la mira; como si compartieran algo. Tal vez, la vida.

Es la forma en que nos miramos Silas y yo. Salvo que de verdad compartimos algo.

—Te comportaste como un idiota —dice ella.

—Amy —dice el chico—. No.

¡Amy!

Quiero saber más sobre esta persona a la que Silas le dio un puñetazo.

—Se lo merecía —le digo. Amy levanta las cejas y niega con la cabeza. Tiene miedo de decir lo que está pensando porque se aleja. Después lo intento con su novio—. ¿No lo crees? —pregunto, luciendo inocente. Se encoge de hombros. Va a sentarse al lado de Amy. *Todos me tienen miedo, pienso, pero ¿por qué?*

Pido una Coca-Cola. Cuando lo oye, Amy gira de golpe la cabeza para mirarme.

—¿Coca-Cola normal? ¿De dieta no?

—¿Me veo como si necesitara beber de dieta? —espeto. Ella se encoge. Sinceramente, no sé de dónde salió eso. Ni siquiera sé cuánto peso. Decido callarme y dejar que Silas haga el trabajo de detective antes de que ofenda a alguien más. Él se sienta al lado del novio de Amy y comienzan a hablar. La música hace que sea imposible escuchar a escondidas, y Amy hace todo lo posible para no mirarme, así que observo a la gente. La gente... todos tienen recuerdos... saben quiénes son. Estoy celosa.

—Vamos, Charlie. —Silas está de pie junto a mí, esperando. Amy y su novio nos miran desde el otro lado de la mesa. Es una gran mesa, por lo que me pregunto quién más se unirá a ellos y cuántas de esas personas me odian.

Una vez que estamos de nuevo en la calle, se aclara la garganta.

—Me metí en una pelea.

—Me enteré —le digo—. ¿Te dijeron quién era?

—Sí.

Espero y, cuando no ofrece la información, le digo—: ¿Y bueno...?

—Golpeé al propietario. El padre de Brian.

Muevo la cabeza bruscamente. —¿Qué diablos?

—Sí —dice. Se frota la barba en su barbilla, pensativo—. Porque dijo algo de ti...

—¿De mí? —Tengo una sensación de malestar en el estómago. Sé lo que viene, pero a la vez no.

—Me dijo que te dio un trabajo como camarera...

Bueno, eso no es tan malo. Necesitamos el dinero.

—Porque eras la chica de Brian. Así que le di un puñetazo, supongo.

—Maldita sea.

—Sí. Ese chico, Eller, me dijo que teníamos que irnos antes de que el padre de Brian llamara a la policía.

—¿A la policía? —repito.

—Supongo que el papá de Brian y el mío han trabajado juntos en algunas cosas. Debido a ello, la semana pasada estuvo de acuerdo en no presentar cargos, pero supongo que no debo volver allí. Landon también ha estado llamando y buscándome. Al parecer, mi padre se pregunta por qué me fui de la práctica. Todo el mundo está muy enojado por eso.

—Ups —le digo.

—Sí, ups. —Lo dice como si no le importara.

En silencio, volvemos por donde hemos venido. Pasamos a un par de artistas de la calle que no noté antes. Dos de ellos parecen una pareja. El hombre está tocando la gaita mientras la mujer hace dibujos en la acera con tiza de colores. Caminamos sobre los dibujos, y los dos bajamos la cabeza, examinando. Silas saca su cámara y toma unas cuantas fotos mientras yo la observo convertir unas pocas líneas en una pareja besándose.

Una pareja besándose. Eso me recuerda.

—Necesitamos un beso —le digo.

Casi se le cae el teléfono. Sus ojos son grandes cuando me mira.

—Para ver si pasa algo... como en los cuentos de hadas de los que hablamos.

—Oh —dice—. Sí, claro. Bueno. ¿Dónde? ¿Ahora?

Ruedo los ojos y me alejo de él, hacia una fuente cerca de una iglesia. Silas me sigue. Quiero ver su cara, pero no lo miro. Esto es una tarea. No puedo convertirlo en otra cosa. Es un experimento. Eso es todo.

Cuando llegamos a la fuente, los dos nos sentamos en el borde de la misma. No quiero hacerlo de esta manera, así que me pongo de pie y lo enfrento.

—Está bien —le digo, colocándome delante de él—. Cierra los ojos.

Los cierra, pero hay una amplia sonrisa en su rostro.

—Mantenlos cerrados —instruyo. No quiero que me vea. Apenas sé cómo luzco; no sé si mi cara se contorsiona bajo presión.

Su cabeza está inclinada hacia arriba, y la mía hacia abajo. Pongo las manos sobre sus hombros y siento sus manos en mi cintura cuando me atrae más cerca,

entre sus rodillas. Sus manos se deslizan hacia arriba sin previo aviso, rozando mi estómago con los pulgares y luego los mueve rápidamente hasta la parte inferior de mi sujetador. Mi estómago se tensa.

—Lo siento —dice—. No puedo ver lo que estoy haciendo.

Esta vez sonrío y me alegro de que no pueda ver mi reacción. —Pon tus manos en mi cintura —ordeno.

Las pone demasiado abajo y ahora sus manos están en mi culo. Aprieta un poco, y le golpeo el brazo.

—¿Qué? —Se ríe—. ¡No puedo ver!

—Arriba —le digo. Las desliza un poco más alto, pero lentamente. Siento un hormigueo hasta en los dedos de mis pies—. Más arriba —le digo, de nuevo.

Las sube apenas unos centímetros. —Esto...

Antes de que pueda terminar la frase, inclino mi cara hacia abajo y lo beso. Al principio está sonriendo, aún en medio de su jueguito, pero cuando siente mis labios, su sonrisa se desvanece.

Su boca es suave. Levanto las manos a su rostro y lo acuno cuando él me acerca más, envolviendo los brazos alrededor de mi espalda. Lo beso desde arriba y él desde abajo. En un primer momento, espero simplemente darle un besito. Eso es lo que siempre muestran en los cuentos de hadas; un beso rápido y la maldición se ha roto. Si esto fuera a funcionar, ya habríamos recuperado nuestros recuerdos. El experimento debería haber acabado, pero ninguno de nosotros se detiene.

Me besa con labios suaves y una lengua firme. No es descuidado ni húmedo, se mueve dentro y fuera de mi boca sensualmente mientras sus labios chupan suavemente los míos. Paso los dedos por su nuca y su cabello, y entonces se pone de pie, obligándome a dar un paso atrás y cambiar de posición. Hago un buen trabajo en ocultar mi jadeo.

Ahora lo estoy besando desde abajo y él desde arriba. Pero me sostiene contra él, con el brazo alrededor de mi cintura y su mano libre enroscada en mi nuca. Me aferro a su camisa, mareada. Labios suaves... lengua entre mis labios... la presión en mi espalda... algo se presiona entre nosotros y me hace sentir una explosión de calor. Me alejo, jadeando.

Me quedo mirándolo, y él también me mira.

Algo ha sucedido. No han despertado nuestros recuerdos, sino algo más que nos hace sentir borrachos.

Y sucede que estoy aquí, con ganas de que me bese de nuevo, y esto es exactamente lo que no tiene que suceder. Vamos a querer más de este nuevo “nosotros” y perderemos el foco.

Se pasa una mano por la cara como si así fuera a recuperar la sobriedad. Sonríe. —No me importa cuál fue nuestro primer beso real —dice—. Este es el que quiero recordar.

Me quedo mirando su sonrisa el tiempo suficiente para recordarla, y luego giro y me alejo.

—¡Charlie! —grita.

Lo ignoro y sigo caminando. Eso fue una estupidez. ¿En qué pensaba? Un beso no va a recuperar los recuerdos. Esto no es un cuento de hadas.

Me agarra del brazo. —Oye. Para. —Y luego—: ¿Qué piensas?

Sigo caminando por la dirección en la que vinimos. —Estoy pensando en que tengo que llegar a casa. Tengo que asegurarme de que Janette ha comido la cena... y...

—Sobre *nosotros*, Charlie.

Puedo sentir su mirada fija. —No hay un *nosotros* —le digo. Llevo mi mirada hacia él—. ¿No has oído? Obviamente habíamos roto y yo salía con Brian. Su padre me dio un trabajo. Yo...

—Hubo un nosotros, Charlie. Y Mierda, puedo ver por qué.

Niego con la cabeza. *No podemos perder el foco*. —Ese fue tu primer beso —le digo—. Podría sentirse así con cualquiera.

—¿Entonces tú también lo sentiste así? —pregunta, corriendo para ponerse delante de mí.

Considero decirle la verdad. Que si yo estuviera muerta como Blancanieves y él me besara así, sin duda mi corazón volvería a latir. Que mataría a dragones por ese beso.

Pero no tenemos tiempo para besos como esos. Tenemos que averiguar lo que ha pasado y cómo revertirlo.

—No sentí nada —le digo—. Fue sólo un beso y no funcionó. —*Una mentira que me quema las entrañas*—. Tengo que irme.

—Charlie...

—Te veré mañana. —Levanto una mano por encima de mi cabeza y la sacudo porque no quiero darme la vuelta y mirarlo. Me asusta. Quiero estar con él,

pero no es una buena idea. No hasta que sepamos más de esto. Creo que va a seguirme, así que le hago señas a un taxi. Abro la puerta y miro a Silas para demostrarle que estoy bien. Asiente, y luego levanta su teléfono para tomarme una foto. *La primera vez que me dejó*, debe estar pensando. Luego entierra sus manos en los bolsillos y gira en la dirección de su coche.

Espero hasta que pase la fuente antes de inclinarme para hablar con el conductor. —Lo siento, he cambiado de opinión. —Cierro la puerta y me dirijo a la acera. No tengo dinero para un taxi. Voy a volver a la cafetería y le pediré un aventón a Amy.

El taxista se aleja rápidamente y me escapo por una calle diferente para que no me vea Silas. Necesito estar sola. Necesito pensar.

14

Silas

*Traducido por ElyCasdel & evanescita**Corregido por Alessa Masllentyle*

Otra noche de sueño de mierda. Pero esta vez, mi carencia de sueño no fue porque me preocupaba por mí, ni por lo que hizo que Charlie y yo perdiéramos nuestros recuerdos. Mi carencia de sueño fue estrictamente porque tenía dos cosas en la mente: nuestro beso, y la reacción de Charlie.

No sé por qué se alejó, o por qué prefirió tomar un taxi a ir conmigo. Sé, por la forma en que respondió durante el beso que sentía lo mismo que yo. Por supuesto que no fue como los besos en los cuentos de hadas que terminan con el hechizo, pero no creo que alguno de nosotros lo haya esperado. No me encuentro seguro de si en realidad teníamos alguna expectativa para el beso, sólo un poco de esperanza.

Lo que no esperaba era que todo lo demás quedará en segundo plano una vez que sus labios se presionaran contra los míos. Pero eso es exactamente lo que pasó. Dejé de pensar en las razones del beso y todo lo que pasamos durante el día. Lo único que podía pensar era en cómo apretó mi camisa en su puño, acercándose, queriendo más. Podía escuchar las pequeñas bocanadas de aire que inhalaba entre besos, porque tan pronto como nuestras bocas se encontraron, ambos nos hallábamos sin aliento. Y hasta cuando detuvo el beso y se alejó, pude seguir viendo su mirada aturdida y la forma en que sus ojos se demoraban en mi boca.

Pero a pesar de ello, seguía alejándose. Pero si he aprendido algo de Charlie en estos últimos dos días, es que hay una razón para cada movimiento suyo. Y en general, es una buena razón, por eso no intenté detenerla.

1
19

Mi teléfono recibe un mensaje de texto, y casi caigo mientras salgo tambaleante de la ducha para alcanzarlo. No he sabido de ella desde que nos separamos anoche, y mentiría si dijera que no he comenzado a preocuparme.

Mi esperanza me abandona cuando veo que el mensaje no es de Charlie. Es del chico al que le hablé anoche, Eller.

Eller: *Amy quiere saber si Charlie vino contigo a la escuela. No está en casa.*

Cierro el grifo, a pesar de todavía ni siquiera haberme enjuagado. Agarro una toalla con una mano y respondo con la otra.

Yo: *No, ni siquiera he dejado la casa. ¿Intentaste con su celular?*

Tan pronto como envió el mensaje, marco el número de Charlie y presiono el altavoz, luego bajo el teléfono en el mostrador. Estoy vestido para el momento en que responde el buzón de voz.

—Mierda —murmuro y termino la llamada. Abro la puerta y me detengo en mi habitación el tiempo suficiente para ponerme los zapatos y agarrar mis llaves. Bajo las escaleras, pero me congelo antes de poder alcanzar la puerta delantera.

Hay una mujer en la cocina, y no es Ezra.

—¿Mamá?

La palabra sale de mi boca antes de darme cuenta de que estoy hablando. Se gira, y aunque sólo la reconozco por las fotos en la pared, creo que puedo sentir algo. No sé lo que es. No es amor ni reconocimiento. Simplemente me lleno de una sensación de calma.

No... es *consuelo*. Eso es lo que siento.

—Hola, cariño —dice con una brillante sonrisa que alcanza las esquinas de sus ojos. Está preparando el desayuno, o tal vez, limpiando luego de terminar el desayuno—. ¿Viste el correo que puse en tu vestidor ayer?, ¿y cómo te sientes?

Landon se parece más a ella que yo. Tiene su misma mandíbula suave. La mía es firme, como la de mi padre. Landon también se comporta del mismo modo que ella. Como si la vida hubiera sido buena con ellos.

Levanta la cabeza y luego cierra la distancia entre nosotros. —¿Silas, estás bien?

Me alejo cuando intenta tocarme la frente con su mano. —Estoy bien.

Lleva la mano a su pecho como si le ofendiera que me alejara. —Oh —dice—. De acuerdo. Bien, bueno. Ya faltaste a la escuela esta mañana y tienes un

juego esta noche. —Regresa a la cocina—. No deberías quedarte afuera tan tarde cuando estás enfermo.

Miro el dorso de su cabeza, preguntándome por qué diría eso. Esta es la primera vez que la veo desde que comenzó todo. Ezra o mi padre debieron decirle que Charlie estuvo aquí.

Me pregunto si eso le molesta. Me pregunto si ella y mi padre comparten la misma opinión de Charlie.

—Ahora me siento bien —respondo—. Anoche estuve con Charlie, por eso llegué tarde a casa.

No reacciona a mi comentario cebo. Ni siquiera me mira. Espero algunos segundos más para ver si va a responder. Cuando no lo hace, me giro y me dirijo a la puerta delantera.

Cuando llego al auto, Landon ya se encuentra en el asiento delantero. Abro la puerta trasera y lanzo mi mochila dentro. Cuando abro la del frente, él estira la mano hacia mí. —Sonó esto. Lo encontré debajo de tu asiento.

Le quito el teléfono. Es de Charlie.

—¿Dejó su teléfono en mi auto?

Landon se encoge de hombros. Miro la pantalla y hay muchas llamadas perdidas y mensajes. Veo el nombre de Brian junto con el de Amy. Intento abrirlos, pero me solicita la contraseña.

—¡Entra al maldito coche, ya vamos tarde!

Entro y pongo el teléfono en la consola mientras doy marcha atrás. Cuando lo levanto de nuevo e intento descubrir la contraseña, Landon me lo arrebató.

—¿No aprendiste nada de tu choque del año pasado? —Vuelve a poner el teléfono en la consola.

Me encuentro incómodo. No me agrada que Charlie no se llevara el teléfono con ella. No me agrada que no fuera a la escuela con Amy. Si dejó la casa antes de que llegara su amiga, ¿con quién fue a la escuela? No estoy seguro de cómo reaccionaré si descubro que se fue con Brian.

—Digo esto de la manera más amable posible —dice Landon. Observo la mirada precavida en su rostro—. Pero... ¿Charlie está embarazada?

Aprieto los frenos. Afortunadamente hay una luz frente a nosotros que se pone en rojo, así que mi reacción parece intencional.

—¿Embarazada? ¿Por qué preguntarías eso? ¿Lo escuchaste de alguien?

Sacude la cabeza. —No, es que... no sé. Intento descubrir qué demonios te pasa y esa parecía la única respuesta justificable.

—Me perdí la práctica de ayer así que por eso, ¿asumes que Charlie está embarazada?

Se ríe por lo bajo. —Es más que sólo eso, Silas. Es todo. Tus peleas con Brian, las prácticas que te has perdido toda la semana, el hecho de que abandonarás la escuela a medio día del lunes, todo el día del martes, y la mitad del miércoles. No es propio de ti.

¿Abandoné la escuela esta semana?

—Además, Charlie y tú han estado actuando raro cuando están juntos. No como de costumbre. Olvidaste recogerme luego de la escuela, te quedaste afuera después del toque de queda en una noche de escuela. Esta semana has salido mucho, y no sé si quieres decirme qué rayos pasa, pero enserio, comienza a preocuparme.

Veo la decepción en sus ojos.

Éramos unidos. Sin duda es un buen hermano, lo sé. Solía saber todos mis secretos y pensamientos. Me pregunto si normalmente compartíamos esas cosas en estos viajes hacia y desde la escuela. Me pregunto si me creería si le digo lo que pienso realmente.

—La luz está en verde —dice, mirando al frente.

Comienzo a conducir otra vez, pero no comparto mis secretos con él. No sé qué hacer ni cómo comenzar a decirle la verdad. Simplemente sé que no quiero mentirle porque no parece ser algo que haría el viejo Silas.

Cuando entro al espacio de estacionamiento, abre la puerta y sale.

—Landon —digo, antes de que cierre la puerta. Se inclina y me mira—. Lo siento. Sólo estoy teniendo una mala semana.

Asiente pensativo y vuelve su atención a la escuela. Mueve la mandíbula y luego fija sus ojos en los míos de nuevo. —Espero que tu semana mejore antes del juego de esta noche —dice—. Tienes un montón de compañeros de equipo enojados.

Cierra la puerta de golpe y camina en dirección a la escuela. Agarro el teléfono de Charle y entro.

No pude encontrarla en los pasillos, así que entré a mis primeras dos clases. Ahora me dirijo a la tercera, todavía sin saber de ella. Seguro que sólo se quedó dormida y la veré cuando tengamos clase juntos en el cuarto periodo. Pero aun así, algo no se siente bien. Todo se siente mal.

Simplemente podría estar evitándome, pero eso no parece algo propio de ella. No se esforzaría para hacerme saber que no quiere hablarme. Me lo diría en la cara.

Voy a mi casillero para encontrar mi libro de matemáticas del tercer periodo. Revisaría el suyo para ver si le falta alguno de sus libros, pero no sé la combinación del candado. Se hallaba escrito en su horario, pero se lo di ayer.

—¡Silas!

Me giro para ver a Andrew abriéndose camino entre la multitud del pasillo como un pez nadando contra la corriente. Al final se rinde y grita—: ¡Janette quiere que la llames! —Se gira y, de nuevo, se dirige a la dirección opuesta.

Janette... Janette... Janette...

¡La hermana de Charlie!

Encuentro su nombre en los contactos de mi teléfono. Responde al primer tono.

—¿Silas? —dice.

—Sí, soy yo.

—¿Charlie está contigo?

Cierro los ojos, sintiendo que el pánico comienza a establecerse en la boca de mi estómago. —No —respondo—. ¿No llegó a casa anoche?

—No —dice—. Normalmente no me preocuparía, pero siempre me dice si no viene a casa. Nunca llamó y ahora no responde a mis mensajes.

—Tengo su teléfono.

—¿Por qué tienes su teléfono?

—Lo dejó en mi auto —digo. Cierro el casillero y me dirijo hacia la salida—. Anoche nos peleamos y subió a un taxi. Pensé que iba directo a casa.

Dejo de caminar cuando se me ocurre algo. Ayer no tenía dinero para el almuerzo, lo que significa que no debió tener para irse en un taxi.

—Me voy de la escuela —le digo a Janette—. La encontraré.

Cuelgo antes de dejarla responder. Corro por el pasillo hacia la puerta que lleva al estacionamiento, pero tan pronto como doblo la esquina, me detengo en seco.

Avril.

Mierda. No es momento para esto. Intento agachar la cabeza y pasarla, pero me agarra por la manga de la camisa. Dejo de caminar y la afronto.

—Avril, ahora no puedo. —Señalo a la salida—. Tengo que irme. Es una emergencia.

Me libera la camisa y se cruza de brazos. —Ayer nunca apareciste para el almuerzo. Pensé que tal vez te retrasaste, pero cuando pasé por la cafetería, ya te encontrabas ahí. Con *ella*.

Cristo, no tengo tiempo para esto. De hecho, creo que me ahorraré cualquier futuro problema y simplemente lo terminaré ahora.

Suspiro y me paso una mano por el cabello. —Sí —digo—. Charlie y yo... decidimos arreglar las cosas.

Avril levanta la cabeza y me mira incrédula. —No, Silas. Eso no es lo que quieres, y sin duda, no va a funcionar para mí.

Miro a la izquierda, por el pasillo, y luego a la derecha. Cuando veo que no hay nadie a la vista, me acerco a ella. —Escuche, señorita Ashley —digo, procurando dirigirme a ella profesionalmente. La miro directamente a los ojos—. No creo que esté en ninguna posición de decirme cómo van a ir las cosas entre nosotros dos.

Sus ojos se entrecierran de inmediato. Permanece silenciosamente por varios segundos, como si estuviera esperando a me riera y le dijera que sólo bromeaba. Cuando no titubeo, jadea y me golpea en el pecho, quitándome del camino. El clic de sus tacones comienza a desvanecerse entre más me alejo de ella... y voy hacia la salida.

Golpeo por tercera vez en la puerta principal de Charlie cuando por fin se abre de golpe. Su madre está de pie delante de mí. Tiene el cabello revuelto y los ojos salvajes. Es como si el odio fuera arrojado de su alma en el momento que se da cuenta de que estoy aquí.

—¿Qué quieres? —espeta.

Trato de ver más allá de ella, para echar un vistazo dentro de la casa. Se mueve para bloquearme, así que señalo por encima de su hombro. —Necesito hablar con Charlie. ¿Está aquí?

Su madre sale y jala la puerta, cerrándola detrás de ella por lo que no puedo ver el interior. —Eso no es asunto tuyo —sisea—. ¡Lárgate inmediatamente de mi propiedad!

—¿Está aquí o no?

Cruza los brazos sobre el pecho. —Si no estás fuera de mi camino en cinco segundos, llamaré a la policía.

Pongo las manos en señal de derrota y gimo. —Estoy preocupado por su hija, por lo que, ¿puede poner su enojo a un lado por un minuto y decirme si está dentro, por favor?

Da dos pasos rápidos hacia mí y empuja un dedo en mi pecho. —¡No te atrevas a levantarme la voz!

Jesucristo.

La empujo y abro la puerta de una patada. Lo primero que me alcanza es el olor. El aire está viciado. Una niebla de humo de cigarrillo llena el aire y ataca mis pulmones. Aguanto la respiración mientras me dirijo a la sala de estar. Hay una botella de whisky abierta en la barra, colocada junto a un vaso vacío. El correo se halla disperso a través de la mesa —lo que parece ser el equivalente de varios días. Es como si a esta mujer ni siquiera le importara lo suficiente como para abrir nada de eso. El sobre en la parte superior de la pila se dirige a Charlie.

Me acerco para recogerlo, pero oigo que la mujer entra en la casa detrás de mí. Me dirijo por el pasillo, y veo dos puertas a la derecha y otra a la izquierda. Abro la de mi izquierda, al mismo tiempo que la madre de Charlie empieza a gritar detrás de mí. La ignoro y entro a la habitación.

—¡Charlie! —grito. Echo un vistazo alrededor de la habitación, sabiendo que no está aquí, pero aun así, con la esperanza de equivocarme. Si no se encuentra aquí, no sé dónde más buscar. No recuerdo ninguno de los lugares donde solía pasar el rato.

Pero tampoco lo recordaría Charlie, supongo.

—¡Silas! —me grita su madre desde la puerta del dormitorio—. ¡Fuera! ¡Voy a llamar a la policía! —Desaparece de la puerta, probablemente para recuperar el teléfono. Sigo mi búsqueda de... ni siquiera sé. Charlie, obviamente, no está aquí,

pero no dejo de mirar por todos lados, con la esperanza de encontrar algo que sea de ayuda.

Sé cuál es el lado de la habitación de Charlie, debido a la fotografía de la verja por encima de su cama. La que ella dijo que tomé yo.

Miro a mi alrededor en busca de pistas, pero no encuentro nada. Recuerdo que mencionó algo acerca de un ático en el armario, así que compruebo allí. Hay un pequeño agujero en la cima del mismo. Parece que usa sus estantes como escalones. —¡Charlie! —exclamo fuertemente.

Nada.

—Charlie, ¿estás ahí?

Justo cuando estoy comprobando la rigidez de la plataforma inferior con el pie, algo choca contra el costado de mi cabeza. Volteo, pero inmediatamente me agacho cuando veo a la mujer lanzarme un plato. Éste se estrella contra la pared al lado de mi cabeza. —¡Fuera! —grita. Busca más cosas para tirarme, así que levanto las manos en señal de rendición.

—Me voy —le digo—. ¡Ya me voy!

Se aparta de la puerta para dejarme pasar. Continúa gritando cuando llego al final del pasillo. Mientras me dirijo hacia la puerta principal, tomo la carta de la barra que está dirigida a Charlie. Ni siquiera me molesto en decirle a su madre que me llame cuando ella llegue a casa.

Me meto en el coche y retrocedo hacia la calle.

¿Dónde diablos está?

Espero hasta que estoy a pocos kilómetros de distancia y luego me detengo, para comprobar su teléfono otra vez. Landon mencionó escucharlo sonar bajo el asiento, así que me inclino y extendo la mano debajo del asiento. Encuentro una lata vacía, un zapato y, por último, su billetera. La abro y reviso, pero no encuentro nada que no sepa ya.

Se encuentra en algún lugar, sin su teléfono ni su billetera. No se sabe de memoria ningún número. Si no regresó a casa, ¿dónde habrá ido?

Golpeo el volante. —¡Maldita sea, Silas!

Nunca debí dejarla irse sola.

Todo esto es mi culpa.

Mi teléfono recibe un mensaje de texto entrante. Es de Landon, preguntando por qué me fui de la escuela.

Dejo el teléfono de nuevo en el asiento y noto la carta que robé de la casa de Charlie. No hay dirección del remitente. El sello de la fecha en la parte superior es del martes, un día antes de que sucediera todo esto.

Abro el sobre y, en el interior, encuentro varias páginas dobladas. En el frente, dice: "Abrir inmediatamente".

Despliego las páginas y mis ojos al instante caen en los dos nombres escritos en la cima de la página.

Charlie y Silas:

¿Está dirigido a los dos? Sigo leyendo.

Si no saben por qué leen esto, entonces han olvidado todo. No reconocen a nadie, ni siquiera a ustedes mismos.

Por favor, no se preocupen y lean esta carta en su totalidad. Vamos a compartir todo lo que sabemos, que en este momento, no es mucho.

¿Qué diablos? Mis manos comienzan a temblar en tanto continúo leyendo.

No estamos seguros de qué pasó, pero tenemos miedo de que si no lo escribimos, podría volver a suceder. Por lo menos, al tenerlo todo escrito y dejándolo en más de un lugar, vamos a estar más preparados en caso de que suceda de nuevo.

En las siguientes páginas, encontrarán toda la información que sabemos. Tal vez les pueda ayudar de alguna manera.

~Charlie y Silas.

Me quedo mirando los nombres en la parte inferior de la página hasta que mi visión se pone borrosa.

Miro los nombres en la parte superior de la página de nuevo. *Charlie y Silas.*

Miro los nombres en la parte inferior. *Charlie y Silas.*

¿Escribimos una carta para nosotros mismos?

No tiene sentido. Si la escribimos nosotros mismos...

De inmediato, volteo a las páginas que siguen. Las dos primeras, son cosas que ya sé. Nuestras direcciones, números de teléfono. A qué escuela vamos, cuáles son nuestras clases, los nombres de nuestros padres, de nuestros hermanos. Leo todo tan rápido como puedo.

Mis manos tiemblan tanto por la tercera página, que apenas puedo leer lo que está escrito a mano. Pongo la página en mi regazo para terminarla. Es información más personal —una lista de cosas que ya hemos descubierto el uno

del otro, nuestra relación, el tiempo que hemos estado juntos. En la carta, se menciona el nombre de Brian como alguien que sigue enviándole mensajes de texto a Charlie. Me salto sobre toda la información conocida hasta que llego al final de la tercera página.

Los primeros recuerdos que tenemos son del sábado cuatro de octubre a las once de la mañana. Hoy es domingo, cinco de octubre. Vamos a hacer una copia de esta carta para nosotros mismos, pero también enviaremos copias por correo en la mañana, sólo para estar seguros.

Le doy la vuelta a la cuarta página y la fecha es del martes siete de octubre.

Sucedió de nuevo. Esta vez, durante la clase de historia, el lunes seis de octubre. Parece haber sucedido a la misma hora del día, cuarenta y ocho horas más tarde. No tenemos nada nuevo que añadir a la carta. Ayer, los dos fingimos enfermedades, haciendo todo lo posible para mantenernos alejados de los amigos y familiares. Nos hemos llamado entre sí para compartir toda la información que sabemos, pero hasta el momento, parece que esto ha sucedido dos veces. La primera vez fue el sábado, la segunda el lunes. Ojalá tuviéramos más información, pero seguimos un poco asustados de que esto suceda y no estamos seguros de qué hacer al respecto. Vamos a hacer lo que hicimos la última vez y nos enviaremos copias por correo de esta carta. Además, habrá una copia en la guantera del coche de Silas. Ese es el primer lugar en que la encontramos esta vez, así que hay una buena probabilidad de que la encontremos allí de nuevo.

Nunca revisé la guantera.

Vamos a mantener las cartas originales en un lugar seguro para que nadie las encuentre. Nos asusta que si alguien ve las cartas o sospecha algo, vayan a pensar que nos estamos volviendo locos. Todo va a estar en una caja, en la parte posterior del tercer estante del armario en el dormitorio de Silas. Si continúa este patrón, hay una posibilidad de que pueda ocurrir de nuevo el miércoles a la misma hora. En caso de que suceda, esta carta debe llegarnos a los dos ese día.

Vuelvo a mirar la fecha en el sobre. Se envió por correo a primera hora de la mañana del martes. Y esto nos pasó el miércoles, a las once de la mañana.

Si encuentran algo que sea de ayuda, agréguelo en la siguiente página y continúen con esto hasta que sepamos qué lo empezó. Y la forma de detenerlo.

Le doy vuelta a la última página, pero está en blanco.

Miro el reloj. Son las 10:57 de la mañana. Es viernes. Esto nos sucedió hace casi cuarenta y ocho horas.

Mi pecho palpita.

Esto no puede estar pasando.

En menos de tres minutos, pasaran las cuarenta y ocho horas.

Abro mi consola y busco un bolígrafo. No lo encuentro, así que abro la guantera de un tirón. Justo en la parte superior, está la copia de la misma carta con los nombres de Charlie y mío. La levanto y hay varios bolígrafos, así que agarro uno y aliso el papel contra el volante.

Sucedió de nuevo, escribo. Me tiemblan tanto las manos que se me cae el bolígrafo. Lo recojo otra vez y sigo escribiendo.

El miércoles ocho de octubre, a las once de la mañana, Charlie y yo perdimos nuestra memoria, por lo que parece ser, tercera vez consecutiva. Las cosas que hemos aprendido en las últimas cuarenta y ocho horas:

-Nuestros padres solían trabajar juntos.

-El padre de Charlie está en la cárcel.

Escribo tan rápido como puedo, tratando de averiguar qué debo escribir primero —qué es lo más importante, porque casi no tengo tiempo.

-Visitamos una lectora de cartas del tarot en St. Philip Street. Valdría la pena comprobarlo de nuevo.

-Charlie mencionó a una chica de la escuela, a la que llaman El Camarón. Dijo que quería hablar con ella.

-Charlie tiene un ático en su armario del dormitorio. Pasa mucho tiempo en él.

Siento como si perdiera el tiempo, como si no añadiera algo de importancia a esta maldita lista. Si esto es cierto y está a punto de suceder de nuevo, no voy a tener tiempo para enviar la carta por correo y, mucho menos, para hacer copias. Esperemos que si lo tengo en mis manos, voy a ser lo suficientemente inteligente como para leerla y no tirarla a un lado.

Muerdo la punta del bolígrafo, tratando de concentrarme en lo que voy a escribir a continuación.

-Crecimos juntos, pero ahora nuestras familias se odian. Ellos no quieren que estemos juntos.

-Silas se acostaba con su consejera, Charlie con Brian Finley. Rompimos con ambos.

-Landon es un buen hermano, pueden confiar en él si tienen que hacerlo.

Sigo escribiendo. Escribo sobre nuestros tatuajes, el The Crush Electric, Ezra, y todo lo que puedo recordar de las últimas cuarenta y ocho horas.

Miro el reloj. 10:59.

Charlie no sabe nada de esta carta. Si todo lo que dice aquí hasta la fecha es correcto y esto ha estado sucediéndonos desde el pasado sábado, significa que está a punto de olvidar todo lo que ha aprendido en las últimas cuarenta y ocho horas. Y no tengo ni idea de cómo encontrarla. Cómo prevenirla.

Aprieto el bolígrafo en el papel una vez más y escribo una última cosa.

-Ayer Charlie se metió en un taxi en la calle Bourbon y nadie la ha visto desde entonces. No sabe nada de esta carta. Encuéntrala. Lo primero que debes hacer es encontrarla. Por favor.

Continuará...

SOBRE LAS AUTORAS



Colleen Hoover vive en Texas con su esposo y sus tres hijos. Es adicta al talento de la banda The Avett Brothers. El 99% de su lista de reproducción es de ellos. El otro 1% es Eminem y Jason Mraz. Es la autora #1 del New York Times por su novela Hopeless, junto con sus otras dos novelas, Slammed y Point of Retreat.

Tarryn Fisher es nacida en Sudáfrica, vivió allí durante la mayor parte de su infancia, luego se mudó a Seattle, y actualmente vive en Washington con su familia. Es la autora de la trilogía “Love me with lies”, convertida en todo un bestseller, según el New York Times.